

LOS FALSIFICADORES
Bradford Morrow



Lectulandia

La comunidad bibliófila no da crédito cuando Adam Diehl, un solitario coleccionista de libros raros y curiosos, aparece muerto en su casa de Montauk: le han cercenado las manos y su cadáver está rodeado de valiosos ejemplares con la página de cortesía arrancada. Cuando a las pocas semanas del incomprensible asesinato, la hermana del difunto y su pareja —un talentoso falsificador reformado, con una especial habilidad para imitar la letra de sir Arthur Conan Doyle— empiezan a recibir unas cartas de amenaza salidas de la pluma del mismísimo Henry James, se desencadena un letal duelo de simulaciones e imposturas en el que pronto resultará imposible distinguir al autor del falsificador o discernir el original de su réplica, y en el que la muerte se impone como la única certeza...

Lectulandia

Bradford Morrow

Los falsificadores

ePub r1.0

Titivillus 23-11-2018

Título original: *The Forgers*
Bradford Morrow, 2014
Traducción: Julia Osuna Aguilar

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Para Cara Schlesinger y Otto Penzler.

La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió.

JORGE LUIS BORGES, *Pierre Menard*,
autor del *Quijote*

¿Qué sentido tiene todo esto, Watson? Tiene que existir alguna finalidad, pues de lo contrario significaría que el universo se rige por el azar, lo cual es inconcebible. Pero ¿cuál puede ser esa finalidad? He aquí el eterno gran problema que la razón humana se encuentra tan incapaz como siempre de resolver.

ARTHUR CONAN DOYLE, *La aventura de la caja de cartón*, trad. de J. M. Ibeas

No llegaron a encontrar las manos. Se pasaron días y semanas batiendo el ventoso litoral al sur de la autovía de Montauk, desplegándose por los helados matorrales que lindan con las dunas, peinando kilómetros de costa en busca de una sepultura improvisada donde hubieran podido enterrarlas. Tales esfuerzos, sin embargo, se vieron entorpecidos por las escasas horas de luz y los aguaceros de febrero, que borraron todo lo que podían haber revelado las alteraciones en la arena y la tierra medio congelada. Especulando con que la marea podía haberlas atraído hacia el rompeolas si el atacante las había lanzado al oleaje revuelto, inspeccionaron el bajío aprovechando la bajamar; en el supuesto de que el agua salada no hubiera limpiado las uñas, cabía la posibilidad de que alojaran pruebas forenses, sobre todo si había habido forcejeo con el agresor, tal y como hacía sospechar el caos del lugar de los hechos. Así y todo, la búsqueda no arrojó resultado alguno. Cualquiera diría que las manos se hubieran unido por las muñecas convirtiéndose en un par de alas, hubieran echado a volar y se hubieran perdido sobre las aguas grises del Atlántico.

El pobre desdichado sobrevivió diez días en la unidad de cuidados intensivos del hospital neoyorquino donde fue trasladado por voluntad de su hermana. Alternando entre estados de consciencia y, sobre todo, inconsciencia, no logró hablar ni con su hermana ni con la policía porque el mismo que le había arrebatado las manos antes lo había golpeado en la nuca con una precisión brutal —mientras trabajaba tranquilamente en su mesa, como tenía por costumbre hacer a solas antes del amanecer— y lo había dejado inconsciente en un charco de sangre coagulada sobre el suelo de su chalé en primera línea de playa.

Al parecer, el intruso había sido o muy diestro en su truculenta misión o extremadamente afortunado. La puerta no presentaba señas de haber sido forzada. El rodillo de mármol empleado para partirle la crisma a la víctima pertenecía al chalé. No se encontraron ni pisadas ni huellas dactilares. Tampoco habían robado ni objetos de valor, ni dinero ni joyas. En el escritorio se encontró intacto un viejo Patek Philippe modelo Calatrava que había heredado de su padre y que seguía marcando los minutos plácidamente. Por lo demás, como el altercado se produjo antes del amanecer, los vecinos no habían visto nada fuera de lo normal bajo la escasa luz, gris y apagada para más inri, que el día de principios de invierno había tenido a bien desplegar. Al igual que las manos, el intruso también parecía haberse evaporado tras su acto de barbarie. Nadie había visto nada sospechoso, ni entre los corredores habituales que a primera hora de la mañana trotan en bandadas, playa arriba playa

abajo, haga el tiempo que haga, ni entre quienes pasean a sus perros con cara de sueño y abrigados contra el relente. Tampoco nadie en las inmediaciones había visto interrumpido su sueño por gritos o chillidos, con el siseo y el estrépito continuo de las olas ahogando todo ruido, en el caso de haberse producido. Para colmo de males, las ventanas de todos los flancos de la casa se encontraban cerradas y las cortinas, completamente corridas.

Cuando el cartero paró en la casa, una de las primeras de su ronda diaria, para entregar un paquete más de los muchos que llegaban a ese domicilio desde todas partes del mundo, se encontró con la puerta de la calle entornada, circunstancia que le extrañó, dado el frío que hacía. Con los años, si no una amistad, sí que había establecido con la víctima una relación más que cordial; de ahí que, después de llamar primero en voz baja y luego más alto en repetidas ocasiones, y de entrar con paso inseguro y tembloroso al vestíbulo —siempre había esperado no tener que encontrarse con nada así, y menos que le pasara a alguien conocido—, le resultara aún más insoportable la visión del cuerpo que encontró en la otra punta del chalé. Para cuando la ambulancia y varios coches patrulla se detuvieron en el estrecho carril que desembocaba en la casa, dinamitando la paz de aquel apartado vecindario como meteoritos estrellados contra un monasterio, el hombre sin manos seguía aferrándose, con firme propósito a falta de otra cosa, a la vida.

Lo más enigmático que descubrieron los detectives del caso en el lugar de los hechos fue un puñado de cartas escritas a mano y manuscritos de ilustres políticos y literatos de épocas pasadas, desperdigados en un auténtico caos por el estudio. El suelo también estaba lleno de libros raros, con las cubiertas abiertas de par en par como pájaros muertos y muchas de las páginas de la dedicatoria arrancadas de cuajo. Lincoln, Twain, Churchill, Dickens, valiosos documentos que habían pertenecido a Arthur Conan Doyle, todo diseminado junto con otras tantas decenas de cosas. La mayoría estaban malogrados, hechos añicos o manchados de sangre o de las tintas de una colección de tinteros antiguos que habían caído al suelo desde la vitrina donde estaban expuestos con primor. No fue fácil constatar si faltaba algún manuscrito o libro autografiado porque el coleccionista no parecía poseer ningún catálogo, y una consulta posterior a su aseguradora desveló que no estaban ni listados ni asegurados. Sin embargo, viendo que no se habían llevado ninguno de los muchos objetos de valor, como los libros en estuches que poblaban las paredes del estudio, prevaleció la tesis de que tampoco se había sustraído ninguna joya literaria. ¿Atendiendo a qué lógica habría destruido el atacante tanto material hológrafo de valor y robado otro tanto? No, todo apuntaba a que los delitos habían sido la destrucción deliberada de propiedad valiosa y una agresión severa con una más que probable intención homicida, no un mero robo.

Cuando Adam Diehl exhaló por fin su último aliento, se llevó con él a la tumba su relato del ataque: quién estaba detrás, cuál era el móvil de aquella barbarie. Aún hoy me duele reconocer que, dadas las circunstancias, su muerte fue, sí, una tragedia, pero

también una bendición de los dioses, considerando la atroz vida, muda y postrada, que a buen seguro habría tenido que llevar en caso de sobrevivir a la agresión. Ni la lengua de signos ni el habla, a tenor de los daños cerebrales causados por el trauma craneal, habrían estado a su alcance. Según su hermana Meghan, él siempre había sido un ermitaño, pero sin duda sus lesiones lo habrían aislado hasta privarlo de todo el placer que pudiera reportarle la vida asceta. No, desde luego era mucho mejor descansar en paz en un bonito cementerio bien cuidado que padecer el desgaste cotidiano de semejante invalidez. ¿Acaso la mariposa a la que un niño le arranca sin querer las alas no está mejor muerta, aplastada bajo su zapato, que abandonada en la hierba con la vista clavada en el cielo y sin alas con las que volar?

Meghan, con quien por entonces llevaba un par de años saliendo, me llamó para contarme la horripilante noticia. Sollozaba con tal histerismo que respiraba como a borbotones entrecortados y las palabras le salían en una dolorosa cascada fragmentada por la cobertura irregular del teléfono móvil. Por los gritos de niños jugando que oí al fondo —¿qué hacían que no estaban en el colegio?—, comprendí que había salido de la librería donde trabajaba en busca de mayor intimidad, dentro de lo que cabía, en las inmediaciones de Tompkins Square. No sabiendo qué decir, callé sin más y me limité a escuchar a mi amada Meg explicar lo que ella sabía sobre lo ocurrido. Recuerdo la sensación de entumecimiento y desubicación, solo ante la mesa de la cocina, pero deseando con todas mis fuerzas poder estar con ella en ese momento, limpiándole las lágrimas a besos y abrazándola con fuerza contra mí.

Divorciada y de carácter dulce, Meghan era una mujer nada pretenciosa, incluso campechana, con un pelo rojo fuego, que, rozando ya la cuarentena, aparentaba tranquilamente diez años menos. Regentaba una librería de segunda mano en el East Village especializada en sus dos mayores áreas de interés, el arte y la gastronomía. La vida le había enseñado pronto a ser independiente cuando, antes de los diez años, los dos hermanos perdieron a sus padres —un accidente de navegación en las aguas de Montauk, donde la familia tenía la casita en la playa de la que más tarde se apropió Adam como retiro de estudio— y se fueron a vivir a Manhattan con una tía bibliófila. Esos años les hicieron confraternizar de una manera fuera de lo común, buscando apoyo y compañía en el otro y actuando cómplicemente delante de su tutora beoda, a la vez que creaban un mundo infantil propio que, durante muchos años, no tuvo más de dos habitantes. Aunque Adam era el mayor, Meghan siempre había sido la más extrovertida, y en cierto modo protegía a su hermano e incluso en ocasiones hacía las veces de madre. Generosa hasta el extremo, le dejó quedarse con la casa de Montauk y, tal y como fui comprendiendo, más de una vez le pagaba las facturas vencidas. Mientras me contaba los últimos detalles sobre lo que sabía de sus lesiones, me la imaginé en la plaza, andando sola entre los árboles pelados, bajo la fina llovizna de unos nubarrones morados, y no pude por menos que compadecerla.

—¿Adónde lo han llevado? —pregunté intentando mantener la calma por el bien de los dos.

—A las urgencias de un hospital de Southampton.

—O sea, que está vivo. Ya es algo, ¿no?

—Pero por muy poco. Está en estado crítico. Me han dicho que ha perdido mucha sangre... —Volvió a echarse a llorar.

Esperé unos segundos antes de preguntar:

—Meg, ¿cuándo ha pasado? ¿Saben quién ha sido?

—Esta... esta mañana —respondió.

Al ver que ignoraba mi segunda pregunta, asumí que le habrían dicho que no lo sabían, aunque también podía ser que en ese momento no fuera una prioridad para ella.

Como yo tenía coche, mientras que ella, como neoyorquina de pro, no tenía ni carné, me ofrecí a llevarla de inmediato al hospital. Tendríamos que alquilar uno porque tenía el mío en el taller, pero no suponía ningún problema, le aseguré.

—Dios, es que no sé si seré capaz de verlo... ¿Soy mala persona?

—Claro que no. Seguramente ni se entere de que estás ahí, con todo lo que le habrán metido por vena —le aseguré y añadí—: ¿Quieres que pase a recogerte?

—Sí, dentro de un rato —me dijo parando de golpe el llanto—. Eres muy amable, sobre todo sabiendo que mi hermano nunca te ha caído bien.

—Yo nunca he dicho tal cosa...

No conseguí añadir mucho más y, aunque en realidad en parte no le faltaba razón, he de admitir que me descolocó que me dijera algo así en tales circunstancias. Pero me recordé que estaba destrozada, superada por una noticia tan inesperada como sobrecogedora. Era fundamental no decir nada para evitar caer en una riña inútil y contraproducente. Lo que tenía que hacer no era contradecirla, sino hacerle saber que no estaba sola, que podía contar conmigo; al fin y al cabo, ella había sido un gran apoyo para mí en un trance de cuando aún no llevábamos tanto tiempo saliendo. Ahora me tocaba a mí.

—Ya verás como está bien. Siempre ha gozado de buena salud y eso juega a su favor. Hay gente que sobrevive a cosas peores —aventuré.

Al menos durante un tiempo la noticia de la agresión a Adam Diehl suscitó bastante interés en los círculos del libro raro, pese a no ser una figura de primera fila ni muy conocido entre el gremio. A todos les sobrecogió lo sucedido, horrorizados por que uno de los suyos, un colega bibliófilo, hubiera sido víctima de un ataque tan macabro. Por lo demás, a las preguntas típicas de los ajenos a la enrarecida comunidad literaria —¿quién ha sido?, ¿no se suponía que Montauk era un sitio muy seguro?— se sumaba un profundo interés por los libros en sí. ¿Quién podría querer destruir deliberadamente unos libros tan valiosos? ¿Quién sabía que el tal Diehl había amasado una colección tan extensa? ¿Y qué pasaría con los libros que no habían quedado destrozados? Aunque nadie me preguntó nada directamente, ni sobre el coleccionista ni sobre su biblioteca, mi relación con la hermana era *vox populi*, y

sentía las preguntas sin formular tras las expresiones de condolencia y preocupación de mis colegas librereros.

Cuando a Adam lo trasladaron al hospital de Nueva York, sí que acompañé a Meghan en una ocasión antes de que falleciera. La angustia que sintió al verlo, con las muñecas y la cabeza llenas de vendas y encadenado a un impresionante despliegue de maquinaria, me provocó un mosaico de reacciones contrapuestas. Como a cualquiera, me angustiaron la pena y el miedo de mi pareja y me horrorizó ver a su hermano allí postrado en semejante estado, indefenso en aquella UVI (que con tantas luces parecía una feria, y no muy aséptica que digamos). A pesar de haberme descrito sus lesiones con detalle, no había esperado encontrármelo en aquellas condiciones: me lo imaginaba gravemente lisiado, no en peligro de muerte. Aun así, como seguía resentido por el incómodo comentario sobre mi relación con su hermano, me vi en la poco envidiable situación de tener que simular que estaba más afectado por su estado de lo que sentía, por mucho que me avergüence reconocerlo. No me importa admitir que, tras mis expresiones de preocupación afectuosa, se enmascaraba una suerte de parálisis emocional y melancólica. A ninguna persona civilizada le gusta ver sufrir al prójimo y, pese a los defectos que pueda tener, me considero un hombre civilizado. En resumidas cuentas, fue una vigilia lastimosa y yo hice lo que pude por estar a la altura.

—Adam —susurró Meghan rompiendo el infeliz silencio de la habitación.

Se acercó al rostro medio oculto por las vendas; con aquellos moratones bajo los ojos parecía no haber dormido en un año, mientras que la nariz aquilina le confería cierto aire de dignidad en medio del estropicio. Me fijé por primera vez en lo parecidos que tenían los hermanos los apéndices nasales.

—Adam, cielo, estoy aquí —prosiguió—. Tú puedes. Estamos todos contigo.

No respondió... porque ¿acaso podía?

Al ver que Meghan me miraba de reojo y señalaba a su hermano como invitándome a decirle unas palabras de aliento, mi entumecimiento se tornó en una compasión aún más aguda por ella. Parecía inevitable: iba a quedarse sola en este mundo —la tía que los había criado había muerto más o menos por la época en que empezamos a salir— y pronto yo constituiría para ella lo más parecido a una «familia».

Siguiendo con el ejemplo, le susurré:

—Adam, si me oyes, te reitero lo dicho por Meghan. Aquí estás en buenas manos, en las mejores. Aguanta un poco...

En ese momento medio abrió los ojos, hasta entonces cerrados, y giró la cabeza un doloroso centímetro hacia mí sobre la almohada.

—¿Adam?! —exclamó Meghan con una voz llena de esperanza.

—Voy a buscar a alguien —le dije y salí precipitadamente de la habitación.

Para cuando regresé un minuto después seguido por la enfermera de día que tenía asignada, había vuelto a sumirse en un semicoma y Meghan le acariciaba la cara,

impasible una vez más a todo estímulo. De camino a la calle, me hizo partícipe de la sorpresa que le había provocado la reacción de su hermano a mi presencia.

—Parece que ha reconocido más tu voz que la mía —comentó en un tono ligeramente quejoso.

—Ya te lo he dicho antes, que no creo que pueda realmente reconocer a nadie con todo lo que le han dado. A mí más bien me ha parecido que sentía de pronto un dolor insoportable.

—Sí, puede que tengas razón.

—Mira, yo me alegro de haber estado en ese momento para ayudar en lo que hemos podido. Eso es lo más importante.

—Sí, yo también —coincidió y me pasó el brazo por la cintura—. Me alegro de que hayas venido conmigo.

—Bueno, pero se acabaron esas historias de que no me cae bien tu hermano, ¿vale?

—Siento haberlo dicho. Te lo prometo, no lo volveré a hacer. —Me abrazó con más fuerza.

Adam murió a los pocos días. Aunque Meghan fue a ver a su hermano todas las mañanas y todas las tardes, me avergüenza admitir que, tras aquella primera visita, tenía siempre excusas legítimas preparadas para no volver al hospital. Compensé lo reprochable de mi ausencia poniendo todas mis energías en ayudarla a organizar la incineración y el entierro. Si bien ya teníamos una relación estrecha, en esa época nos unimos más que nunca. Se quedaba todas las noches a dormir en mi *loft* a la vuelta de Irving Place, cerca de Gramercy Park. Preparábamos tranquilamente la cena, yo en el papel de segundo chef mientras ella pasaba a la plancha unas vieiras una noche y asaba pato otra. Desvelados, compartíamos una botella de vino y veíamos viejas películas de ciencia ficción, como *Metrópolis* o *La isla de las almas perdidas*. Hacíamos el amor con el fervor que solo puede inspirar en los vivos el trato cercano con la muerte. Nos aferramos a la vida aferrándonos el uno al otro, así de sencillo. Huelga decir que en esa fase de duelo *survivalista*, Adam siempre rondó nuestro pensamiento, con Meghan recordando momentos felices del pasado en común y yo escuchando atentamente, a sabiendas de que esas memorias eran su mejor herencia y, como tales, merecían mi respeto.

Los encargados del caso nos interrogaron a ambos por separado y, tras horas de preguntas tan agotadoras como degradantes, fuimos descartados como «personas de interés», expresión espantosa donde las haya. Me incomodó, por decirlo suavemente, que mostraran especial interés por mí; sin embargo, en cuanto se cercioraron de que yo había dormido en casa y no tenía ni móvil ni medios, me dejaron en paz y se fueron a seguir la pista de los escasos indicios que tenían. No fui el único al que citaron en comisaría, también interrogaron a varios miembros de la comunidad del

libro raro, quienes al parecer aportaron coartadas creíbles. Cuando me preguntaron si conocía a tal vendedor o tal coleccionista, respondí sinceramente que sí y que los tenía a todos por personas sin tacha, por si pudiera servir mi opinión.

Entretanto, la prensa, que en un primer momento se había visto atraída por la mutilación y el homicidio de Adam Diehl, empezó a perder interés. Un tabloide local había llamado al crimen «la Masacre del Manuscrito». Pese al intento de aliteración, el sobrenombre no llegó a cuajar —¿desde cuándo a los lectores de tabloides les importan un comino los manuscritos literarios, por no hablar de los libros raros?— y la noticia pasó de estar prácticamente en portada a las páginas centrales, para más tarde abandonar las rotativas antes de lo que habría esperado yo o cualquiera del mundo del libro, por marginal que fuese.

Durante esa época, nos atrincheramos en nuestro propio mundo, y Meghan, que me impresionó enormemente por su capacidad de aguante, tuvo así la oportunidad de empezar su proceso de curación. Como cabría esperar, era recurrente entre nosotros el tema de quién podía haber querido hacerle daño a Adam, asesinarlo de esa manera, y Meghan siempre concluía que era más que probable que el culpable fuera alguien a quien ni siquiera conocíamos.

—Él tenía su vida en Montauk —dijo con una resignación frustrada—. Por muy íntimos que fuéramos, seguro que había muchas cosas que no le contaba a su hermana pequeña.

Yo asentí pensando que jamás había oído palabras más certeras.

Morir tiene sus riesgos. Te liberas del sufrimiento y te olvidas de los problemas de la vida, sí, pero la muerte es también un enjuiciamiento; en cuanto morimos, los secretos que con tanto cuidado cultivamos, como otras tantas flores negras de un jardín velado, a menudo acaban saliendo a la luz, que los hace abrirse de par en par. Cultivados por la verdad y fertilizados por el rumor, nacen en cogollos y ramilletes que resultan tóxicos para quienes huelen su perfume venenoso. Si bien hice lo que pude por proteger a Meghan de ciertas revelaciones que salieron a flote sobre la vida de Adam —aunque era comprensible, como cualquier hermana se negaba a creer que fuera algo más que una víctima inocente—, no tardaron en abrirse paso agónicamente, cual trepadera hacia la luz, ciertos detalles incriminatorios; detalles de los que el destino había querido que yo ya hubiera sospechado, pero que, antes de su muerte, no había podido revelar tanto por una cuestión práctica como de honor; detalles cuyo tránsito de la penumbra del oscurantismo a la incómoda luz de la verdad me vi obligado a facilitar. Sí, lo sé, era hurgar en la herida, pero no quedaba más remedio.

Y, hablando de verdades, es importante que haga una confesión; o más bien una revelación con el fin de arrojar mayor luz sobre la desdichada muerte de Adam Diehl y, de paso, explicar cómo sabía lo que sabía —o creía saber— sobre su doble vida.

Porque lo cierto es que yo también me dediqué a la falsificación durante un tiempo. A qué negarlo, puesto que ni siquiera me avergüenzo: fui un falsificador de éxito. Hubo una época de mi vida en que nada me daba más placer que falsificar cartas y manuscritos de mis autores preferidos. Y distaba mucho de ser el típico ingenuo recién caído del guindo al que los tratantes engañan y mangonean, por así decirlo; yo no permitía que utilizaran mi habilidad especial para embolsarse millones y dejarme a mí con las migajas. No, yo sabía lo que era y qué hacía. Aprendí los rudimentos del oficio y me forjé mi propio camino. Y me encantaba lo que hacía. No exagero si afirmo que la emoción trémula que me recorría cuando posaba el plumín sobre un papel virgen era la sensación más erótica que podía imaginar, la más embriagadora y resplandeciente. La satisfacción del virtuosismo puesto a prueba no se parecía a nada de este mundo; era para lo que yo vivía y posiblemente lo que Diehl también perseguía, aunque sospecho que el delicado arte de la falsificación no le provocaba la punzada visceral de placer que me generaba a mí siempre sin falta. Cuando inventaba y escribía la dedicatoria de un ilustre maestro en un ejemplar de su libro más buscado —a veces para un familiar, otras para un colega novelista o poeta

—, el momento se veía envuelto por una sublimación a flor de piel. Era como un polvo de estrellas eléctrico, digamos, o una especie de aurora boreal de la mente. Una felicidad verdaderamente indescriptible.

Lo que en parte subyacía tras esta sensación única era la naturaleza funambulesca del acto en sí. Como todo artesano diestro, el falsificador tiene una única oportunidad de hacerlo bien; de lo contrario, en vez de lograr que un libro sea más deseable, que tenga más valor, lo estropea para siempre. Pero cuando se hace con maestría —y en mis buenos tiempos no era yo otra cosa que un maestro en la materia; es posible que el mejor en activo durante mi fugaz tiempo en el gremio—, los Cielos se abren y canta un coro de ángeles rebeldes. Y aparte estaba el placer tenso y satisfactorio de saber algo que otros solo podían intentar sin éxito adivinar. Cada vez que vendía mi arte a un librero experimentado por una suma considerable, sabía que había burlado una vez más al mundo, aunque, por irónico que parezca, al mismo tiempo lo hubiera convertido en un lugar más rico y luminoso. Pensaba —en un principio con razón y más tarde erróneamente— que podía dar por hecho que mis libros con dedicatorias espurias y mis cartas y manuscritos falsos eran capaces de recorrer los campos de la erudición bibliográfica con la perfecta invisibilidad de lo auténtico, de lo irreprochable, de lo, a todas luces, real. Esa artimaña tan refinada era el eje fundamental de mi arte.

Durante gran parte de mi edad adulta, lo mío fueron la tinta, el papel y las primeras ediciones; los papeles de época para la correspondencia antigua y los manuscritos hológrafos, las tintas perfectamente mezcladas a mano para las dedicatorias profusas. Lo que más me importaba no eran tanto las palabras en sí como las letras, sus uniones y su fluidez, al menos al principio, cuando empecé en el oficio. Cada letra requería la planta y la presión justas, el tierno peso de la tinta —sepia viejo, negro desvaído— sobre mi pequeño lienzo; las astas ascendentes y descendentes, la coreografía entre la forma y el espíritu de una coma, eso era lo que me mantenía en vela toda la noche; la precisión de un punto; las comillas simples, cual negras lunas crecientes sobre un cielo de pergamino. Ya lo dice el adagio: «Haz lo que amas». Y eso era lo que yo más amaba.

Hasta que me pillaron. Mi condena sembró el caos en la industria, una pequeña subcultura en la que un guijarro lanzado a un estanque puede provocar un maremoto, una tribu de niños prodigios. A lo mejor, «caos» es mucho decir, quizá sea demasiado narcisista describirlo así. Con todo, según me contaron varios amigos del gremio que, pese a mi caída en desgracia, siguieron comportándose como tales, de la noche a la mañana la sospecha recayó sobre gran cantidad de cartas y firmas perfectamente auténticas en primeras ediciones de todo tipo y durante un tiempo se manifestó cierta reticencia a comprar tanto entre tratantes como entre coleccionistas. Los propios expertos que con anterioridad habían comprado todo lo que yo les ofrecía con total confianza tuvieron que responder ante bibliotecarios de colecciones especiales y ante quienes quisieron que se les confirmase la autenticidad de obras que habían adquirido

durante los años en que yo había admitido haber trabajado, sobre todo cuando se trataba de autores de mi campo de especialización, con Conan Doyle y todo lo relacionado con Sherlock Holmes a la cabeza. Hubo sectores del mercado del autógrafo que se estancaron —como suele ocurrir cuando la duda se inoculara en el cuerpo político de un mercado—, pero no por mucho tiempo, teniendo en cuenta que yo ocupaba un nicho relativamente pequeño.

Ya fuera porque me representó un hábil abogado, que era por añadidura un hombre sabio y respetado, o porque ni a la policía ni a la fiscalía les interesó mi delito en cuestión, de guante blanco níveo en comparación con otras estafas (tenía mucho más morbo atrapar a un bróker soplón que vendía fondos de protección a peces gordos que a un tipo que sabía escribir una postal con la letra de H. G. Wells), el caso es que llegué a un buen trato con el fiscal a cambio de admitir los cargos. Nunca había tenido problemas con la ley, en mi ficha policial no constaba ni una multa de tráfico, y eso, como es natural, ayudó. El que no hubiera robado nada *stricto sensu* acabó viéndose como un factor positivo. Tras consultar con mi abogado, decidí confesar —para qué caer en el engorro de un juicio— y, sin más, me declararon culpable y me sentenciaron.

A cambio de mi plena colaboración, y visto que hasta la fecha mi ficha policial estaba limpia, la condena quedó en un tiempo de libertad condicional, una multa sustanciosa, la devolución con intereses del dinero a los compradores, lo que me parecieron horas infinitas de servicio comunitario barriendo hojas y basura en parques municipales y el acuerdo de mostrarme dispuesto a ayudar a las fuerzas del orden a identificar falsificaciones como las que con tanto aplomo había hecho yo hasta entonces. Conmigo mismo suscribí otro pacto, el compromiso de pasar página. Sabía que me había cerrado muchas puertas, pero los tratantes de libros raros —no quisiera representarlos sin razón como una comunidad de autoridades a la que es fácil engañar— son, en su gran mayoría, personas muy inteligentes, honradas y consideradas. Cuando la policía me preguntó si tenía la impresión de que la falsificación era endémica al oficio, les dije que no, que, desde la más absoluta modestia, hacía falta alguien de mi calibre y mi sofisticación para llevar a cabo ese tipo de estafas. A los practicantes de menor categoría los cazaban como moscas, era inevitable. No querría presumir, pero hay que ser un ave rapaz como lo era yo para sortear el alcance de su astuto perdigón, al menos mientras duró mi largo vuelo. Con el tiempo, hubo mucha gente que perdonó u olvidó, lo que supuso un gran alivio para mí e incluso una alegría —siempre caí bien en la industria y me dediqué a insistir por doquier, a la menor ocasión, en que la mayoría de los libros y manuscritos que manejé no eran falsificados, una mentira piadosa que nadie podía reprobar—, y así fui recuperando lentamente mi reputación. Incluso trabajé por libre para una casa de subastas, investigando los lotes que llegaban para encontrar posibles impostores entre las joyas literarias que, en conjunto, atraían millones hasta aquellos salones.

De modo que sí, mi secreto inconfesable salió a la luz y mi preciado *affaire de cœur* con la pluma y el papel terminó. Padecí las consecuencias, y bien que me las merecía, pero también luché para conseguir mi redención y casi la obtuve, aunque por supuesto hubo gente en el oficio que me dio la espalda para siempre.

En otro orden de cosas, las revelaciones póstumas de los secretos de Diehl, por llamarlas de alguna forma, lo dejaron al desnudo y, debido a los tenues puntitos que me conectaban con él a través de Meghan, no me sorprendió mucho que los encargados del caso volvieran a citarme en comisaría. Cuando me explicaron que querían que fuera yo —¡precisamente yo!— quien hojeara algunos de los libros y manuscritos dañados, supuse que pretendían tanto volver a evaluarme como posible sospechoso como que confirmase o negase que eran o no falsificaciones o que este o aquel utensilio era propio de falsificadores. Me presenté a la hora convenida —confiado pero sin pasarme, simpático pero sin llegar a levantar sospechas— con la clara intención de darles la información que buscaban y estar de vuelta en Nueva York esa misma noche, a tiempo para cenar con Meghan, como tenía por costumbre.

¿Reconocía algo de lo que veía?, me preguntaron acercándome una primera bandeja, a la que sucedieron otras con documentos manchados de sangre y tinta abiertos por la página de la dedicatoria. Agradecido por no tener que ponerme guantes de látex, pues no me pidieron tocar nada, no mentí cuando les dije que no; o sea, reconocía por ejemplo que aquello era una primera edición de las *Notas de América* de Dickens, publicada en Londres en 1842, con sus dos tomos penosamente desencuadernados, pero que, por una dedicatoria de su época y el característico muelle loco del autor, en un garabato que se iba estrechando bajo el nombre, parecían auténticos. Ahora bien, ¿reconocía ese ejemplar en concreto? No.

¿Cuánto podría costar algo así?, preguntaron.

En óptimas condiciones, como debía de estar antes del incidente, y suponiendo que el destinatario fuese un amigo del autor —me disculpé por no conseguir leer el apellido—, podía rondar los cincuenta, incluso setenta y cinco...

¿Dólares?

Sí, bueno, miles de dólares, claro.

Me quedé pasmado cuando me preguntaron si había oído hablar de un tal Henry Slader, a quien al parecer Adam había estado haciendo ingresos mensuales por una venta u otra. No pude por menos que arquear las cejas. «Lo de los ingresos es bastante habitual», les conté. Sin embargo, como no estaban familiarizados con los altos precios que se manejan en el mercado del libro raro, les pareció especialmente interesante que estuvieran en juego varios miles de dólares.

«Lo del dinero tampoco tiene nada de especial —les aseguré—. Como ese Dickens que acaban de enseñarme... No estamos hablando de libros de tres al cuarto».

Arquearon las cejas a su vez.

Interrogatorio o consulta, el caso es que prosiguió en esos términos durante más de una hora, antes de llegar a las preguntas que más o menos había previsto, pues daba por supuesto que yo no era el único que podía haberles hecho los exámenes y las verificaciones pertinentes.

Tan solo un par de cosas más que consideraban importantes, si no tenía inconveniente. ¿Había hablado alguna vez de falsificaciones con Adam Diehl? ¿Habíamos trabajado juntos en alguna ocasión? ¿Alguna vez me abordó, como novio que era de su hermana, para pedirme algún favor o consejo relacionado con el mundillo?

No, no y no, les dije, sin pensármelo dos veces y haciéndome ligeramente el ofendido. No sé si tomaron nota de mi moderada irritación, pero el caso es que contesté a todas sus preguntas como mejor pude. Si hubieran traído un detector de mentiras y al examinador de rigor, no habría tenido problema en contestar de nuevo y dejar que la aguja entintada los sacara de dudas cuando no brincara con mi respuesta.

Lo que podía decirles, y dije, era que, por lo que yo sabía, algunas de esas obras tan penosamente dañadas no eran falsas y que, si querían, podían contrastar mi opinión sobre cada objeto en particular con los especialistas en libros valiosos que les pareciera: posiblemente, descubrirían que casi todos, si no todos, coincidirían conmigo. Después de asegurarme que eso era justo lo que iban a hacer, me dieron las gracias y me dijeron que podía irme. Me dio la impresión de que estaban decepcionados, pero ¿qué sabía yo?

A pesar de que con los años había albergado serias sospechas de que Diehl era miembro de mi antigua hermandad de falsificadores, nunca le había sacado el tema, tal y como referí a los detectives, y desde luego tampoco había compartido con Meghan ninguna de estas sospechas. Sin embargo, cuando, con una copa de vino antes de cenar, le revelé a mi pareja dónde había estado ese día y la clase de preguntas que me había hecho la policía sobre falsificación, en vez de preocuparse por cómo había ido, me reprendió por no haberle contado, en primer lugar, que me habían citado en comisaría y, en segundo, que sabía que, de un modo u otro, su hermano estaba relacionado con ese mundo.

—Sé que tenía que habértelo contado cuando me llamaron, pero supongo que quise protegerte para que no te preocuparas. Ya bastante tienes tú encima. Y en lo que respecta a Adam, sabes de sobra que apenas lo conocía. Ni que hubiera visto su colección alguna vez...

Me ahorraré contar las vueltas de tuerca que dio nuestra velada, que fue yéndose a pique en espiral. Baste decir que la pobre estuvo sin hablarme varios días con sus horribles noches y amenazó con no volver a verme. Fue más dura conmigo —y lo afirmo con una curiosa admiración— que la policía.

—¿Cómo no ibas a saber nada de Adam? Es imposible que no lo supieras —me dijo con tirantez y la cara casi igual de roja que su pelo.

—Una cosa es sospechar y otra muy distinta, saber.

—Pero ¿te das cuenta de la humillación que supone? ¿Y si se entera todo el mundo? —inquirió—. Mis clientes se reirían a mis espaldas, o peor, me compadecerían. Podría perder la tienda.

—Pero si tú... tú no has hecho nada malo. Nadie te culparía de nada. Y tampoco a mí me ha acusado nadie de nada..., salvo tú.

—Entre lo tuyo y ahora lo de Adam, ¿cómo va a fiarse nadie de mí? Ni yo debería confiar en mí misma.

Aunque sabía que era mejor callarse, en un arrebato de exasperación contesté:

—Pues, hablando de confianza..., cuando te interrogaron, ¿les dijiste que pensabas que no me caía bien tu hermano? ¿Por eso me han obligado a ir hoy?

—Yo nunca he dicho nada parecido.

—Porque no he podido evitar preguntarme por qué estaba metido en aquel cuartucho con el aire viciado, dándole cien vueltas a lo mismo, si no era justo por eso.

Seguimos en esa línea, después de que mi tímido intento de acusación se estrellara antes de empezar. Meghan insinuó que yo había sido una influencia perniciosa para su hermano y llegó incluso a acusarme de haber trabajado en secreto con él y todo tipo de locuras. Nunca la había visto comportarse de esa manera y no tenía claro qué hacer, más allá de decirle que se equivocaba.

Al final la hostilidad, la rabia, la vergüenza o una peliaguda combinación de todo lo anterior y unas cuantas cosas más remitieron. Ya habíamos superado juntos momentos difíciles y esa vez no iba a ser distinto. Lo que Meghan no sabía —cosa imposible— era que, aunque me hubiera tomado la molestia de trabajar con su hermano, mi influencia habría sido más benéfica que perniciosa —al menos, en lo tocante a sus habilidades—, pero, en cualquier caso, jamás de los jamases, ni en cientos de miles de años, habría compartido mis técnicas, mis proveedores, mis herramientas o mi *passion* ni con Adam Diehl ni con nadie. Es posible que, si bien ella no podía ni imaginar por qué yo negaba con tanta vehemencia toda relación con las falsificaciones de su hermano, con el tiempo tanto la vehemencia en sí como la indiscutible verdad de mi negación acabarían calándole.

El día que hicimos las paces, mientras atravesábamos tranquilamente Tompkins Square para ir a tomar un café en su hora del almuerzo, le dije:

—La verdad, Meg, es que, después de todo lo que has pasado, es alucinante la entereza que has demostrado.

Al cínico bien podrían parecerle palabras trilladas, pero se las brindé de buena fe. Y a veces, en las circunstancias adecuadas, incluso el cliché más simple puede calar hondo. Si, como dijo Emerson, toda palabra fue en su momento una idea, del mismo modo todo cliché fue en su momento una revelación.

Pese a mis esfuerzos en sentido contrario, y a que la relación entre Meghan y yo se hizo más estrecha tras nuestra breve pelea, no podía sacarme a Adam de la cabeza. Fuera mientras la ayudaba en la librería o durante mi periodo de adaptación en el trabajo de autenticación y catalogación en la casa de subastas —lo más parecido a un puesto permanente que he tenido en mi vida—, era una presencia fantasmal. Siempre le estaría agradecido por ir acompañado de su hermana a la feria del libro donde la había conocido seis años atrás —gratitud que nunca me molesté en demostrarle porque sabía, sin necesidad de preguntar, lo mucho que lo fastidiaron nuestros primeros flirteos y la posterior relación—, pero como persona nunca me inspiró nada parecido a una cordialidad calurosa.

No recuerdo a ciencia cierta cuándo lo vi por primera vez, aunque tengo una imagen de él en una especie de nebulosa, en la otra punta de una sala, varios años antes de saber siquiera que tenía una hermana y mucho antes de que mis días como falsificador llegaran a su triste fin. Adam Diehl era de esas personas en las que vas fijándote muy poco a poco; de esas que, sin dedicarle un pensamiento consciente, reconoces que has visto anteriormente, pero no te han presentado. Sus progenitores lo habían dotado de una cara anodina, lo que seguramente le beneficiaba en su campo de trabajo. Decir que tenía una piel cetrina podría sonar un poco cruel, pero vivir tan cerca del mar y conservar una tez tan cerúlea daba una idea de lo poco que salía de casa. Era más alto y delgado que la media, ágil, esbelto incluso. Al igual que su hermana, como descubriría más tarde cuando nos presentó, tenía el pelo rojo y rizado y los ojos del color de la tinta azul Baystate, de la marca Noodler's, emblemas ambos de su ascendencia irlandesa; de hecho, Meghan había nacido en la tierra de Yeats, Joyce y Beckett y tenía doble nacionalidad pese a no haber regresado al viejo terruño desde pequeña. Adam vestía adrede con ropa varias décadas desfasada, una excentricidad que he de admitir que me resultaba casi entrañable. Su sempiterna americana negra y azul con un escudo de armas dorado bordado en el bolsillo, su camisa blanca y la corbata estrecha y negra, hasta sus pantalones de tela de gabardina colgaban de su osamenta como en un maniquí de una tienda de segunda mano. Sin ser feo, destacaba entre el gentío por su altura, su pelo y sus anteojos de carey. Por lo demás, tenía las muñecas más finas que he visto en un hombre y unos dedos de lo más elegantes y afilados.

En suma, un excéntrico, un perro verde. Así y todo, lo cierto es que las ferias del libro antiguo son, siguiendo con las metáforas animales, avisperos de perros verdes, y

esa penetración paulatina de Diehl en mi consciencia fue produciéndose durante años en acontecimientos relacionados con el libro raro, tales como el encuentro internacional de libreros anual que se celebraba siempre en el Park Avenue Armory. En cuanto su presencia arraigó en mí, fui percatándome paulatinamente de que frecuentábamos casi los mismos puestos de especialistas.

Existe un librero para toda obsesión bibliófila conocida por la humanidad. ¿Que quiere un libro del siglo XVII sobre microscopios con grabados del ciclo vital de los mosquitos? Hay un tratante que sabrá proporcionárselo. ¿Le gustan los tratados raros sobre exploración del Ártico o historia del antiguo Egipto? Sin problema. ¿O quizá una primera edición, la primera impresión de *Viajes a varias remotas naciones del mundo por el médico y capitán de Marina Lemuel Gulliver* de Swift o la versión en tres tomos de 1813 del *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen, encuadernado en piel de becerro de la época? Se puede conseguir. Con dinero, paciencia y ojo avizor de obseso, existen pocos libros en el mundo que no pueda uno llevarse a casa para poner en una estantería o en una caja fuerte. Libreros y coleccionistas, desde los grandes pujadores a los de medios más modestos, se daban cita con una regularidad de calendario en el gran encuentro del Armory y ferias parecidas del mundo entero. Y, con el tiempo, muchos de estos bibliófilos fueron engrosando mi lista de conocidos del negocio, cuando no de amigos.

Lenta e inconscientemente, empecé a fijarme en que a Diehl y a mí nos interesaban casi los mismos materiales literarios autografiados, tales como libros dedicados o manuscritos originales hológrafos de los siglos XIX y XX. Me gustaría pensar que no lo espíe, pero, después de entrar a un puesto de este o aquel librero y oír en repetidas ocasiones que justo otro caballero acababa de mostrarse interesado por ese mismo artículo tras examinarlo con suma atención, me resultó imposible hacer caso omiso. ¿Quién era ese tipo que compartía mis gustos y la debilidad por la admiración prolongada de la caligrafía de Churchill y Conan Doyle?

«¿Le importa si le pregunto por qué más se ha interesado?», era la cuestión que acabé planteando cada vez con más frecuencia y sin mucha vacilación. Había vendedores, los más veteranos, que ignoraban conscientemente mi pregunta de entrometido con una sonrisilla amigable que debía interpretarse como un «ya sabe que no puedo decírselo». Otros, no obstante, bien por descuido o simplemente por querer hacer alarde de su mercancía, me enseñaban la carta de Thomas Hardy o la dedicatoria de Wilkie Collins que Diehl había tenido entre sus manos no mucho antes. Cuanto más sabía sobre sus gustos, más me intrigaba su persona, a pesar de la vocecilla interior que, desconfiada, me aconsejaba cautela.

Eso sí, de vez en cuando compraba un manuscrito, una carta o una primera edición dedicada. No era solo para que no me vieran como un agarrado —hasta los comerciantes más indolentes están en el negocio para vender, no solo para presumir—, sino porque me gustaba llevarme a casa algunos de los mejores ejemplos que encontraba de mis escritores favoritos para, en la soledad de mi estudio, poder

analizar todos los matices bajo la lente de mi lupa de brazo flexible. Sabía que podía subastarlos más adelante o venderlos a algún particular, por el mismo precio o incluso con una modesta pérdida, y aun así salir ganando gracias al conocimiento obtenido. Salvo que los descubran, los falsificadores siempre llevan las de ganar, es ley de vida. Aunque, como en toda vocación, quienes realmente aman su trabajo lo abrazarán con cada fibra de su ser y lo sembrarán, por mucho que no haya nada que recoger. Para mí la cosecha era el acto en sí, aunque solo recogiera tempestades.

Por fin, una tarde de sábado del mes de abril de hace unos seis años, encontrándonos codo con codo en el puesto de un tratante londinense muy sociable de greñas leoninas y traje de *tweed* arrugado, nos presentaron. Acababa de devolverle al librero una primera edición dedicada de *El origen de las especies* de Darwin después de estudiar atentamente la dedicatoria, la fecha con el lugar, el receptor y, sobre todo, la caligrafía y la firma, cuando Diehl se materializó a mi lado como una aparición, tosió levemente y le preguntó al inglés si podía echarle también un vistazo antes de que lo colocara de vuelta en la vitrina correspondiente, entre *Die Traumdeutung* de Freud y un ejemplar firmado del *Tractatus* de Ludwig Wittgenstein, ambos en un estado de conservación increíble.

—Me imagino que se conocen ustedes... —dijo el jovial librero.

Diehl y yo nos giramos y nos miramos.

—No, me temo que no —respondió él, aunque tuve la impresión de que sus ojos traicionaban un reconocimiento sutil.

Su tono de voz inexpresivo, plano como las guardas de un infolio, era ilegible. Siempre se me había dado mejor interpretar manuscritos inanimados que las voces y las expresiones vivas de las caras de la gente.

—Creo que no —dije, sin llegar a mentir, pero sin decir exactamente la verdad, pagándole con la misma moneda.

Nos dimos la mano y despaché algún lugar común sobre el Darwin, lo mucho que me sorprendía que un libro tan raro pudiera ser al mismo tiempo tan habitual o algo por el estilo; había encontrado varios ejemplares a la venta en esa misma feria.

—El dinero es siempre un buen incentivo —comentó el librero sumándose a la conversación con su propio cliché.

—Se me va de presupuesto —terció Diehl devolviendo el volumen y, tras decir que se alegraba de conocerme, se fue.

—¿Es coleccionista? —indagué haciéndome el ingenuo, pues me había fijado en que al tal Diehl rara vez se le veían compras bajo el brazo, libros amortajados en bolsas de plástico transparentes.

—Es más bien un ojeador. Lleva años vendiéndome buena mercancía, aunque de vez en cuando me da la sorpresa y me compra alguna joya. Un poco como tú.

—Ah —musité y me volví para mirar a Diehl, que desaparecía ya por el pasillo, lleno de feriantes.

Por supuesto que ni Adam ni yo fuimos nunca ojeadores de libros propiamente dichos, aparte de para localizar y fichar buenos ejemplares de primeras ediciones sin firma que tras un «periodo de hibernación» podían volver al mercado debidamente autografiados o con sentidas dedicatorias de sus respectivos autores; o, cuando no, para seleccionar libros antiguos baratos y relativamente irrelevantes y manuscritos con hojas en blanco que, una vez extraídas, podían convertirse en lienzos para cartas o manuscritos antiguos de nuevo cuño. Tras ese encuentro inicial, empecé a sospechar quién y qué era realmente y, con la mayor discreción posible, fui preguntando a los tratantes de mi camarilla más íntima dónde, por curiosidad, habían adquirido tal ejemplar dedicado o tal carta autografiada. Tenía la impresión de que estaban descubriéndose más nuevos documentos de Conan Doyle de lo normal y, comoquiera que Sherlock Holmes siempre había sido mi favorito, el pan mío de cada día, mi pipa de arcilla negra y mi gorro de caza, si se me permite la expresión, tales detalles me llamaban poderosamente la atención. Tuviera o no razón o lógica alguna, me convencí de que Diehl era la principal fuente de aquella marea creciente de material de Holmes dedicado y hológrafo. Cuando empecé a investigar sobre el tema, me acordé de la casera del sabueso, la señora Hudson, en la película *La mujer araña*, que en cierto momento proclama: «Hay que tragar con lo incurable». Para bien o para mal, puedo afirmar haber visto todos los Sherlocks de celuloide, de Basil Rathbone a Jeremy Brett, y, si bien prefiero de lejos los relatos de *sir* Arthur Conan Doyle que cualquier encarnación de la gran pantalla, aquella frase se me quedó marcada como un antojo de nacimiento que acabara de ver por primera vez. Y del mismo modo que se aborrece un antojo de nacimiento, aborrezco yo esa máxima: no es solo que haya centenares de formas de evitar tragar con lo incurable, sino que, aparte de un tumor maligno o de alguna otra enfermedad terminal, creo que no hay nada que no pueda curarse.

Lo primero que hice fue cuestionar la autenticidad de lo que, para mi ojo avezado, eran posibles fraudes. En mis tiempos, cuando todavía trabajaba en eso, siempre que cometía el error más insignificante al falsificar una dedicatoria hacía de tripas corazón y o bien, enfadado conmigo mismo, me deshacía directamente del ejemplar, o bien cortaba la página mancillada con una cuchilla de hoja simple y luego vendía el libro amputado a librerías de segunda mano por una fracción de lo que había pagado en su momento. Nunca permití que saliera de mi estudio sin ventanas, pero bien iluminado, nada que no fuera de primera calidad. Los había menos escrupulosos; así, cuando descubría una pequeña anomalía, se lo hacía ver en privado y muy respetuosamente al librero que lo tenía en *stock*; eso sí, cuidándome de no convertirme en un incordio y sin molestarme en alertar a nadie sobre firmas que eran descaradamente falsas (alguno ha apuntado que William Burroughs —que no es de mi época, pero me sirve de ejemplo— rara vez ponía los puntos sobre las íes de su nombre). Por el contrario, sí me parecía juego limpio alertar sobre los tiros errados

por muy poco, los trabajos profesionales con un pequeño talón de Aquiles inculminatorio.

Esa misma primavera, justo antes del Día de los Caídos, conociendo mi interés de toda la vida por todo lo sherlockiano, mi librero favorito, Atticus Moore, de Providence, me llamó y me contó que había adquirido un conjunto de cartas muy notables firmadas por Conan Doyle entre mayo y junio de 1901 y dirigidas a Greenhough Smith, editor de la *Strand Magazine*. Un total de diecisiete misivas en las que detallaba profusamente los progresos hechos sobre el manuscrito de lo que acabaría siendo *El sabueso de los Baskerville*, que se publicaría ese mismo año en la *Strand*. Aunque por alguna razón parecían no haber sido enviadas y tampoco se habían publicado, mi amigo me aseguró que todos los datos biográficos eran verificables. Doyle las escribió durante una estancia en Devon y en ellas describía con vivos detalles cómo le había venido la idea original gracias a un periodista conocido suyo, Bertram Fletcher Robinson, que estaba veraneando en el hotel Royal Links, situado en un cabo con vistas al mar del Norte en Norfolk. Al dorso de una de las cartas aparecía escrito y luego tachado el borrador de un pasaje —ambientado en la ciénaga de Grimpen, basada en un tremedal real, el de Fox Tor— que no llegó a aparecer en el manuscrito publicado. En otra, Conan Doyle describía cómo había presenciado personalmente una aparición a medianoche por la ventana con parteluz de su habitación tras una visita a Park Hall, la antigua mansión de los Robinson en la que probablemente esté basada Baskerville Hall; no osó mencionar esta visión a sus compañeros porque se asemejaba demasiado al sabueso monstruoso y mitológico del relato que estaba escribiendo: un monstruo que «era mejor recluir en los confines de la memoria». Concluía la carta diciendo que mantendría «una actitud inquisitiva» sobre la visión, por mucho que no volviera a mencionarla en las epístolas sucesivas.

Se trataba del fajo de cartas más excepcional y de mayor interés histórico que había manejado mi amigo el librero. Teniendo en cuenta que las había escrito mi autor favorito de todos los tiempos, un narrador de una astucia tan envidiable como exquisita y un artista de primer orden, supe al instante que tenían que ser mías a toda costa. Me preguntó si quería viajar al día siguiente a Providence para echarles un vistazo e ir luego a tomar un almuerzo tardío.

Claro que quería, y sin pensármelo dos veces, a la mañana siguiente estaba cogiendo el primer tren que iba al norte. Mientras veía pasar los islotes de la costa de Connecticut, los barcos veleros y los nidos de águilas pescadoras sobre los pilotes, mi mente hizo su propio viaje en distintas direcciones. Una parte de mí albergaba la apremiante esperanza de que esa correspondencia sin enviar fuese auténtica, porque me habría encantado añadirla a mi pequeña colección «permanente» (encierro este adjetivo entre comillas porque creo que es una de las palabras más fraudulentas del idioma inglés, expresión de una falsedad incontestable). Sin embargo, otra parte de mí sospechaba que tanto las cartas como el fragmento del manuscrito sin publicar eran, simple y llanamente, demasiado buenas para ser verdad —en gran medida,

como la propia idea de permanencia—, pese a que mi amigo era una autoridad mundial en la materia y muy respetado.

Tras pasarme más de una hora examinándolas y regatear hasta conseguir un precio de venta razonable, entendiendo por razonable una suma elevada sin llegar a ser lacerante, me invitó a un almuerzo exquisito en el Capriccio, un restaurante del centro, y esa misma noche regresé a Nueva York con mi recién adquirido tesoro. Decir que estaba emocionado sería engañoso, puesto que esos papeles que en esencia no valían nada y por los que había pagado un buen puñado de dinero, que sí que valía algo, no estaban destinados a engrosar mi colección permanente. No, el conjunto entero era un fraude. Pero se trataba, con mucho, de la mejor obra de falsificación que había visto en muchos años, si no en toda mi vida, con un contenido creativo y una ejecución convincente. Entre atemorizado y conmocionado, me había visto en la obligación de quitarlas del mercado para evitar que fueran sometidas a un mayor escrutinio.

A mi entender, una falsificación de semejante calidad está tan imbuida de genio como cualquier original corriente y moliente; la única diferencia es que la creatividad requerida es de una variante diametralmente opuesta. Una página en la que el creador de Sherlock Holmes ha escrito un pasaje donde, pongamos por caso, se produce un asesinato diabólico que ha dejado fuera de juego a Scotland Yard y cuya resolución exige los poderes de deducción de Holmes es, a fin de cuentas, un artefacto literario, ni más ni menos. Su importancia reside por completo en el lenguaje, la narrativa y la imaginación, y no tiene nada que ver con la caligrafía del autor. No adoramos a los dioses porque vistan bien. Muchos escritores, entre ellos el propio Shakespeare, han tenido una escritura realmente atroz. Un manuscrito de W. B. Yeats no vale lo que vale por su cursiva horrenda y apresurada, sino por la música inspirada del poeta, por su imaginario y su visión.

Por otra parte, la falsificación es una forma de arte visual que por lo general nada tiene que ver con sutilezas tales como la música, el imaginario o la visión: está vinculada con los matices del arte caligráfico, un sentido refinado del documento histórico, la ciencia de la empatía. Con el papel telado adecuado y los minerales para mezclar una tinta isabelina pasable, antes yo era capaz de reproducir un par de versos de los garrapatos de Shakespeare, digamos, *Tito Andrónico*:

Pronunciad la sentencia para este miserable:
él ha sido la causa de estos hechos funestos^[1]

que, en las circunstancias adecuadas, podían hacer sacar la cartera a un coleccionista poco avisado. Cuando tienes años de experiencia y sabes lo que te haces, tampoco es tan complicado. El Bardo pone las palabras y el falsificador, su mano resucitada. Aunque, ojo, nunca se me habría ocurrido hacer nada tan descerebrado como intentar vender un manuscrito de Shakespeare. La idea es sacar dinero de lo que uno hace, no acabar en las noticias. Cualquiera de los grandes falsificadores de literatura que

pueblan la galería de la fama de la historia, los que llegaron a ser tan grandes que hoy en día hay coleccionistas que compran sus obras falsificadas por sumas considerables —de Thomas Chatterton a William Ireland, George Gordon Byron o Thomas J. Wise—, opinarían lo mismo, si estuvieran vivos y dispuestos a decir la verdad.

Cuento todo esto para recalcar por qué me impresionó tantísimo ese fajo de cartas. Existía alguien con la audacia suficiente para conjurar cabeza y mano, por no hablar de corazón. Cuanto más examinaba las páginas, más crecía mi admiración. Pero, si bien me habría encantado conocer al progenitor de aquella magia certera, mi resolución por superar lo que me había encontrado era mayor que cualquier impulso de felicitarlo por su destreza. Con todo, eso no me impidió interrogar discretamente a mi amigo Atticus —sí, sus padres eran, a mucha honra, devotos de Harper Lee y él siempre tenía en *stock* uno o dos ejemplares de *Matar a un ruiseñor*— para averiguar de dónde había sacado ese succulento tesoro.

Como era de esperar, puso reparos. Los tratantes que quieren conservar su negocio no pueden ir por ahí divulgando sus fuentes a los compradores, sobre todo a alguien como yo, al que el propio Atticus consideraba a su vez una fuente provechosa, incluso, en momentos puntuales del pasado, un auténtico cuerno de la abundancia. Guardé mis preguntas en la recámara, para el día en que lo pillara con la guardia bajada. Tampoco lo importuné con cuestiones directas sobre la procedencia o la cadena de propiedad. Por extraño que parezca, pocos libros y manuscritos vienen con documentos de origen, como sucede, por ejemplo, en el mundo del arte. Más allá de mis propios tejemanejes, oscuros e inusuales, y los de un puñado más, era ciertamente un mercado de caballeros donde el saber erudito relevante y el comercio puro eran la conjugación perfecta del yin y el yang.

Tuve una segunda oportunidad en otra comida, una cena cerca de nuestro hotel, el Fairmont de San Francisco, que acogía esa semana una feria internacional del libro. Ese día nos había ido muy bien a los dos: yo estaba por entonces en la cresta de la ola, cuando podía falsificar a más de tres docenas de escritores con un dominio incontestable, y él se sentía especialmente contento por algo que le había vendido yo antes del encuentro.

—Es obscena la asiduidad con la que encuentras cosas tan impresionantes —comentó admirativamente, refiriéndose a un pequeño fajo de cartas de Jack London en las que el autor hablaba de su relato «Cuando Dios ríe» (se escapaban de mi ámbito de especialización, pero eran perfectas para los clientes de la bahía de San Francisco; de hecho, se las habían quitado de las manos por el doble de lo que me había pagado Atticus a mí)—. Te lo digo en serio. Tendrías que haber sido librero —prosiguió.

—Eso le decían siempre a mi padre —contesté.

—Sí, pero tu padre era coleccionista de pura raza. Según tengo entendido, siempre compraba, nunca vendía nada. Incluso cuando compraba un ejemplar superior, se quedaba con los dos.

La ineludible mención de mi padre, al que seguían recordando con cariño en el gremio, incluso quienes no llegaron a conocerlo, me incomodaba. Como coleccionista, había sido de los mejores de su generación. No quería ni imaginarme lo avergonzado que se habría sentido de haber visto cómo acusaban de falsificar libros a su propio hijo, quien, por lo demás, se había iniciado en esa habilidad siendo joven, cuando aún vivía bajo su mismo techo, comía su comida y disfrutaba de su biblioteca. Aunque suelo recordarlo con nostalgia, son más las veces que agradezco que sufriera el destino del resto de mortales y no viviese lo suficiente para ser testigo de la infamia de la sangre de su sangre.

Tras apartar de un manotazo ese fogonazo de inquietud, dejé el tenedor en la mesa y dije:

—De todas formas, yo no estoy hecho para esas cosas, tanta rivalidad, tanta competencia entre clientes... Y eso de andar comprobando el inventario y reclamando pagos pendientes... Prefiero seguir siendo un aficionado en los márgenes y ver cómo los peces gordos os peleáis entre vosotros.

Deliberó por unos instantes.

—No digas tonterías. Se te daría de maravilla.

—No es tontería, es sensatez. Además, creo que se me daría fatal. Soy demasiado vago para andar moviendo el panderero todo el día de aquí para allá, y encima con lo poco sociable que soy. Aparte de los libros que compro de vez en cuando, vivo dentro de mis posibilidades, y con eso me basta y me sobra.

—¿Vago tú? No me lo creo. Bueno, si alguna vez cambias de opinión, yo me asociaría contigo en un santiamén. Solo tienes que decirlo.

He de admitir que me resultó halagador. Con los años había acariciado la idea de ir por lo legal —bueno, no legal legal, pero entrar en el negocio y ser capaz de ensalzar mi material con un poco de ingenio pigmaliano si me apetecía—, pero una voz interior, sabia y cautelosa, me decía que ya me exponía lo suficiente haciendo lo que hacía. Colgar una placa con mi nombre solo serviría para atraer más la atención y, por ende, los problemas. Cuanto menos se supiera de mí, mejor.

Lo que mi amigo no sabía, por ejemplo, era que ese mismo día había vendido de estraperlo a varios tratantes —que me habían jurado discreción absoluta, alentados por la promesa de recibir más material en el futuro— un sinfín de artículos autografiados de primera. Podía haber presumido con razón, pero lo de jactarme no era algo que pudiese permitirme.

—Por cierto, como tu socio oficioso, sigo queriendo saber de dónde sacaste aquel material tan maravilloso sobre *El sabueso* hace un tiempo.

—¡Ya estamos! Mira que eres persistente. De acuerdo —dijo dándole otro trago a su Pinot—. Yo creo que lo conoces, un tipo alto y pelirrojo, con gafas de carey. —Asentí—. Pero ni se te ocurra decirle que te lo he dicho. Y como lo abordes directamente para sondearlo, dejamos de ser socios, así que ya lo sabes.

Le prometí que no lo haría y después de cenar me hice cargo de la cuenta. Nos tomamos una última copa en el bar del hotel; en mi caso, un coñac doble. Cuando se excusó para irse a la cama, me permití una segunda ronda en solitario porque supuse que, de todas formas, no iba a dormir mucho creyendo conocer ya con seguridad el secreto de Diehl. «Adam, el adán de los falsificadores», bromeé para mis adentros, aunque ni el sarcasmo consiguió animarme. Si Adam Diehl era un falsificador con gustos parecidos a los míos, con proyectos imaginativos pero técnicas imperfectas, y los compradores empezaban a dudar de su mercancía y a rechazarla como falsa, acabaría atrayendo un gran cúmulo de sospechas sobre el trabajo de otras personas, en concreto, el mío.

Pese a ser la época en que más unidos estuvimos, sería pintar de amarillo un cielo nublado si sugiriese que esa primavera, una vez pasado el entierro de Adam, mi vida con Meghan se asentó en una rutina satisfactoria. Más bien al contrario, nuestro día a día semejaba el sube y baja de una hoja de sierra dentada. Ninguno de nuestros conocidos envidiaba nuestros esfuerzos por volver a la normalidad, pero tampoco intentábamos hacer como si el asesinato no hubiera ocurrido. Nos informaron de que la investigación avanzaba lentamente, aunque todavía no habían identificado a ningún sospechoso como tal. Frustrada, Meghan lloraba a diario y sufría pesadillas casi todas las noches. Y, en cuanto a mí, lo único que podía hacer para consolarla y reconfortarla —y de paso no perder mi siempre precaria estabilidad mental— era estar a su lado. Por mucho que no habláramos de él expresamente, Adam era una presencia en su propia ausencia.

A su modesto funeral, celebrado en una borrascosa mañana de marzo bajo unas nubes color anguila que amenazaban granizo, asistieron unas doce personas, en su mayoría amigos de Meghan, así como algunos de los muchachos que trabajaban en su librería y que habían cogido un autobús a primerísima hora de la mañana desde Nueva York para darle todo su apoyo. Que tan solo se presentaran un par de tipos del libro raro, quienes, por lo demás, apenas me sonaban de vista, daba cuenta de la vida tan ermitaña que había llevado. Entre los presentes reconocí también a uno de los detectives del caso arrebujaado en una parka azul oscura y me fijé en otro tipo al que no conocía, pero que di por hecho que era otro agente o un detective de paisano que habría ido a fichar a los dolientes, por si aparecía alguien insospechado. Cuentan que es habitual que el culpable se vea atraído al lugar de los hechos tras cometer el crimen, llevado quizá por la curiosidad de establecer un vínculo psicológico con su fechoría o con su propia víctima, o incluso consigo mismo, en su deseo por convertir lo abstracto en tangible. El funeral de Adam también podía ser un buen gancho teniendo en cuenta que el lugar de los hechos no estaba ni a veinte kilómetros del chalé de la playa de Diehl, que seguía cerrado a cal y canto hasta que terminase la investigación y Meghan pudiera volver a abrirlo. Si los agentes de la ley esperaban descubrir al autor del crimen entre los dolientes, por la expresión de sus caras, la esperanza parecía más bien vana.

El pastor contratado repitió lo que Meghan le había contado sobre los intereses y logros de Adam, leyó un breve pasaje de la Biblia y cantó *a cappella*, secundado por varios de los presentes, un himno que nunca falla, el *Amazing Grace*. Meghan tenía la

urna metálica abrazada con fuerza contra su grueso abrigo cruzado y soltó unas lagrimitas cuando se la devolvió al director de la funeraria, que se encargaría de enterrarla. Y hasta ahí. Invitamos al detective a que se uniera al modesto almuerzo en una marisquería de la zona —el otro tipo había desaparecido—, pero rehusó. Durante todo el acto, un fotógrafo robó algunas instantáneas aquí y allá, desde una distancia prudencial, quizá con la absurda esperanza de ofrecer las imágenes a los tabloides que seguían interesados en la noticia. Su misión allí se me antojó casi tan fútil como la del detective.

En el almuerzo, tras unas cuantas copas de vino y mientras otros cantaban las alabanzas de Adam y lamentaban su muerte intempestiva, yo me perdí en mis pensamientos. Si no llegaban a cerrar el asesinato, quedaría igualmente irresuelta una parcela más bien fea de mi pasado, aunque nada tan irreversible como un homicidio. Era algo que no me gustaba remover y que, cuando reflataba en mis pensamientos cual enjambre de avispones encabritados o de antiguas furias griegas, tenía por costumbre espantarlo a manotazos. Ese día, sin embargo, no pude. Si el recuerdo me asaltó justo en ese momento fue porque siempre había sospechado quién estaba tras lo sucedido, pero, por respeto a Meghan, había optado por dejarlo estar. Permítanme que me explique.

Un día —como un lustro o así antes de aquel lúgubre almuerzo de funeral— recibí en el correo una carta sin remite, que, en retrospectiva, fue sin duda el funesto presagio de mi perdición. Decía así:

Acabarán descubriéndote. Tus engaños sacarán a la luz al criminal común que eres y no al hombre inteligente y sofisticado que crees ser. Llegará el día en que la oscuridad se cierna sobre ti.

Yo no soy de asustarme fácilmente. La oscuridad no me daba miedo, incluso podía decirse que me movía en ella como pez en el agua. Y tampoco había estado nunca tan engañado como para considerarme un hombre inteligente y sofisticado, sino más bien un obrero hacendoso y un artesano dedicado. Parte de mí quiso reír con ganas y seguir tranquilamente con mi día, sin darle más importancia. Sin embargo, lo que me perturbó de aquella nota breve, aparte de estar escrita con la característica caligrafía fluida de Henry James en lo que parecía auténtico papel de carta de su época en Lamb House, con esa bella fuente roja en relieve, fue que nunca le había hablado a nadie de mi vocación secreta; ni a amantes, ni amigos ni confidentes. Nunca me traicioné, ni a mí ni a mi yo secreto, ni siquiera cuando producía alguna obra maestra de la que ansiaba presumir. Un grueso y alto muro se elevaba entre mi único vicio verdadero —pues así lo habría calificado el mundo— y el resto de fechorías, transgresiones e indecencias insignificantes que pudiera haber infligido a cualquiera, amigo o enemigo, daba igual.

Así las cosas, me angustiaba que el autor de esa carta a mano —en sentido estricto, no era una falsificación, pues no pretendía hacerme creer que la hubiese redactado el propio James— supiese lo que fraguaba y amenazara con poner mi vida

patas arriba. No pensaba permitirlo. Es más, cuando me senté a examinar con lupa el documento, empezaron a salir a la luz sus sutiles fallos de entre la tiniebla de preocupación que me había generado, como un feo animal con tentáculos que hubiera subido a la superficie de una charca marrón. Quienquiera que lo hubiera hecho era bastante diestro, buenísimo en muchos sentidos: supe apreciar la firma de James, que habría resistido el examen de los expertos en autógrafos más quisquillosos, por no hablar del facsímil del membrete, que era idéntico al original. Pero había más de media docena de pequeños errores gráficos, independientemente de que el autor de aquella nota insidiosa no intentase en modo alguno reproducir la voz magistral de James. Los arcos de la eme minúscula parecían más dos toperas pegadas que los picos dentados y separados típicos de las emes de Henry James. Me dio la impresión de que el espacio entre palabras era algo más ajustado de lo que debía y la cantidad de tinta que fluía del plumín al papel, demasiado constante. En mi cabeza las taras en la ejecución significaban taras en el carácter y sugerían, aunque más tarde la teoría se desmentiría, que tal vez mi difamador invisible no fuese la amenaza aterradora que pretendía ser.

Comoquiera que fuese, cuando pasó el primer embate de conmoción, mis sentimientos se moderaron hasta mudar en algo que me era muy ajeno: el enfado. Uno bien serio. Y precisamente la rabia no es una sensación que me guste. La carta estaba timbrada en Nueva York, con el mismo código postal que mi piso, otra provocación inquietante. En ausencia de una dirección a la que poder responder, no había mucho... No, para ser exactos, no había nada que pudiera hacer. Para colmo de males, fue solo la primera de una serie de cartas inexplicables y enloquecedoras que iría recibiendo en el transcurso de los meses que siguieron. No podía permitirme denunciarlo a la policía ni contárselo a nadie, porque, evidentemente, de hacerlo, peligraba mi bello castillo de naipes falsos y la vocación que tantas alegrías me había dado podía quedar destruida para siempre.

¿Fue pura coincidencia que las cartas comenzaran a llegar poco después de que Meghan y yo empezáramos a salir más en serio, a hablar de nosotros como pareja? Tal vez sí o tal vez no, pero si sospeché en su momento de Adam, su forma de comportarse conmigo —cordial pero inseguro, contenido aunque a veces dispuesto a hablar de anécdotas sobre adquisiciones de libros raros o de los cotilleos que circulan por las arterias y las venas de los círculos de anticuarios como si vivieran de eso— me hacía pararme a pensar, una pausa que me tomaba por deferencia a Meghan.

Mi instinto me decía que Adam se había arrepentido de habernos presentado en aquel encuentro en el Armory, cuando ella entró con él en el estrecho puesto donde yo estaba, lo que hacía difícil no hacer las presentaciones sin quedar como un maleducado. Desde nuestro primer apretón de manos, caluroso, hablamos con una camaradería relajada. Como resultó que ella vivía también por el centro, no muy lejos de mi piso, decidimos ir a tomar una copa y a charlar de libros. Ella se mostró interesada por mi colección y yo, por visitar su tienda. La nuestra fue una atracción

instantánea, amor a primera vista, si es que existe tal cosa. Pese a la frialdad sin tapujos que destilaba su desconfiado hermano ya en esos primeros minutos después de habérmela presentado —se quedó allí de sujetavelas, como suele decirse, un auténtico candelabro humano chuchurrido—, los dos sentimos que nos conocíamos de toda la vida, una impresión que nos confesamos a los pocos días, en esa primera salida para tomar unas copas. Con las semanas y los meses, conforme fuimos intimando, su hermano y yo, que nunca habíamos tenido mucha relación, nos retiramos a una distancia cordial. Sí, reconozco que yo le recortaba el tiempo que podía haber pasado su hermana con él, en persona o hablando por teléfono —parecía necesitarla más que ella a él, hasta el punto de que su apego empezó a antojárseme patológico—, pero ¿qué podía hacer yo? Creo que hice lo posible por tenderle la mano, o al menos lo justo para aparentar. Sin embargo, cuando por fin fijamos una fecha para comer juntos —algo a lo que accedí por Meghan, y puesto que no había ido ni una sola vez de visita a su casa en la punta de Long Island, un almuerzo en Manhattan era lo mínimo que podía hacer—, fue él quien canceló la cita a última hora por una emergencia de fontanería que le había surgido en Montauk; tenía que acudir inmediatamente por no sé qué grifo que chorreaba como las cataratas del Niágara, y nunca llegamos a quedar de nuevo.

Aun así, en lo que a aquellas cartas perniciosas respecta, no veía que pudiera tener motivos para llegar a amenazar al pretendiente de su hermana, a quien sin duda adoraba y a la que solo deseaba lo mejor. Vale que nunca hubiésemos tenido un trato afectuoso, pero ¿tanto como para indignarse y ceder a tales impulsos?

Ahora que lo pienso creo que tendría que haber guardado esas misivas. Pero ¿de qué habría valido? Solo servían para incriminarme a mí, y no al remitente. Si no hubiera sido culpable de prácticamente todo de lo que se me acusaba en ellas, quizá podía haber tenido cierto margen de maniobra. Sin embargo, por mucho que estuviera recociéndome en mis propios jugos tóxicos de rabia y miedo, no había una respuesta clara, de modo que fui rompiéndolas sistemáticamente y tirando los pedacitos por el váter. Operación frustrante donde las haya, porque el papel de carta antiguo, al contrario que el higiénico, prefiere quedarse flotando en vez de hundirse. Supongo que como la propia culpa...

Sumido en estas preocupaciones, decidí centrarme en Meghan y en los proyectos de Conan Doyle que tenía por entonces entre manos, incluidas unas bonitas dedicatorias que había hecho en una partida de libros antiguos que había comprado hacía años en Inglaterra y que estaban listos para reintegrarse en el mundo con una flamante historia vital. Me proporcionaron la felicidad necesaria para superar los días que me pasé cuidándome las espaldas y mirando hacia atrás como un loco, en busca del peligro acechante. A Meg y a mí nos encantaba ir a restaurantes baratos sobre los que ella había leído, probar distintas gastronomías, degustar la variada oferta sibarita que solo Nueva York y sus distritos saben ofrecer —comida rusa en Brighton Beach, jamaicana en Canarsie, polaca en Greenpoint, bengalí en Kensington—. Meghan

pasaba el día en la librería, lo que me dejaba tiempo de sobra para enfrascarme en mis labores literarias en un sótano que alquilaba bajo seudónimo, no muy lejos de mi piso, y que pagaba todos los meses al casero en dinero contante con una religiosidad plomiza, con la idea de que no me pusiera pegas.

Pese a las vagas sospechas que podía haber albergado sobre Diehl durante el par de años que mediaron entre que lo conocí y que empezaron a llegar las cartas, hasta que Meghan nos invitó a ambos a la celebración de su trigésimo quinto cumpleaños no salió a la luz una verdad incómoda. Resultaba que el poeta favorito de Meghan era Yeats y, aunque había nacido en Irlanda, no había vuelto siendo adulta. El sueño de su vida era visitar algún día la tumba del poeta en Drumcliff, ir remando en bote a la isla de Innisfree, subir a las estribaciones del Ben Bulbin, tomarse en Sligo un plato de patatas y bacalao fritos, el rebozado con su gotita de cerveza, y bajarlo con una pinta de Guinness. Si bien no conseguí preparar el viaje a tiempo para su cumpleaños, sí que me puse en contacto con un librero dublinés para comprar un ejemplar firmado de una tirada limitada de *Una visión*, en la edición privada que hizo T. Werner Laurie en 1925. Pensé que sería una especie de parámetro de sustitución hasta que lo del viaje a Irlanda fuera más factible. Después de cenar en casa el pavo y las varias guarniciones que habían sobrado de Acción de Gracias, le tendí a mi novia una copa de champán que acababa de descorchar y le di mi regalo.

—Ay, me encanta —exclamó y me dio un abrazo y un beso emocionados después de pegarle un sorbo al espumoso y abrir el paquete—. Es mi libro en prosa favorito de Yeats, aunque no puedo decir que lo entienda del todo. Sus *gyres* siempre me han mareado, pero volveré a hacer otro intento.

Cuando su hermano murmuró entre dientes el refrán de que las grandes mentes piensan igual mientras le daba su regalo, los dos supimos lo que era: no era *Una visión*, pero sí un hermoso ejemplar con sobrecubierta de una antigua edición en rústica de los *Poemas reunidos*, con el autógrafo del poeta en la página del título.

—Ahora solo te falta el teatro —le dijo.

—Y no te olvides de la autobiografía, las cartas y los artículos. Yeats «contiene multitudes» —fue su radiante respuesta—. Es alucinante. Habéis tenido que poneros de acuerdo, ¿no? —Le aseguramos que estábamos tan sorprendidos como ella—. Vaya, pues qué coincidencia más estupenda. Muchísimas gracias a los dos —añadió—. Los dos mejores regalos de cumpleaños de mi vida.

Cuando Adam se fue, Meghan insistió —y no era la primera vez— en que su hermano y yo podríamos haber sido grandes amigos.

—¿Necesitas más pruebas que los regalos que acabáis de hacerme? Pensáis igual, sois los dos bibliómanos, ambos sois algo reservados y tenéis un punto de chalados, como yo —dijo mientras limpiábamos y secábamos los platos.

Cuando fue al baño antes de acostarse, miré a hurtadillas el autógrafo en el regalo de Adam. Supongo que no tendría que haberme dado tanta rabia ver que era una falsificación ejecutada muy admirablemente, o eso me pareció a la luz de las velas,

pero aun así me tocó la moral. Yo, que había podido hacerlo mucho mejor, me había tomado la molestia de encontrar un Yeats firmado auténtico, ¿y su tan cacareado hermano no podía haberse esforzado más? Por supuesto, no tenía intención alguna de contárselo a Meghan; a veces podía tener el alma turbia, pero no diabólica. Ella estaba feliz y eso me hacía feliz a mí. Sin embargo, aquella noche mis impresiones sobre Adam se consolidaron. Me planteé mostrarme amigable con él a partir de entonces, al menos de cara a la galería, siempre que nos encontráramos, pero, por lo demás, apartarme todo lo posible de él. He de admitir que era un tipo que me daba grima, que no es una sensación que me guste. Entretanto, las cartas de Henry James siguieron llegando, tan esporádicas como condenatorias.

—¿Estás bien? —me preguntó Meghan despertándome de mi desagradable ensoñación.

—Ay, perdona. —Volví a la realidad cuando el almuerzo del funeral llegaba a su fin—. No es nada, estaba pensando en Adam.

Sonrió con tristeza.

—¿En qué estabas pensando?

—En cuando los dos te regalamos los libros de Yeats firmados.

Mientras la ayudaba a ponerse el abrigo de camino al coche, me dijo con una añoranza desoladora:

—Son mis dos pertenencias favoritas de este mundo.

Fuera, las nubes se habían despejado para dejarnos con unos afilados perdigones de hielo que nos pinchaban la cara como ortigas árticas y que me hicieron asombrarme ante el mundo tan horrible que en ocasiones habitamos.

Mi caída en desgracia llegó en un día por lo demás revestido de la clásica belleza otoñal. Estaba en mi piso preparando el café de la mañana. La noche anterior habíamos hecho una de nuestras excursiones en metro para ir a una barriada de un distrito de las afueras a comer un *curry* de cordero que, según había leído ella, era el mejor de la ciudad, y después de dejarla en su casa había vuelto andando hasta mi piso bien entrada la noche. Los golpes en la puerta llegaron en forma de tres estallidos insistentes, como no llamaría ningún vecino. Me apreté el cinturón del albornoz, me peiné con los dedos y fui a abrir con el alma en vilo. Las cartas auguraban un momento así y sentí que había llegado. Ante mí en el umbral había dos hombres, uno de estatura media y bronceado de bote y el otro achaparrado y bajito, con las mejillas picadas por la viruela, ambos con la placa en la mano e inspeccionando la habitación por detrás de mí. Había visto escenas parecidas en el cine, pero me resultó cuando menos irreal verla suceder ante mis ojos y no en una sala a oscuras, sino en mi casa.

No veo la necesidad de describir con detalle lo que ocurrió después, dado que fue más o menos lo que cabía esperar. En los últimos meses se había desarrollado la típica investigación y me habían hecho morder el anzuelo para vender dos falsificaciones por un precio excesivo a un par de tratantes de segunda con los que no volvería a hablar, ni ellos conmigo. Uno de los libros era un Robert Frost relativamente intrascendente, pero el otro, un ejemplar firmado de *Dublineses* fechado en 1914, el año de publicación —me había decantado por una versión de la firma que James Joyce utilizaba en ocasiones, en ascenso de izquierda a derecha—, era otra historia. Buen dinero, rondando casi los cien mil. Pidieron la colaboración de unos expertos en autógrafos tan sobrevalorados como sobreestimados para que respaldasen lo que la policía quería oír, y, sin más, me engancharon.

Lo más insólito del arresto fue que los agentes, que entraron y se pusieron a charlar un rato conmigo antes de hacer los honores, me entregaron un ejemplar de una confesión de mis crímenes «de mi puño y letra»: sí, yo también tengo una caligrafía propia y, en parte como ocurre cuando nos decepciona ver hablar con su propia voz a un imitador, he de admitir que mi escritura deja que desear. No pareció hacerles gracia la sonora carcajada de estupefacción que solté al ver mi letra en palabras que yo no había escrito. «Por supuesto», pensé: quienquiera que hubiese estado mandándome las cartas de amenaza con la caligrafía de James no había podido resistirse a ese plato fuerte, una broma interna que solo él y yo podíamos realmente

apreciar. Ya aquella misma noche, pasada en la comisaría central sobre un duro banco de cemento de un calabozo compartido con otros veinte malhechores —hasta que pagué mi propia fianza a la mañana siguiente y me soltaron—, vacilé entre odiar al malnacido que me la había jugado o admirar su sentido del humor. La falsificación de mi escritura no era perfecta, lo que me llevaba a deducir que o bien mi acusador había trabajado su copia a partir de fragmentos a los que no había dedicado muchas horas de estudio, o bien no tenía tanto talento. Con todo, el parecido era suficiente para que solo alguien con mi técnica reconociera que era falsa, y en ese aspecto ni la policía ni un tribunal habrían aceptado mi testimonio fundamentado..., en el caso de llegar a eso, cosa que no pasó.

Por otra parte, también empecé a devanarme la cabeza, pasando revista a los cientos de tratos en los que había participado con los años para intentar averiguar quién se escondía tras aquel repentino cambio de tornas. He de añadir que, con razón o sin ella, Adam Diehl formaba parte de mi breve lista de sospechosos; en primer lugar, porque él había tenido acceso a mi escritura, bastaba con que hubiera leído en secreto las cartas que le mandaba a Meghan y que eran muy numerosas (nos encantaba, y no nos avergonzaba reconocerlo, enviarnos notitas de amor privadas, sobre todo durante los primeros meses de nuestra relación). No le habría costado mucho husmear en nuestros intercambios románticos, puesto que, siempre que iba a Nueva York, él se quedaba en casa de su hermana y ella se venía a la mía. Por otra parte, siendo como era yo un ludita confeso, que se negaba obstinadamente a tratar con ordenadores, había una gran cantidad de cartas, así como de recibos y cheques, circulando por el universo bibliófilo, a disposición de todo aquel que quisiera estudiarlas e imitarlas.

Llegados a este punto, he de decir sin el menor atisbo de duda que pasar una noche en la cárcel, sobre todo si son unos calabozos con el sobrenombre de las Catacumbas, en el extremo sur de Manhattan, es demasiado para el cuerpo. Sin saber si tendría que enfrentarme a otra noche, resolví hacer todo lo que estuviera en mis manos, ya algo coartadas, para enmendarme, apechugar con todo e intentar sacar a flote mi vida. Meghan fue fundamental en ese proceso.

—Esos conocimientos y ese arte que posees son increíbles —me aseguró—, solo tienes que utilizarlos para fines que no te benefician a ti, sino al prójimo.

Unas palabras muy inspiradoras, sin duda, pero tengo que admitir, aunque solo sea para mis adentros, que, en algún punto del camino, yo había desarrollado la creencia engañosa, descabellada y en última instancia ilícita de que mi obra ya beneficiaba al prójimo aportando la belleza de unas palabras y unas ideas que el mundo no había visto antes por escrito. Narcisismo puro, en realidad. Y no sería precisamente esa filosofía la que me ayudaría a salir de la ciénaga financiera, legal y ética en la que había caído... o, más bien, a la que me habían empujado de mala fe.

Una de mis primeras llamadas fue a mi colega de Providence, que ya se había enterado a través del mentidero de alta velocidad del mundo del libro raro. Mi

encarcelación, a Dios gracias, no tenía ni el glamur ni la relevancia suficiente para aparecer en las noticias, pero los libreros son yonquis redomados de la información y tan dados al cotilleo como cualquier miembro de toda comunidad especializada que se precie.

—He de admitir que ha habido momentos en que me has hecho olerme algo parecido —me reprendió—. Ha sido en ocasiones contadas, no te creas, pero de vez en cuando veía un libro o una carta tan excepcional que..., en fin, me hacía dudar. Pero después siempre me acordaba de tu padre y me decía que de buen vino, buen vinagre, y más con un vino tan rico como era tu padre.

Sí, estaba muy dolido y enfadado conmigo, era comprensible. Le aseguré, y no mentía, que la mayoría de las cosas que le había vendido durante todos esos años eran auténticas y que había incorporado a la mezcla muy pocas de mis creaciones reconocidas. Es más, le dije con cierta timidez, en mi nuevo papel de rufián, que estaba dispuesto a recomprarle todo lo que le había vendido más un, pongamos, veinte por ciento..., que sea treinta, por las molestias, y sin pega alguna. Siempre había vivido modestamente, en un piso de renta controlada y el taller, que tenía un alquiler muy barato, sin más vicios caros que la bibliofilia, y había logrado juntar unos ahorros decentes, aparte del dinero que había heredado tras la muerte de mi padre, un capital que él había sabido invertir sabiamente y yo me había cuidado de mantener, y con el que podía ir indemnizando a mis clientes. También tendría que echar mano de mi colección permanente —que tenía ya poco de permanente— y vender algunas de mis joyas más queridas para recaudar más dinero. Lo único que pedía a cambio, de rodillas si hacía falta, era que no me denunciara ni me demandara, y acabó accediendo.

Supuso un profundo alivio que la mayoría de los del gremio adoptaran una actitud parecida ante mi situación, pues preferían recuperar el dinero que andarse con demandas y tribunales. La policía confiscó las falsificaciones que hallaron en mi piso, así como las que fueron recuperando por aquí y por allá, y aún hoy sigo sin saber qué fue de ellas, aunque no me importaría averiguarlo. Mi padre nunca había profesado un gran afecto por la policía, y supongo que en ese aspecto emulé sus dignos pasos. En más de una ocasión pregunté por mis obras, pero el agente de la condicional me recomendó que lo dejara estar y que cuanto menos dijera, mejor que mejor. El caso es que yo seguía considerando que mis artesanías tenían un valor intrínseco, mientras que a los ojos de la ley no valían absolutamente nada. Por lo demás, un miembro de las fuerzas del orden con cierta iniciativa y acceso al material confiscado bien podía haber sido de mi misma opinión y haber sacado de estraperlo algún ejemplar olvidado, por no decir tres o diez, y haber vuelto a ponerlos poco a poco en circulación. Podía imaginarme perfectamente a mi poli corrupto fantasma describiéndoselos a un librero de segunda mano: «Me los encontré en casa de mi abuela cuando murió, supongo que a mi abuelo le dio por coleccionarlos en su época, no sé lo que valdrán, pero mi familia quiere venderlos». Después, el librero en

cuestión los compra a la baja y llama a otro tratante un poco más alto en la jerarquía y le dice que, sin quererlo ni beberlo, se ha hecho con un buen material y se saca un buen pellizco por los libros. Si este segundo tratante no se da cuenta de lo corrupto de su origen, los pone a la venta a precio de minorista. ¿Quién sabe si en el futuro mis hijos excluidos no acabarán resurgiendo en un encuentro del Armory, uno a uno?

Naturalmente, hubo amigos y algunos clientes de confianza de la librería de Meghan que expresaron su preocupación por mi credibilidad, por si dañaría su reputación como librera seguir relacionándose conmigo, y a saber qué otras críticas. Puedo afirmar con gran alivio que estos irreprochables defensores de la moral virtuosa, pese a sus denodados esfuerzos por apartar a Meghan de mi yo destructor, no tenían ni la menor idea de lo fuerte que era nuestra relación. Que yo hubiera errado, que hubiera delinquido y me hubieran pillado no conseguiría destruir nuestro amor, de la misma manera que si hubiese sido ella la que hubiese hecho algo malo. Si acaso, mis tribulaciones abrieron unas avenidas de amor más profundas que las que habríamos transitado en otras circunstancias. Si bien no podía reprocharles nada a sus confidentes —al fin y al cabo, la «autoría» de mis problemas era solo mía—, eso no significaba que no me irritasen con sus pías y santurronas intromisiones. Con todo y con eso, como he dicho, era tan de prever como prosaico.

Lo que no me pareció igual de predecible fue la actitud tan solícita de Adam. ¿Nos apoyó, tanto a mí como a su hermana, porque sabía que yo estaba al tanto de lo suyo, temeroso de que metiera unas garras acusatorias en el tierno bajo vientre de sus empresas de embaucador y lo arrastrara conmigo en la caída, sacándolo del cielo de los falsificadores? ¿Admiraba en secreto mi negativa y mi resistencia a dejar que aquello acabara conmigo? ¿Había hallado por fin la paz interior para que dejara de fastidiarle mi relación con su hermana, que lo obligaba a compartir el tiempo y el afecto de esta? No hay que olvidar que quedaron huérfanos desde muy temprana edad. «Podía ser», «lo dudaba» y «de ninguna de las maneras» eran las respectivas respuestas a esas preguntas. Así y todo, pese a los fragmentos de conversaciones telefónicas entre Meghan y su hermano que oí de pasada —y en una ocasión espíé, lo admito—, en los que le expresaba su deseo de que se buscara otro novio, me pareció que se mostraba más apenado por mí que triunfante.

Por suerte, con el tiempo, mientras sus amigos metomentodos pasaban a ofrecerle sus prudentes consejos sobre pecados a otros conocidos, Adam fue retirándose lentamente a su vida ascética en Montauk. Ambas circunstancias supusieron igual alivio para mí. Mi breve estancia entre rejas y mis largos días en parques municipales y medianeras barriendo colillas, hojas caídas, condones usados y cosas por el estilo —para cumplir con las horas obligatorias de servicio comunitario, bolsa de comunidad a bolsa de comunidad— tocaron a su fin. Después de ser rechazado en no pocos puestos, me contrataron en una casa de subastas, pequeña pero de cierto renombre. Mi nuevo jefe me conocía de antes, de encuentros casuales, y siempre había admirado desde la distancia mi erudición en material autografiado del campo

literario y la política y le habían hablado bien de mí. La fortuna quiso que no hubiese destinado ninguno de mis trabajos a sus salones, de modo que partía de cero con ellos. Las condiciones que me planteó para el periodo de prueba fueron sencillas, claras y, a mi entender, asequibles: «No la lées».

Liar no la lie. Llegaba todos los días a mi hora y me iba directo a mi mesa de catalogar, donde me dedicaba a investigar y a escribir descripciones bibliográficas de montones de libros y manuscritos de mi ámbito preferido, las rarezas británicas y estadounidenses de finales del siglo XIX y principios del XX. Como no me dedicaba ni a vender ni a comprar directamente, mis años de erudición me valieron para examinar y describir las pertenencias de otros y circunnavegar de lejos toda implicación personal que pudiera llevarme a cobrar siquiera un penique aparte de mi asignación mensual. Sí, claro, supongo que podría haber colado autógrafos en libros que hubiesen llegado sin firmar a la casa de subastas; pero podrían haberme pillado con la misma facilidad. De entrada, porque había demasiada gente en las instalaciones y, además, el consignador se habría dado cuenta. Catalogar no suponía ningún beneficio concreto, lo que me proporcionaba un entorno de trabajo realmente seguro para recuperar mi lugar en la sociedad. No sentía el placer vertiginoso y casi estático de la falsificación, pero, a cambio, me compensaba experimentar casi todos los días una sensación de felicidad templada, la serenidad que da comportarse con honradez, como un hombre que va por la vida por derecho.

Para cuando las nevadas de febrero y la aguanieve de marzo dieron paso a la lluvia de abril y el sol de mayo, aún no habían detenido a nadie por la muerte de Adam. Decir que Meghan estaba frustrada era quedarse corto. En cuanto a mí, supongo que había leído demasiados relatos de Conan Doyle en los que Holmes da con el asesino gracias a su método deductivo, mientras de paso cita el epigrama de Tácito *Omne ignotum pro magnifico* («Todo lo ignoto es magnífico»), se droga, le toma el pelo a Watson y fuma de su pipa, y no se deja amilanar por la incapacidad de la policía para encontrar al culpable. No cabe duda de que, con los años, al haber vendido firmas y documentos falsos, Adam había podido tener que vérselas con compradores muy indignados, furibundos incluso, en el caso de que se hubieran enterado de sus proezas como falsificador. Si no, que me lo preguntasen a mí... Pero, aun así, ¿quién en su sano juicio habría sido capaz de matarlo por un simple enfado, y eso dando por hecho que fue una falsificación lo que metió a Adam en problemas?

Resultó no ser tan minucioso como yo y no había llevado un registro de sus transacciones. Si a mí la meticulosidad de mis archivos me impidió toda negación de los hechos durante mi breve tiempo incriminado, en el caso de Adam, por irónico que parezca, la ausencia de registros protegió la identidad de algunos de quienes podían haber tenido parte en negarle a él su vida. Así las cosas, a menos que algún cliente diera un paso al frente para exigir que le devolvieran el dinero por artículos que él les había vendido —y curiosamente hubo quien lo hizo—, no había ningún rastro de dinero que seguir. Para colmo de males, el caos de la escena del crimen en el chalé de Montauk no arrojó ninguna prueba forense aprovechable, lo que tampoco mejoró las cosas. Lo que sí se supo es que, para desazón de Meghan, los primeros agentes que llegaron a la escena contaminaron gran cantidad de pruebas con sus manoseos, cuando no pisoteos, al irrumpir de cualquier manera en el chalé, pisar los libros y la sangre, todo ello con las pistolas en ristre por si el malhechor seguía al acecho. De modo que, con la investigación malograda y la mayoría de efectivos destinados a otros casos, la cosa se enfrió —si es que en algún momento había llegado a calentarse—, y poco a poco el asesinato de Adam fue quedando relegado a los archivos de casos abiertos.

Cuando la policía informó a Meghan de que habían hecho todo lo necesario para terminar con el chalé y le dieron vía libre para acceder a la casa cuando quisiera, fue agridulce. Agrio porque ponía de relieve que la investigación había llegado a una especie de fin indefinido, o mejor dicho realista aunque incompleto. Dulce, si se le

puede llamar así, porque para Meghan el chalé era un lugar bonito y lleno de sentimientos, pese a lo lúgubre de su historia más reciente, de placenteros recuerdos de la infancia y de los buenos ratos compartidos de adultos con Adam ya instalado en Montauk. Con mi ayuda, conseguiría que los recuerdos positivos no superaran los negativos. Y quedamos en que, si después de intentarlo le resultaba imposible —y tampoco era de extrañar, puesto que había perdido a casi toda su familia en aquel inmueble en primera línea de playa—, lo pondría a la venta. Un terreno en la playa como aquel valía su peso en oro, y en una estimación moderada el chalé podía arrojar un capital rondando las siete cifras, lo que, si nos decidíamos a vender, podía proporcionarnos más que suficiente para empezar una nueva vida juntos en otra parte. Llegamos incluso a acariciar la idea de dejar nuestros trabajos en Nueva York por unos meses y darnos el capricho de alquilar una casa en algún lugar cálido, en el sur de Francia o la Riviera italiana, por ejemplo. No se podía decir que la vida no nos hubiese puesto a prueba durante nuestros primeros años de relación. Cortar por lo sano con las tribulaciones y las tragedias podía resultar ser la mejor medicina.

Meghan me sorprendió un día a la vuelta del trabajo cuando de buenas a primeras me dijo:

—Vamos a Montauk. Creo que ya estoy preparada.

—¿Estás segura? —le pregunté vacilante, pues dudaba de que estuviese realmente preparada para visitar el lugar donde habían asesinado a su hermano.

—Segurísima —respondió—. De hecho, me gustaría que fuésemos mañana a primera hora, si puedes escaparte. Es sábado y se supone que va a hacer bueno. Puedo decirles a los chicos que se encarguen de la tienda. Es una tontería retrasarlo un solo día más.

Nos levantamos antes del amanecer, preparamos las cosas para hacer un pícnic a mediodía, cogimos el túnel de Queens que lleva a la autopista de Long Island y pusimos rumbo a Montauk. Con un termo de café en la mano, vimos cómo engordaba un sol naranja y aplastado, que fue redondeándose y elevándose en un cielo matinal impecable. A esa hora no había mucho tráfico y tardamos lo justo. Cuando salimos de la autopista, el sol ya había remontado en el horizonte y los corredores y los paseadores de perros se habían despertado; al poco tiempo, estábamos entrando por el pequeño carril que daba al chalé.

—¿Quieres que antes de nada estiremos un poco las piernas con un paseíto por la playa?

Sabiendo que con aquella distracción yo pretendía mitigar el trauma de llegar a la casa, Meghan se volvió y me regaló una sonrisa agradecida.

—Podemos ir luego. Mejor primero entramos, antes de que pierda el temple.

Nos sorprendió ver el precinto amarillo de la policía, que seguía cruzado sobre la puerta de la calle.

—Pero ¿no habían terminado de investigar aquí? —le pregunté a Meghan.

—Eso me dijeron.

—Bueno, se les habrá olvidado quitarlo. Aunque no sé si deberíamos dejarlo... ¿Hay otra puerta?

—Por el lado de la playa.

La seguí por el lateral de la casa, entre las matas espinosas de los agracejos, que parecían no haberse podado en años, por una pendiente que llevaba hasta un estrecho sendero particular por entre los gruesos pilotes de un porche voladizo con vistas a la playa prístina. Subimos por un tramo de escalones irregulares que seguían parcialmente la duna en ascenso desde la playa. El rítmico rugir y salpicar de las olas se contraponía con los graznidos de las gaviotas, que planeaban por el cielo cual cometas de hilos invisibles sobre nuestras cabezas. En la terraza encontramos un par de sillones de madera volcados y desgastados por la intemperie, con el barniz desconchado. Los pusimos derechos y fuimos luego a la puerta trasera, que tenía la mosquitera entornada y daba palmetazos ansiosos con la brisa racheada. Aunque el cielo estaba despejado, la fina bruma del rompeolas confería al aire una fragancia penetrante y salada que nos humedecía también la piel.

Me hice a un lado para que Meghan entrara primero. El hedor del interior era horrible, estéril pero viciado, a moho y ácidos químicos. Subimos las persianas de la cristalera que daba a la terraza y al horizonte atlántico y abrimos las ventanas para que entrara un poco de aire fresco del mar. Sin decir una palabra, cuando miré alrededor de la habitación que acababa de bañar la luz del sol, supe que a ambos nos alivió comprobar que quedaban muy pocos signos visibles del caos en que había quedado el estudio de Adam. Un equipo de limpieza había eliminado todo lo que suponía un riesgo biológico, es decir, que habían fregado la sangre reseca del parqué, limpiado con vapor las alfombras, lavado las paredes y ese tipo de cosas. Los objetos dañados y otras cosas relevantes en el asesinato se habían fotografiado y trasladado a un laboratorio, donde sin duda seguirían almacenados hasta que atraparan al autor del crimen, se le llevara a juicio y se presentaran como pruebas los artículos personales de Adam.

—No sé por qué, pero creía que no habrían dejado ni un libro —comentó Meghan mientras se acercaba a las estanterías que poblaban las paredes e iba sacando tomos al azar.

—Me alegro de que no haya sido así —le dije siguiéndola—. Supongo que a la policía no le servían de mucho. Ahora son tuyos. Los libros y todo lo demás —proseguí mientras admiraba un dibujo de Augustus John que había en un marco dorado antiguo sobre el escritorio de Diehl.

Lo examiné, no porque supiese ni sospechara que podía haber estado también metido en la falsificación de arte *fin de siècle*, y me dio la impresión de que era auténtico.

Meghan me tendió el libro que tenía en la mano, un reluciente ejemplar con sobrecubierta de *The American Songbag* de Carl Sandburg, firmado en la guarda frontal.

—¿Qué me dices?

Miré la página de créditos: 1927.

—¿Que si es una primera edición? Sí.

—No, no, por favor. Que si es real.

—¿El autógrafo?

Impaciente pero sin ponerse seria, frunció el ceño mientras yo miraba una vez más la firma, sabiendo que ella sabía que yo sabía a qué se refería. El gesto en su cara era de aprensión, a la vez que de esperanza y seriedad. Lo estudié, decidido a contestarle a si el autógrafo era falso o no.

Y vi con gran deleite que rebosaba autenticidad. Saltaba a la vista que era la pluma estilográfica de Sandburg, de plumín ancho. También lo demostraban la legibilidad yanqui y la línea de base tan recta y nivelada como la regla de un maestro de escuela. La ligadura de la «d» con la «b» del apellido, a modo de guirnalda, daba la impresión de que el poeta hubiese dejado caer una caprichosa «M» curvilínea justo en medio del Sandburg. Fue una bendición, por no hablar de una sorpresa, comprobar que estaba todo correcto.

—Tan real como tú y como yo —le aseguré.

Un vistazo al azar por las guardas y las páginas del título de muchos otros libros arrojó el mismo alegre resultado en casi todos los casos. Las primeras ediciones eran primeras ediciones y todos los volúmenes estaban en un estado inmejorable. La mayoría de las dedicatorias eran auténticas, por lo que pude ver sobre la marcha, sin entrar a investigar, y en los casos en que no, no dije nada y guardé el secreto. La cara antes pálida de Meghan había cobrado color, rosada por el alivio, como la aurora de Homero. Y no porque hubiera heredado una valiosa colección de rarezas literarias, sino porque, pese a haber sido destrozada con saña, como su propio hermano, en su fuero interno este recobró en gran medida su reputación. No era todo fraude en él, y así lo demostraban aquellos libros en los anaqueles de la casa en la que había pasado sus últimos años de vida. Su saber bibliográfico era digno de consideración, y si bien era una colección estrafalaria —un coleccionista más corriente habría sido más conservador y habría reunido una pared de títulos aprobados por el canon—, tenía personalidad. Se me escapa por qué se molestó en trufar los originales con falsificaciones de su puño y letra, siendo como eran a menudo de calidad inferior. ¿A quién quería engañar? Ni a él ni a mí.

«Qué hombre más extraño», me dije y luego pregunté en voz alta:

—Ya que estamos jugando a legitimar, ¿qué me dices de ese dibujo de Augustus John? La aficionada al arte eres tú.

Sin siquiera mirarlo, me respondió:

—Más le vale que así sea: lo compró mi abuelo paterno al sobrino de John en el viejo terruño y lleva décadas en nuestra familia. No me digas que no es bonito.

Desde luego que lo era: un sensual retrato de una belleza prerrafaelita, con la barbilla ligeramente apoyada en la muñeca mientras clava su mirada límpida en los

ojos del espectador. Admirado por la destreza del lápiz del artista y emocionado por la historia del origen del dibujo y de su paso generación tras generación en la familia de Meghan, sentí una punzada repentina de arrepentimiento, tristeza y repugnancia porque gente como yo y el difunto Adam Diehl nos dedicáramos a falsificar objetos tan exquisitos como aquel. Y aun así lo hacíamos, igual que podía haber falsificado alguien un siglo atrás la imagen que Meg y yo teníamos delante. No solo lo hacíamos porque pudiésemos, sino porque nuestras pasiones, desviadas según los dictados de la sociedad, nos incitaban a hacerlo. Puede que no fueran como la que había sentido Augustus John por la modelo, de la que claramente estuvo enamorado, pero así y todo nacían de la inspiración y del arte magistral.

Fue un momento desconcertante, con los pensamientos dándome vueltas en la cabeza mientras me imaginaba la violenta escena que había sucedido en esa misma habitación. Nada parecía real. Pero, claro, he de admitir que lo de «real» nunca me había dicho gran cosa. Fue entonces cuando por fin entendí la gran diferencia entre el hermano y el amante de Meghan —con la curiosa excepción del alijo de cartas de Conan Doyle que le compré a Atticus Moore—: mientras él copiaba, yo creaba, ni más ni menos; él era un artesano y yo un artista. Pero mientras él estaba inapelablemente muerto, yo me sentía en el limbo. Si yo podía pintar con la maestría de Augustus John sin serlo, ¿por qué negarme la oportunidad de captar su experiencia al dibujar aquel dibujo, u otro parecido, o palabras incluso mejor que él? Recordé algo que había dicho en cierta ocasión el más grande de los falsificadores de arte del siglo xx, Elmyr de Hory, sobre sus lienzos: que si los exponías en un museo entre una colección de grandes pinturas, y pasaba el tiempo suficiente, se convertían en reales. Era un verdadero creyente.

—¿Estás bien? —me preguntó Meghan.

—Sí, bien, muy bien —dije recobrando la compostura—. Demasiado café —añadí sonriéndole, aunque por muchos años que viva nunca olvidaré el rápido vértigo que sentí en ese momento al plantearme una pregunta que no tenía respuesta para mí.

Seguimos examinando los libros de la biblioteca de Adam. La mayoría estaban firmados o dedicados, un revoltijo de títulos célebres y otros de interés más personal, sin orden alfabético o temático. El ateneo de un excéntrico: había un ejemplar autografiado de *Casa desolada* junto a una historia de la equitación escocesa; encontré varios William Faulkner con firmas que no me convencían —un autor que es una perita en dulce para los falsificadores aficionados porque parece muy fácil de copiar, cuando en realidad es extremadamente difícil— al lado de un tratado del matemático esotérico ruso P. D. Ouspensky, cuya firma ni conocía ni quería conocer. Una y otra vez se me planteaba la cuestión de la autenticidad, bien porque la formulaba Meghan, bien porque yo mismo exclamaba al ver que una y otra vez, cuando pertenecían a mi ámbito de especialización, las firmas y las dedicatorias eran auténticas. Las que no lo eran no lo eran, pero tampoco sentí la necesidad, al menos en ese momento, de compartir esa información con Meghan.

Paramos un rato para ir a comer a la playa. Emparedados, patatas fritas y vino blanco en vasos de plástico. El cielo estaba inmaculado y las nubes se habían alejado hasta perderse en el horizonte, de modo que nos echamos en nuestra manta bajo una perfecta cúpula azur. La brisa marina jugueteaba con el pelo de Meghan y en ese momento tuve la sensación de que nunca la había visto tan encantadora.

—¿Te alegras de que hayamos venido? —quise saber.

—No puede decirse que sea algo ni fácil ni divertido, pero sí, me alegro. Tal vez sea un primer paso para aclarar las cosas en la cabeza.

—¿Te refieres a cerrar el asunto y pasar página?

—Dudo mucho que llegue a pasar página teniendo en cuenta cómo murió. Me refiero más bien a intentar entender qué pasó realmente, saber mejor qué es real y qué no.

Otra vez aquella palabra espinosa: «real».

—¿Me habías dicho que querías repasar sus papeles, sus cuentas y esas cosas antes de volver? —le pregunté desviándome del tema mientras recogíamos las cosas y doblábamos la manta.

—El abogado dice que hay que arreglar el tema de la herencia.

De vuelta a la casa, nos dividimos las tareas. Yo me ofrecí para repasar lo que quedaba de sus cuentas como vendedor de libros, ver si había alguna factura importante que hubiera que saldar y, de paso, si alguien del gremio le debía dinero. Meghan se encargaría de los recibos de la luz, el agua y ese tipo de cosas.

Me atrevería a decir que sus archivos de ventas estaban más desordenados de lo que Adam solía tenerlos. Los detectives los habían hojeado y los habían devuelto en un par de cajas de cartón al no encontrar nada útil, o bien algo con cierto interés que había resultado no ser nada. Había un par de facturas sin pagar. Las puse aparte. Por razones que se me escapan, me sentí obligado a reorganizar los archivos por orden cronológico y ponerlos tal y como pensé que debían ir, por año, mes y nombre de librería. Me lo tomé como una meditación, y, entre el vino y la brisa del mar, sentí que me invadía una suave serenidad, incluso en medio de aquella tarea tan insólita como horrenda en muchos sentidos.

Hasta que di con un documento que me cortó la respiración. Una factura a máquina por un puñado de diecisiete cartas sin publicar de Arthur Conan Doyle relacionadas con *El sabueso de los Baskerville* y acompañadas de un fragmento manuscrito de la misma obra. ¿Cómo? No reconocí el nombre del vendedor, que aparecía en una factura un tanto *amateur*, arrancada de una de esas libretas genéricas que se compran en cualquier papelería. O no, sí que lo reconocí: Henry Slader. Tenía que ser la misma persona que había mencionado la policía. La dirección era de Dobbs Ferry, un pueblecito muy verde no muy lejos de Nueva York, Hudson arriba. Aunque no aparecía ninguna fecha ni indicación de si Diehl había pagado, asumí que así había sido porque no encontré ningún aviso de impago. Al dorso de la factura había una columna de números escritos a lápiz que no pude interpretar, salvo porque tal vez

representaban deudas posteriores. Me quedé conmocionado, estupefacto. Aquello parecía sugerir..., ¡qué digo!, significaba claramente que Adam Diehl no había falsificado el alijo de documentos por el que yo tanto lo había admirado, envidiado y, he de admitir, incluso odiado por momentos, tan solo por haber concebido la idea y haberle dado vida. Miré de reojo a Meghan, que estaba enfrascada en unas facturas en otra mesa en la otra punta del estudio, y, al verla concentrada, me limité a doblar en silencio la factura y metérmela en el bolsillo del pantalón. No sabía quién era el tal Slader, pero pensaba averiguarlo. Mientras regresábamos a casa esa misma noche, Meghan me preguntó por qué iba tan callado.

—No, por nada, estaba pensando en lo que se te puede complicar la vida sin que se pueda hacer mucho para evitarlo. Como a Adam, me refiero.

—Pues yo siento que no siga por aquí para complicarme la vida —replicó nostálgica y mirando el Patek Philippe, que le quedaba algo holgado en la muñeca pese a tenerlo cerrado por el último agujero de la correa.

«Sí que está», pensé, mientras alargaba la mano para apretarle la suya.

Dobbs Ferry es una especie de versión ribereña de Montauk, o, al menos, ambas están igual de cerca de Manhattan y te dan la misma sensación de encontrarte a años luz. Tras pedir el día libre en el trabajo y decirle a Meghan que quería hacer una excursión yo solo para ojear libros —hay muy buenas librerías por la zona, con estanterías vencidas por el peso de primeras ediciones, y tenía verdaderas ganas de un descanso—, tomé la vía rápida del río Saw Mill, cogí la salida que había visto en el mapa de carreteras y busqué la dirección que aparecía en el recibo de Henry Slader. Ya había probado a consultar su nombre tanto en los directorios de librerías como en el listín telefónico, pero no lo había encontrado. Tampoco era de extrañar que se mantuviera al margen, aunque, entonces, ¿para qué, si podía saberse, le había dado a Adam una factura, en vez de hacer una transacción en metálico por el archivo Baskerville, saltarse el papeleo y adiós muy buenas? Y tan buenas.

Nada más aparcar en la calle, me sentí tan necio como incómodo —una especie de sabueso de pega en su primer encargo—, porque ¿qué pensaba hacer si llegaba a localizarlo? ¿Preguntarle si por casualidad tenía un relato perdido de Sherlock por ahí en su taller? Era una calle más de barrio residencial que de pueblo, con bonitas casas en una manzana flanqueada por viejos castaños, robles y arces en pleno esplendor de junio y un césped más que verde. Trabaja, pues, en casa, deduje, como yo en mis tiempos. Paré en la acera de enfrente de un modesto edificio de dos plantas de ladrillo rojo. Me pareció extraño, o al menos inesperado, ver juguetes infantiles tirados por el césped, un balón de fútbol de espuma color rosa, una bicicleta pequeña recostada en la hierba y con flecos de colores colgando de los puños del manillar. Aparte de estas pruebas de vida, la recia fachada de la casa, con su puerta principal negra centrada entre dos ventanas con las persianas medio bajadas, parecía un hombre adormilado. Vacilé antes de salir del coche para ir a llamar a la puerta oscura, preguntándome si realmente quería, de verdad, despertar al durmiente. Porque tampoco sabía muy bien qué iba a preguntar, por mucho que me hubiese montado infinidad de películas en la cabeza durante los días y noches desde nuestra visita a Montauk. ¿De qué conocía usted a Adam? ¿Qué otras cosas le vendió? ¿Cómo logró esa espléndida creación Baskerville, si puede saberse? ¿Quién leches es usted?

La mujer que me abrió la puerta era demasiado mayor para tener críos pequeños. Pelo blanco recogido en un moño alto pero flojo, una bata de casa azul rey medio arrugada. Apareció ni más ni menos que presionándose un pañuelo de papel contra la narina izquierda.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

Disimulando mi desconcierto ante la nariz sangrante, respondí mientras curioseaba por el vestíbulo que se abría tras ella:

—Estoy buscando a Henry Slader. Vive aquí, ¿no?

—Vivía. Le tenía alquilado el piso que da atrás, pero se mudó hace un par de meses. Si lo conoce, tengo cartas para él.

Me hizo vacilar; era una línea que seguramente no debía cruzar, aunque me entraron ganas de decirle «sí, gracias, yo se las doy». Pero era muy fácil desmontar una mentira tan de colegial e incluso dudé de que aquel ofrecimiento desenfadado no fuera en realidad un truco para pillarme.

—Conozco a un antiguo conocido suyo, el hermano de mi novia.

—Pues lo siento, pero no puedo serle de gran ayuda. No tengo ni idea de adónde se mudó; si no, le habría mandado el correo.

—¿Y no le sonará a usted que viniera a verlo un tal Adam Diehl? ¿Un tipo así alto, pelirrojo, coleccionista de libros?

No tuvo que pensárselo mucho.

—Nunca recibía visitas, salvo una vez que vino un policía para interrogarlo por algo que había pasado en Long Island. Según contó, él no sabía nada de ese asunto. Así que lo siento, pero... —Se apartó el pañuelo ensangrentado, lo inspeccionó con el ceño fruncido, se encogió de hombros y suspiró—. Ojalá pudiera ayudarlo, pero mucho me temo que no puedo.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó una mujer de unos treinta y tantos que había aparecido de repente a su lado en el umbral, con un crío a la zaga, sin duda el dueño del balón y la bicicleta.

—Aquí el caballero, que pregunta por el señor Slader.

—¡Ah! —exclamó la hija, mientras el niño nos sorteaba a su madre y a mí para ir a jugar al jardín delantero—. Tenemos correo para él. Me da que son sobre todo catálogos de venta.

Sin pensármelo dos veces, atrapé al vuelo aquella segunda oportunidad inesperada:

—Estaba diciéndole a su madre que el hermano de mi novia lo conoce y...

—Estupendo —dijo sin más y desapareció unos instantes mientras la abuela del niño y yo, distraídos, nos quedamos mirando al nieto, que jugaba ya fuera con el balón de fútbol.

En el camino de vuelta, comprendí que aquella factura que yo había sustraído quizá también había llamado la atención de los detectives del caso, que la habrían investigado, pero la habrían considerado insustancial, y no merecía más indagaciones. De haber sabido —aunque ¿cómo?— que las cartas Baskerville no eran lo que parecían, habrían seguido investigando. Pero, puesto que ellos no lo habían hecho, no tenía más remedio que asumir yo la tarea. Por lo demás, iba reprendiéndome por haber cogido el correo de Slader; la vaga afirmación de que intentaría hacérselo llegar

era un embuste tan descarado —¿por qué iba a ir a buscarlo a Dobbs Ferry si sabía dónde estaba?— que me dio hasta reparo por la casera y su hija cuando aceptaron mi ofrecimiento. Pero no había podido contenerme y por eso en ese momento tenía los catálogos y un par de cartas a mi lado en el asiento del copiloto, una prueba acusatoria, sin duda, pero también muy prometedora. Henry Slader parecía revestido de tal ilegitimidad, como una neblina espesa y cegadora, que sabía que esas cartas eran mi única esperanza de desentrañar su historia. No paraba de mirar por el retrovisor como un paranoico, esperando ver las luces giratorias de un coche patrulla cada vez más cerca, con la casera en el asiento delantero señalándome con el dedo, a mí, el impostor, el criminal robacartas. Una completa chaladura, desde luego. No volvería a verlas en mi vida.

Esa misma tarde, de vuelta en mi piso, abrí la primera carta. Comprobé con gran desazón que ambas pertenecían a la inútil categoría anónima de «A quien pueda interesar». Desalentado, abrí los sobres de los tres catálogos de libros antiguos. Resultaron ser algo más halagüeños. Dos de las librerías eran de solera —de hecho, yo mismo había recibido sus boletines en otros tiempos—, mientras que la otra, de Pensilvania, me era desconocida. No era del todo inusual, puesto que el gremio está lleno de diletantes a tiempo parcial, gente del libro decente y bienintencionada que vende su material por internet y en ferias de pueblos, que exponen ejemplares de segunda mano al fondo de sus tiendas de antigüedades o librerías de viejo, que guardan su género en sótanos secos o trasteros. El mundo del libro era un sindiós de devotos que a menudo no tienen otra cosa en común que una pasión desbordante por la página impresa. No conocía, ni podía, a todos los libreros que existían (y menos si vivían en el quinto pino a la derecha).

Los dos libreros que conocía, ambos de Nueva York, tuvieron la amabilidad de consultar la información que tenían sobre Slader en su archivo de clientes, pero se encontraron con que no había actualizado su domicilio desde que vivía en Dobbs Ferry. La excusa que me había inventado resultó convincente, porque les dije que le debía dinero y no lograba localizarlo. Tenían aún menos idea que yo de dónde estaba. Uno bromeó: «Ojalá todos mis clientes fueran tan diligentes con sus deudas como usted». En lugar de abordar en persona al librero de Pensilvania, que no me conocía de nada, llamé a Atticus, con quien había superado ya el fuego atroz de la disculpa, el resarcimiento y una reconciliación deliberadamente lenta, hasta el punto de llegar a disfrutar de una amistad todo lo estrecha que permitía la indulgencia cautelosa. Su respuesta me dejó fascinado.

—Le interesan casi las mismas cosas que a ti, o las que te interesaban cuando te dedicabas a vender y comprar.

—Todavía compro —precisé—. Solo dejé de vender.

—Pues él vende más que compra. O por lo menos antes. Llevo un tiempo sin verlo.

Mi silencio mientras digería lo que acababa de decirme debió de resultarle elocuente, porque cambió el tono de voz cuando me preguntó si debía preocuparse por algo que hubiera hecho Henry Slader.

Tras asegurarle que no tenía que inquietarse por nada relacionado con él, le expliqué que Meghan y yo habíamos estado ordenando los papeles de su hermano hacía unas semanas y nos habíamos encontrado con algo que le pertenecía y queríamos mandárselo por correo, eso era todo.

—Queremos atar todos los cabos sueltos que podamos de la herencia.

—¿Resolvieron el asesinato?

—Todavía no.

—Qué locura. Con lo aficionado a Sherlock Holmes que eres, debes de estar subiéndote por las paredes porque ya no haya hombres como él para hacer justicia. Y la pobre hermana..., no me quiero ni imaginar.

Sintiéndome más como el profesor Moriarty que como Holmes, le di las gracias y colgué.

En cuanto al librero de Pensilvania, lo llamé por teléfono e intenté pedir un par de libros que supuse, basándome en lo que acababa de saber, eran del gusto de Slader. Había vendido los dos. Me moría de ganas de preguntar quién se los había comprado, pero comprendí que me había topado con un muro de piedra al final de aquel camino particular del laberinto. Me sentí frustrado. Cuando el librero, al no reconocer mi voz, me preguntó si estaba en su lista de correo para recibir los siguientes catálogos, le dije que «no, gracias» y colgué. Mi excursión a Dobbs Ferry, mi patético hurto, mis esperanzadas mentirijillas por teléfono, todo había sido en vano. Incluso cuando esa noche, después de cenar, Meghan me pidió que le enseñara los libros que había conseguido en mi peregrinaje por el valle del Hudson, tuve que admitir que la excursión había sido un chasco.

—¿Ni un libro? Quién te ha visto y quién te ve.

—Supongo que tengo la cabeza demasiado distraída para pensar en comprar libros.

—Pero creía que por eso mismo ibas, para pensar en otra cosa.

—Pues me temo que no ha funcionado.

No sabría expresar con palabras por qué le oculté la verdad. Fue una decisión que me salió de las entrañas, como quien dice. Lo cierto era que conocía a Henry Slader poco menos que a Adam Diehl, tan íntimamente relacionado conmigo como intuía que estaban entre ellos, y en modos que escapaban a mi comprensión aparentemente ínfima.

En los meses que siguieron a aquella infructuosa visita a Dobbs Ferry, empecé a sumirme en lo que a los demás podía parecerles una moderada depresión general, aunque yo era bien consciente de que se debía básicamente a la derrota agónica por haber sido separado de lo que más quería. No me refiero, por supuesto, a Meghan, a quien adoraba y que me correspondía diariamente, con gran devoción, paciencia y bondad. De hecho, fue ella quien, al notar que mi humor se iba tiñendo de tonos oscuros, conforme avanzaban los meses y pasábamos del otoño a los primeros compases del invierno, me propuso que nos fuéramos a alguna parte, que saliéramos de la ciudad y de nuestras rutinas e hiciéramos por fin ese viaje a Italia del que tanto habíamos hablado, o al Caribe, a algún sitio cálido para la Navidad.

¿Por qué no?, me dije. Mi trabajo en la casa de subastas había caído en una rutina mecánica y, aunque me gustaba trabajar con libros dedicados y gran variedad de documentos y cosechar nuevos conocimientos gracias al contacto con tanto material histórico interesante, una rutina es una rutina, carente de riesgo, aventura, de todo lo que te acelera el corazón. Tenía suerte de tener un trabajo, lo sabía, pero era eso ni más ni menos, un trabajo y no una vocación. Las esperanzas de localizar y tal vez encarar a Henry Slader que había podido albergar se habían desvanecido con tal presteza que en ocasiones me parecía más un espejismo o un sueño que una persona de carne y hueso que existiera en alguna parte, vivita y coleando, traficando con falsificaciones —unas imperfectas, otras exquisitas— y engañando a otros Adam Diehls ingenuos del mundo. He de admitir que Slader era una vía muerta. Lo más sensato era olvidarme de aquel hombre. Podría haber acudido a la policía con mis sospechas, pero, en primer lugar, solo se basaban en una vieja factura por unos documentos de Sherlock Holmes falsificados que se encontraban en ese momento, inocente, aunque inculporiamente, en mi posesión. Y, en segundo lugar, y lo que era más importante, ya había tenido mi dosis de polis, muchas gracias, y temía que lo que pudiera hacer se volviera contra mí de algún modo y me persiguiera de por vida. Así fue como le dije a Meghan que sí, que salir de Nueva York para las vacaciones era una gran idea. Dejé que ella decidiera el destino y me sorprendió cuando, en lugar de reservar pasajes para la costa italiana, la Riviera francesa o el Caribe, se decantó por su país de origen, Irlanda, en un vuelo directo a Dublín.

—Sí, hará fresco, pero siempre podemos acurrucarnos. Ya sabes que hace años que estoy deseando ir. Además, pensé que, con lo que te gustan los manuscritos, ya iba siendo hora de que vieses el más bello de todos.

Cavilé por un momento, repasando el panteón de los escritores irlandeses del último par de siglos y tachando nombres, hasta que comprendí que me hablaba de algo mucho más antiguo, del siglo IX.

—¿El Trinity College? *El Libro de Kells*. ¡Eres la mejor! —le dije, realmente conmovido por su consideración.

Para todos los interesados en las artes caligráficas más excelsas, en el manuscrito iluminado elevado a la categoría de divinidad pura, *El Libro de Kells* era el destino más magnético y definitivo. Conservaba desde mi adolescencia, de cuando me lo regalaron mis padres para mi cumpleaños, un hermoso facsímil infolio. Por fin iba a ver el auténtico.

—Y yo con peregrinar a la tumba de Yeats en Drumcliff ya soy feliz.

—Por no hablar de un par de pintas en Sligo capital. Perfecto, no se puede pedir más.

Conforme se acercaba la fecha del viaje, me fui encontrando de mejor humor, pese a que la razón para mi abatimiento recurrente seguía más viva que nunca, una falta —porque eso era, y además solo culpa mía— que hacía lo posible por disimular.

Llegados a este punto, tengo otra confesión que hacer para que no haya lugar a malentendidos. La adicción es siempre más fuerte que el adicto. O, al menos, en mi caso. Lo degradante de mi arresto, todas las humillaciones derivadas que siguieron, la pérdida de muchos amigos del mundo del libro, el largo y miserable viaje de vuelta a la sociedad..., nada de eso, pese a revolucionar mi vida como un huracán implacable, impidió al final mi regreso al arte de la falsificación. Ni mi reconversión al-mal-tiempo-buena-cara en experto legítimo en caligrafías y catalogador erudito logró salvarme de mi yo más auténtico. Seguramente fue mi amor por Meghan lo que me contuvo para no caer en una regresión total al tipo original, mi amada, que se había mantenido a mi lado todo el tiempo que duró mi temporada en mi infierno particular y quien, a pesar de su propio duelo, seguía cuidándome. Pero en el retraimiento de las noches, a solas con mis pensamientos, me sorprendía a mí mismo practicando, redactando algún adorado poema de Thomas Hardy con la mano del maestro, escribiendo el famoso discurso de Churchill del «Pelearemos en las playas [...] pelearemos en los campos y en las calles [...] nunca nos rendiremos» en la caligrafía de *sir* Winston y por supuesto concibiendo notas quiméricas de Conan Doyle sobre un artículo «perdido» en el que confiesa ser la mente pensante tras el fraude del hombre de Piltdown; esta última era una idea que había acariciado desde que tenía veintipocos años, cuando conocí la historia del fraude de Piltdown y las hipótesis que en otros tiempos lo habían vinculado con el creador de Sherlock Holmes; al fin y al cabo, había sido médico, era aficionado a la arqueología y coleccionaba huesos viejos, y tenía sin duda tanto los conocimientos necesarios como la brillantez y la sagacidad para ingeniar una maniobra tan convincente.

Pero, no sin punzadas de reticencia, arrugaba esos garabatos indudablemente geniales y los tiraba a la basura con los restos de comida. Gato escaldado y esas

cosas... Pero la falsificación es una amante tan difícil de dejar como de dominar y no tardé mucho en verme guardando, para mi disfrute personal, algunos de los ejemplos más logrados. Sabía que estaba a poco más de un paso del sendero del jardín que ya había recorrido, pero confiaba en no llegar a avanzar por él. Tal vez las sirenas cantaran, por introducir otro bonito cliché, pero conocía de memoria su canto y sabría mantener a raya su invitación.

Nuestro viaje, tan maravilloso en todos los sentidos y tan reparador para ambos, me apartó de mi obsesión durante las dos semanas que estuvimos en Irlanda, desde antes de Navidad hasta pasado el Fin de Año. Ni la lluvia, que arreciaba, ni el frío húmedo, que se nos colaba hasta el tuétano de los huesos, impidieron que siguiéramos con nuestras actividades turísticas y tan felices visitamos los famosos acantilados de Moher con niebla y la catedral de San Patricio bajo la llovizna. En lo que a mí respecta, me vi por un tiempo liberado de hasta el más mínimo pensamiento sobre qué hacer con mis recientes tendencias a la recaída. Además, como no había llevado conmigo útiles de escritura ni nada de lo necesario para crear falsificaciones, tampoco habría podido ceder a mis impulsos ni aunque hubiera querido. Sin medios no hay voluntad. Por añadidura, todo el mundo se mostraba de lo más amigable, abierto y amable, y nadie —aparte de un par de libreros a quienes no me presenté cuando fuimos a visitar sus locales en Dublín y Galway— tenía ni la más mínima idea de quién era yo, ni interés alguno por lo que había hecho en el pasado. En aquel país partía de cero, sin antecedentes vergonzosos ni nada que ocultar. Había olvidado lo agradable que era el anonimato, sobre todo cuando supone no tener que cuidarse las espaldas.

Una noche particularmente fea en un bonito parador de Kenmare, en la costa suroeste de la isla, cenamos en el restaurante del hotel con el viento azotando las ventanas y el cielo iluminándose por momentos con relámpagos silenciosos. Se aproximaba el fin de nuestras vacaciones y estábamos de un humor especialmente apacible. En la chimenea cercana a nuestra mesa ardía un fuego de turba, con su luz y su calor, y despedía su aroma a tierra mientras sus llamas bailaban en nuestras copas de clarete como fuegos fatuos. Y en esas estábamos cuando, sin haberlo pensado ni planeado, le pedí a Meghan que se casara conmigo.

—¿Seguro que no se te ha subido el vino a la cabeza? —bromeó con las lágrimas brotando de sus ojos.

—De lo que estoy seguro es de que quiero casarme contigo. ¿Tú qué dices? —insistí al tiempo que le apretaba con más fuerza las manos sobre la mesa.

—Digo que «Sí yo dije sí quiero Sí»^[2].

—Qué poca vergüenza, citando el *Ulises* en Irlanda. Un simple «sí» habría bastado.

—Entonces, la respuesta es un simple sí.

Y dicho esto, nos inclinamos sobre la mesa y nos besamos antes de pedir la cuenta y llevarnos a la habitación la botella que teníamos a medias.

Una vez de vuelta en Manhattan, el aura de felicidad no se disipó, al menos durante una temporada. Nos casamos sin mucha fanfarria en el ayuntamiento. Los empleados de Meghan nos prepararon una animada recepción en la librería, con entremeses caseros y champán, ramos de flores blancas, a juego con la nieve que caía delicadamente en el exterior, y una tarta de zanahorias con pasas —la favorita de Meghan—, coronada con unos muñequitos de plástico antiguos, muy *kitsch*, del novio y la novia. Hasta Atticus se dio el paseo y nos regaló unas botellas del mejor *whisky* irlandés envueltas en un bonito papel plateado: Green Spot, Connemara, Redbreast. A pesar del frío penetrante, la noche resplandecía con luz propia. Volvimos andando a casa entre las ráfagas de nieve recién caída que enmudecían los típicos sonidos de la ciudad y limaban sus asperezas. A esas horas no había mucha más gente en la calle y daba la impresión de que nos contábamos entre los últimos seres vivos de aquel mundo blanco de fantasía.

Decidimos que yo dejaría mi piso de Gramercy en cuanto me venciera el contrato de alquiler y buscaríamos otro para vivir juntos más cerca de Tompkins Square y de la librería. No estaba mucho más lejos de la casa de subastas y, además, en su barrio los alquileres eran ligeramente más asequibles. Por primera vez en años, la vida nos sonreía. Empezamos a hacer planes de futuro y yo estaba decidido a seguir por el buen camino. Ahora tenía una esposa y no debía reincidir en hábitos venales y corruptos del pasado, me advertía a mí mismo. Albergaba la esperanza —rezaba incluso— de que mis peores acciones —que hasta la fecha habían permanecido bajo el oleaje público como un ahogado al que la resaca aleja de la orilla— no afloraran nunca más y de que el mar se las tragara para siempre.

Dicho esto, no era tan tonto ni estaba tan cegado como para creer que algo tan frágil y efímero como la felicidad duraría para siempre, y por supuesto no fue así, si bien en su momento supe disfrutar de esa época y hoy la aprecio aún más.

El primer aniversario de la muerte de Adam se prometía melancólico. Pero nunca habría imaginado que justo ese día regresaría de golpe una nube pestilente, que creía disipada hacía tiempo, para arrojarme de nuevo a una tiniebla oscura y angustiante; que reaparecería mi corresponsal anónimo, un hombre al que creía muerto, es más, asesinado en Montauk y enterrado en un cementerio lo suficientemente lejos del mar para que en los días de tempestad el siseo y el estruendo del rompeolas no despertara sus restos. A pesar de llevar tiempo apartado del mundo de la falsificación, recibí otra carta amenazante de un alma desequilibrada que seguramente no estaba al tanto de mi jubilación forzosa y mis progresos hacia la rehabilitación.

En esa ocasión me escribía con la letra de Arthur Conan Doyle y no de Henry James, lo que no hizo sino intensificar mi angustia. ¿Quién era esa persona y qué quería, si podía saberse? Fuera Slader u otro, yo ya no era competencia alguna. Si bien hacía años le había pedido a la policía, tanto en persona como a través de mi abogado, que me dijeran quién estaba tras la serie inicial de cartas y aquella confesión falsa, nunca me habían dado un nombre e insistieron en que también ellos desconocían su identidad. Lo tenían por un soplón anónimo y, puesto que, primero, la información que había dado había resultado correcta, segundo, no había ninguna recompensa y, tercero, tenían cosas mejores que hacer con su tiempo, se mostraron reacios a seguir investigándolo.

Por lo demás, me recordaron que no tenían el más mínimo indicio de que el acusador, por mucho que fuera un diestro falsificador, hubiera utilizado su talento al servicio de una ilegalidad, y eso en el caso de que esa persona existiera.

—¿En el caso de que existiera? —les pregunté sin dar crédito.

—Sí, en el caso de que hubiera otras falsificaciones aparte de las nacidas de su puño y letra.

—¿Están diciendo entonces que yo me inventé esas cartas falsas y me las mandé a mí mismo a modo de suicidio profesional, en un plan tan enrevesado como psicótico?

—¿Por qué no? —me respondieron—. Cosas más raras se han visto.

Pese a ser poco frecuentes, estas conversaciones eran tan desagradables como infructuosas. Me convencí de que la policía estaba protegiendo a su fuente y, viéndome incapaz de socavar fácilmente su ley del silencio, lo dejé estar. Supongo que en parte, en mi fuero interno, no quería saber la verdad; recuerdo haber pensado que a veces es mejor no remover las cosas.

Sin embargo, ahora había vuelto en todo su esplendor seudonímico. Y lo que hacía aún más hiriente su nueva carta era que sus palabras reproducían punto por punto las que aparecían en la primera que recibí y que había supuesto el ataque original: «Acabarán descubriéndote. Tus engaños sacarán a la luz al criminal común que eres, y no al hombre inteligente y sofisticado que crees ser», y lo que seguía.

A Meghan no le pasó desapercibida mi turbación interior y, en su candidez, se maravilló por mi aparente desdicha ante el lúgubre aniversario de Adam. Consideré la posibilidad de contárselo, pero nuestros primeros tiempos de casados habían sido tan serenos que temía que, al iniciarla en lo que era claramente una batalla mía y solo mía, le hiciera más daño que bien; sin embargo, por otra parte, siempre me había demostrado ser un pilar de sensatez y tal vez viese algo que a mí, cegado por la preocupación, se me escapara. Barajé ambas opciones sin llegar a ninguna conclusión.

El fin de semana que siguió a la llegada de la carta fuimos a Montauk para visitar la tumba de Adam y echar al mar unas rosas en su honor. Reconozco que, para ser alguien que no había conocido realmente el miedo como tal, me encontraba bastante asustado. Me sorprendí mirando con recelo a todos los desconocidos, sobre todo a los hombres. Podía haber algún farsante entre los dolientes que paseaban por el cementerio de Fort Hill. Al fin y al cabo, no habría hecho falta ser Sherlock Holmes para predecir que la hermana del difunto Adam Diehl y su ahora cuñado decidirían ir a rendirle tributo en un aniversario tan relevante; y puesto que ambos trabajábamos, era lógico pensar en una visita sabática. Tras dejar flores a los pies de la lápida y arrojar otras tantas a las olas, subimos por las escaleras que daban al chalé para dejarle un ramo en el escritorio vacío. A Meghan se le saltaron las lágrimas y la abracé con fuerza, con el corazón aporreándome el pecho y un nudo en la garganta. Cuando le tendí un vaso de agua —todos mis gestos como ejecutados a cámara lenta—, me preguntó si no me importaba dejarla unos minutos a solas en la casa de la playa.

Salí a la terraza, donde sentí un leve escalofrío, y no por el fresco, ya que ese día hacía un calor poco propio de la estación. No corría la brisa y los cirros en el cielo semejabán rasas de pescado fantasmales. Me quedé viendo cómo un petrolero iba repasando el horizonte a decenas de kilómetros de la orilla, y una parte de mí deseó estar en él, un miembro de la tripulación con un único vicio, empinar el codo, por ejemplo, pero, por lo demás, feliz de viajar a la deriva en un vacío de agua monótono.

Meghan no tardó en reaparecer en la terraza y le pasé el brazo por la cintura. Había dejado de llorar y me regaló una sonrisa valiente antes de quedarse también mirando el Atlántico.

—Creo que ha llegado la hora de vender. Aquí ya no hay nada para mí. Para ninguno de los dos.

No podía estar más de acuerdo, pero, aun así, le dije:

—¿Estás segura?

—No he estado más segura de nada en mi vida. Salvo de casarme contigo, claro.

—Bueno, pues no se hable más.

Sin tiempo que perder, nos plantamos en el pueblo para hablar con varios agentes inmobiliarios y nos decantamos por uno que quiso volver en el acto al inmueble —pues no era ya otra cosa— y, tras un examen preliminar algo superficial, accedió a tasar la casa, fijar el precio de venta y ponerla en el mercado. Firmamos un contrato, le entregamos una copia de las llaves y le prometimos que recogeríamos los libros y el resto de efectos personales lo antes posible. Nos advirtió de que primavera o verano eran mejores épocas para vender, pero Meghan se mantuvo firme en su decisión y le pidió que la pusiera en venta en cuanto fuera factible.

Esa noche, de vuelta en casa, me maravillé ante la capacidad de mi mujer para tomar decisiones y actuar.

—Es un don —le dije girando la cabeza sobre la almohada para ver su perfil en la tenue luz que, proveniente de las farolas, se colaba por la ventana.

—Es imperativo de huérfanos —fue su respuesta—. Lo aprendes pronto en la vida porque es la única posibilidad de sobrevivir.

—Te quiero —susurré con el corazón golpeándome el pecho con tal fuerza que tenía la respiración entrecortada, como un perrillo descerebrado que se agota de correr de aquí para allá para recoger un palo inútil.

Sentía la necesidad de contarle que mi acosador, mi némesis epistolar, había vuelto, que nunca se había ido. Pero, al igual que la primera vez había perdido algo muy querido, me aterraba la idea de perder también a mi ser más amado, a la propia Meghan, en aquel segundo asalto. Si se diera esa circunstancia, no lograría superarlo, porque yo nunca aprendí el imperativo de los huérfanos o, para el caso, ninguna otra técnica infalible de supervivencia que pudiera asegurarme un salvoconducto a través de aquella provocación renovada.

—Yo también te quiero —me susurró a su vez y luego me preguntó—: ¿Por qué respiras tan fuerte?

—Es el deseo —mentí a medias.

Pero me alegré de haberlo hecho porque, después de hacer el amor, caí en el sueño más profundo desde nuestros idílicos días en Eire.

El correo supuso la tortura de la tarde al regreso del trabajo en lo que quedaba de febrero y marzo, pero no llegaron más cartas. Me pregunté si aquella primera no había sido una extraña broma de las fuerzas del orden, un rocambolesco intento por hacerme salir de mi escondite. No era imposible, razoné para mis adentros —igual de creíble que la posibilidad de haberme mandado a mí mismo aquellas condenadas y condenatorias cartas—, puesto que el texto era idéntico y no les habría costado mucho localizar a alguien con las habilidades necesarias para hacer una falsificación pasable de la letra de Conan Doyle. Pero era un capricho mío, puro pensamiento ilusorio, y lo sabía. La paranoia llama a la especulación malsana del mismo modo que

la especulación malsana llama a acciones terribles. En consecuencia, traté de no actuar y dejarme de especulaciones.

Abril había llegado y las medianeras de Park Avenue rebosaban de tulipanes rojos y amarillos. Meghan y yo teníamos pensado asistir al encuentro del Armory. El año anterior nos lo habíamos perdido, con la muerte de Adam demasiado reciente, pues no nos habíamos visto con fuerzas para aguantar las condolencias y la curiosidad de todos los libreros. Habíamos aceptado la oferta por la casa de Montauk de unos compradores que habían accedido al precio de salida, no tenían problema para obtener un préstamo y no les importaba que hubiera habido un asesinato porque pretendían restaurarla de arriba abajo. Los muebles y enseres que no se vendieron en una liquidación supervisada por una casa de subastas local se donaron a un hospicio del pueblo y a un par de obras de caridad. Los libros se guardaron con mucho esmero en cajas, con la ayuda del almacenista de la librería de Meghan. Fue como si se hubieran desatado de su amarradero tanto un retazo querido de historia personal como un ruinoso lastre de recuerdos trágicos y hubieran remontado el vuelo desde el litoral de arena hasta perderse en el éter. Por un lapso de tiempo breve pero bienvenido, el mundo se antojó más ligero, y no solo para mi mujer, sino también para mí.

Tan mortificante fue la segunda carta, que llegó una semana antes de la feria del libro —«Ellos no sabrán quién mató a Adam Diehl, pero yo sí»—, que todo impulso de contarle a Meghan que alguien estaba acosándome se vio frustrado por la desasosegante inquietud de que me mirara con otros ojos, con demasiada suspicacia. Y no porque aquel loco espectral pudiera probar mi implicación en la muerte de su hermano, un loco que, por lo demás, cada vez me parecía más probable que se tratara del escurridizo Henry Slader, aunque solo fuese porque era la única persona que podía conectar a las distintas partes involucradas. Si era él, tenía que querer algo más sustancioso que desquiciarme, eso seguro. Pero ¿qué era? «Habla por esa boca de una vez, so malnacido».

La siguiente carta, que llegó con solo un día de diferencia, confirmó mis sospechas y vino a responder a aquella rabiosa pregunta interior.

Te agradezco que pidieras información sobre mí hace un tiempo. Ahora te voy a pedir yo algo a ti: tienes en tu poder unos materiales que son míos por derecho. El hermano de tu guapa esposa juzgó conveniente comprarme el archivo Baskerville, así como un puñado de cosas muy valiosas, pero nunca encontró el momento de terminar de pagar su capricho. Su muerte prematura puso fin a los pagos mensuales que estaba haciéndome. Vi que vendisteis esa bonita casa en la playa del East End de Long Island. Para facilitar las cosas, pongamos que con la mitad de lo que habéis sacado —menos la comisión de la inmobiliaria, por supuesto— llegará para satisfacer la deuda de Diehl. Con eso y la devolución del archivo Baskerville, podremos considerarnos en paz y no tendremos que lamentar nada. La venganza es una empresa letal, como bien sabes tú.

Como en las ocasiones anteriores, sin remite y sin más firma que «A. Conan Doyle». No tenía forma de responder ni a sus afirmaciones ni a sus exigencias. Y tampoco podía saber si la alegación de que Adam había muerto debiéndole más de

medio millón de dólares era un invento desquiciado, delirante y desvergonzado. Si bien me parecía maravilloso que amenazara con echarme la culpa de la muerte de Adam —algo que la policía no había hecho—, me di cuenta de que él sí que tenía un buen móvil, cuando no los medios, y además había llamado la atención de los detectives del caso, que lo habían investigado, seguramente con razón. Aun así, la sola idea de ser acusado del asesinato del hermano de mi mujer, la idea de encarar las degradantes, cuando no degradadas, luces klieg del sistema de justicia penal, que, como todo el mundo sabe, ha mandado injustamente a la cárcel a un buen puñado de inocentes, escapaba a mi entendimiento. Impensable, insostenible, imposible. Prefería el suicidio a toda perspectiva de contar minutos, días, meses o años en la celda de una prisión. No. Por fin había hallado la felicidad, la promesa de un futuro normal, sin nubes de tormento, sin manchas de sentimiento de culpabilidad. No pensaba dejar que ni el dinero, por mucho que fuera una extorsión, ni unas cartas falsas de Conan Doyle se interpusieran en mi futuro con Meghan. Si bien no las tenía todas conmigo, al menos estaba haciéndolo con lo que me pareció cierto pragmatismo, o eso me dije mientras planeaba mi siguiente movimiento.

Llamé a Atticus por teléfono y le pregunté si tenía un hueco para almorzar conmigo cuando viniera a Nueva York para la feria.

—Tengo que pedirte algo personal, un favor —le dije—. No te preocupes, que también te beneficiará a ti.

—¿Y por qué no me lo pides por teléfono? —me contestó.

Reconocí en su voz la cautela comprensible y en cierto modo ya familiar, quebrándose como un fuego a medio apagar por los bordes de sus palabras.

—Si no te importa, prefiero hacerlo en persona. ¿El día antes de que empiece la feria?

—De acuerdo. ¿En esa *brasserie* francesa tan rica que hay al final de Madison Avenue?

Acordamos una hora, y esa misma noche empecé a hacer el inventario de lo que quedaba de mi colección de libros raros —tristemente diezmada por la última vez que había tenido que recaudar fondos—, entre ellos algunos de los mejores volúmenes de la biblioteca de mi padre, que había heredado y conservado con devoción, imaginando que algún día se los legaría a mi vez a mis hijos, si tenía la fortuna de ser padre.

No me sorprendió ver cómo iba creciendo la suma, aunque al mismo tiempo mi consciencia se desgarró en un caos de direcciones opuestas. Mi padre, coleccionista impecable como ninguno, habría vuelto a morir de haber sabido lo que pretendía hacer para salir del atolladero. Al tiempo que iba amasando lo que en el gremio llamamos «hitos» —libros famosos que influyeron en el curso de la historia literaria—, se fue especializando en rarezas de Conan Doyle, pues Sherlock Holmes había sido el héroe de su infancia, como más tarde lo sería mío, sin duda alentado directamente por mi progenitor. Al igual que el propio Holmes, mi padre tenía nariz

aguileña y fumaba en pipa. Si bien siempre era cordial con sus amigos, había sido un abogado defensor muy hábil e implacable, con un currículum casi perfecto, al que le gustaba bromear al calificar los casos de problemas de dos o tres pipas. Si eras justo, honrado y franco, lo daba todo por ti, pero si te andabas con embustes o intentabas engañarlo, tenía el instinto de esa nariz afilada y era capaz de devolverte tu corazón envuelto en papel de estraza y atado con un lazo de seda.

Y a lo que para mí era ahora un problema de cien pipas, mi padre le habría dado carpetazo y lo habría tachado de amenazas huecas, algo que no merecía ni el tiempo de sacar la tabaquera y el atacador. Pero eso era él, no yo. Es más, de haberme visto a mí, a alguien con quien había compartido el amor por el coleccionismo de libros durante tantos años y que ahora pretendía escurrir el bulto ante el entuerto degenerado que yo mismo me había labrado, ¿le habría quedado otro remedio que entregarme mi corazón deplorable envuelto en papel de estraza? Me di cuenta de que no podía —era incapaz— vender lo que había sido la alegría de su vida, lo que yo había guardado como un querido tesoro desde mi ya lejana infancia.

Tomé una decisión. Hice un pacto con el diablo conmigo mismo, fruto de la vergüenza que sentía, y resolví que conservaría los hitos más importantes y —reconozco, mal que me pese, que mi corazón se emocionó solo de pensarlo— «mejoraría» muchos de los volúmenes menores, que no poco deseables. Habría de ser el trabajo más perfecto de mi vida, imaculado, incuestionable a la par que irreprochable. Tendría que crear y ejecutar a gran velocidad, mientras Meg estuviera en la librería. A la mañana siguiente, cuando se fue, llamé al trabajo y anuncié, entre un estrépito de toses forzadas, que había caído enfermo con un resfriado con muy mala sombra y necesitaba tomarme unos días. Mi jefe me dijo que no pasaba nada, que me mejorara. Esos días se celebraba una subasta coincidiendo con el encuentro en el Armory, y además yo ya hacía tiempo que había terminado mi trabajo en el catálogo, de modo que no me echarían en falta.

Mis manos y mis ojos trabajaron como si fuera diez años más joven —ágiles, cómplices, seguros, diestros, poderosamente sutiles— y mis figuraciones sobre quiénes eran, en un volumen tras otro, los receptores de aquellas generosas dedicatorias demostraban la madurez de alguien diez años mayor; así de creativas eran, extravagantes pero indiscutibles en su plausibilidad. Ya de por sí, los ejemplares se encontraban en un estado excepcional, guarecidos la mayoría en cajas y estuches de tafilete de décadas pasadas. Y como, al contrario de lo que habría hecho un coleccionista con menos tablas, mi padre rara vez enseñaba su colección a otros, si es que llegó a hacerlo, casi todos sus libros —de Hawthorne a Twain, de Wilde a Hammett, y suma y sigue— llevaban fuera de la circulación al menos una generación y, lo más importante, nadie había posado los ojos en ellos aparte de mí mismo. Me cuidé de falsificar dedicatorias y autógrafos tan solo en primeras ediciones de escritores con los que me sentía cómodo, al tiempo que intenté alejarme del canon de los autores con los que me asociaron cuando me pillaron.

En el almuerzo, delante de una ensalada *niçoise* y una jarra de Merlot y con mi catarro milagrosamente curado, le planteé mi oferta a Atticus.

—Hemos tenido un año tan duro que hemos estado hablando de irnos a vivir fuera, de viajar un poco, dejar por un tiempo el trabajo, las obligaciones y todo lo demás, así que, en resumidas cuentas, he decidido vender mi biblioteca, las cosas buenas, las auténticas, por supuesto, así como gran parte de la paterna. —La mención de los libros de mi padre lo puso en guardia, como un gato arrinconando a un ratón, o un ratón arrinconado por un gato—. Ya sabes que era un coleccionista extraordinario —añadí sin mucha necesidad.

—Es normal que tú hables así de él, pero con los años he oído decir lo mismo en numerosas ocasiones. Es una especie de leyenda.

—Bueno, pero esto sería estrictamente confidencial —apunté y, viendo que asentía con gesto serio y reflexivo, proseguí—: Aquel feo asunto de las falsificaciones de hace unos años me supuso un revés económico importante. En la casa de subastas tengo un sueldo más bien justo. Meghan vendió la casa familiar en Montauk por un buen pellizco y está más que dispuesta a utilizar ese dinero para que podamos irnos. Pero no me parece justo.

—Entiendo: quieres vender lo que tienes de herencia familiar, que son los libros de tu padre, para hacerlo a partes iguales. Tiene sentido. ¿Estás pidiéndome que me encargue de gestionar tu colección?

—No, me gustaría venderla directamente y, como tú siempre has sido muy bueno conmigo, y me perdonaste cuando necesitaba clemencia, estoy dispuesto a dejártela por un precio más que razonable.

Reflexionó unos instantes antes de rellenar las copas con la jarra de vino.

—¿Cómo puedo estar completamente seguro de que no hay ninguna oveja mala que dañe el rebaño entero?

—Puedes traer a casa a los expertos que quieras para que los examinen, libro por libro, no me importa. Aunque para muchos de los autores no veo quién puede haber más experto que tú...

—Supongo que conseguirás muchas cosas con los halagos, pero a mí me ponen nervioso. No te ofendas.

—No pasa nada. De todas formas, no todos los libros están dedicados, aunque la mayoría sí. Hay muchas copias asociadas de calidad.

—Bueno, no pierdo nada por echarle un vistazo, a ver de qué estamos hablando —dijo y pidió la cuenta—. Me toca invitar.

Preparé café recién molido en casa y, después de llamar a su ayudante para decirle que terminara de montar el puesto, porque estaba ocupado con una posible compra, se acomodó para ponerse a inspeccionar los libros. Fui dándoselos uno a uno, sacándolos de sus elegantes estuches y volviéndolos a meter luego, explicándole quién era un destinatario u otro cuando no lo sabía o no lo recordaba. Como el veterano librero que era, fue separándolos cuidadosamente por montones, según su

valor, y dejando los más raros sobre una mesa en la habitación de al lado, para valorarlos aparte. Pareció satisfecho con la autenticidad de casi todas las obras, aunque dejó a un lado unos cuantos que, según él, parecían sospechosos o no le cuadraban del todo. Y no se equivocaba al pensarlo.

—Lo que no te convenza no te lo lleves. Quiero que te quedes satisfecho.

Pasaron varias largas horas antes de que por fin preguntara:

—¿De qué dinero estamos hablando?

Le dije que la biblioteca, en una estimación moderada, valía dos millones y medio. Ya solo más de seis volúmenes estaban dentro del rango de los cientos de miles de dólares y mi *Ulises* de 1922 —de la primera edición auténtica, la limitada de cien ejemplares firmados, perfecta y con la camisa original de color azul Egeo en un estado impecable, una de mis mejores inversiones como coleccionista y un libro del que realmente me dolía horrores deshacerme— valía tranquilamente trescientos mil dólares. Con eso, se llegaba al primer millón sin muchas complicaciones.

—Quiero un cincuenta por ciento del precio de venta —añadí—. Un millón doscientos cincuenta mil.

—Bueno, entiendo tus cálculos, pero yo tengo que trabajar lo mío para amortizar la inversión. ¿Cómo verías ochocientos mil?

Tales regateos eran siempre una danza; ambos la habíamos bailado con tanta frecuencia que casi parecían una coreografía preestablecida. Sabía que sería mi último baile, el último gesto —salvo por uno— en el que me viese implicado yo y algún libro o manuscrito, cualquier cosa relacionada con objetos literarios de valor.

—¿Un millón y los dos contentos?

—Hecho —dijo tendiéndome la mano para darme un apretón; tendría que llamar al banco a la mañana siguiente para encargar la transferencia—. No te creas que tengo tanto dinero en la cuenta, pero siempre que me hace falta puedo pedir un préstamo a corto plazo. No es la primera vez.

—Una última cosa —añadí y puse la palma de la mano sobre el estuche del *Ulises* como si la posara sobre la barriga de un niño dormido—. Creo que nos conviene no hablarle a nadie nunca de esta transacción, de dónde has sacado los libros y ese tipo de cosas. Como sabes, mi nombre está por los suelos, algunos, en ciertos círculos, dirían que está en la mierda incluso. ¿Por qué manchar sin necesidad unos libros que son tan buenos?

Sonrió.

—Me alegro de que lo hayas dicho tú y no yo. No tengo la menor intención de contarle a nadie de dónde los he sacado. Además, muchos irán directamente a colecciones particulares. Si no tuviera coleccionistas haciendo cola para algunos de estos pesos gordos, no cerraría la compra. Espero que te sirva. Meghan y tú merecéis ser felices.

Me partió el alma cuando lo oí. Quise decirle que había cambiado de parecer, que me había equivocado, que al final me quedaría con los libros. Pero no podía hacerlo y

sobrevivir a lo que sabía que era una amenaza sombría para mi futuro y mi libertad. Meghan merecía ser feliz, eso era así. Yo no tanto, y la culpa abismal que sentí en ese momento, que sabía que habría de llevar como un cáncer virulento, creciendo siempre, se fundió conmigo y con la que ya llevaba por dentro como órganos purulentos colgados del tendedero de mi clavícula. Sonreí.

—Gracias —le dije.

A Meghan le sorprendió sobremanera lo que había hecho sin consultárselo, aunque reconoció que en el pasado yo había mencionado esa posibilidad en más de una ocasión. Cuando le conté las razones de mi decisión —que quería ser un socio más igualitario en nuestro matrimonio incipiente—, me dio un abrazo y me dijo que siempre habíamos sido iguales y siempre lo seríamos, y por un momento fugaz incluso sentí que la culpa se disipaba. Además, le dije, con la esperanza de cambiar de tema y no tener así que concretar la cantidad de dinero que había cambiado de manos, me había quedado un buen número de recuerdos de la colección de mi padre, algunos de sus volúmenes favoritos de los relatos de Sherlock Holmes, para que se los legásemos a las generaciones venideras.

No nos perdimos el encuentro del Armory, que estaba más lleno que nunca. Tal y como cabía esperar, algunos libreros se mostraron reservados y cordiales, otros algo menos, pero también hubo quienes fueron más amigables y nos felicitaron por la boda. Es curioso, pero solo algunos mencionaron a Adam, para darnos el pésame por su muerte, a pesar de que él había sido una presencia constante en ferias pasadas. Supuse que nuevos coleccionistas lo habrían relevado en la tarea de ojeador de libros, no tenía otra explicación. Por lo demás, huelga decir que, dados sus flirteos con el mundo de la falsificación, para algunos su fallecimiento no había sido tan mala noticia. El granjero no llora la muerte del zorro. Mientras inspeccionaba un libro glorioso tras otro, estudiando siempre la letra cursiva y la corriente con mi mirada disciplinada, me impresionó ver las escasas falsificaciones que había. Por ególatra que parezca, no pude por menos que preguntarme si mi caída en desgracia de hacía unos años no había amedrentado a otros falsificadores y los había llevado a ganarse la vida de otra manera.

Aquello me hizo pensar en Henry Slader. Huelga decir que había estado en primera fila de mis pensamientos desde el momento en que Meghan y yo habíamos subido las escaleras cubiertas que iban de la calle al Armory. Estaba seguro de que en algún punto de aquel salón cavernoso, que retumbaba con las voces de intelectuales e inversores, compradores y vendedores, acechaba Slader. Tenía la atención dividida, aunque hacía lo posible por ocultárselo a Meghan. Cada vez que veía que alguien me miraba un segundo más de la cuenta, me entraban las sospechas y me fijaba en qué puesto estaba y adónde se dirigía luego. En parte me esperaba que aprovechara la relativa seguridad del gentío para llegar hasta mí y abordarme directamente, *sotto voce*; dos hombres que charlan sin más sobre una transacción, como muchos de los allí presentes, codo con codo, algunos en traje, otros en vaqueros —allí eran los libros

quienes hacían al monje, no el hábito—, cerrando tratos. Pero el careo no se produjo. Volví a verme preguntándome si las cartas de amenazas tenían realmente algún sentido y si el maratón que había hecho para producir las mejores falsificaciones de mi vida y vender gran parte de mi colección no había sido una empresa inútil. Si tenía que ser así, que fuese, me dije. Me sentía extrañamente liberado por lo que había hecho. Liberado del peso de la propiedad, sí, y también del arte de la falsificación, mi otrora obsesión, porque sabía que no volvería a poner por escrito aquella empresa antes erótica y ahora extinta.

Y entonces lo vi. No sabía que era él porque ¿cómo podía? Pero su cara me sonaba de algo. Su extraña mirada era una combinación de aplomo y disimulo, desdén mezclado con una especie de timidez nerviosa. No tenía la cabeza afeitada, pero bien podía haber sido así, tan pegado tenía su pelo oscuro al cráneo. Iba vestido informal, de negro, como tantos otros neoyorquinos, al menos hasta donde veía, pues estaba a varios puestos de distancia y los curiosos no paraban de taparnos la vista. Meghan y yo estábamos en la caseta de un vendedor de libros de fotografía muy avisado e interesante; el género se había puesto de moda en los últimos tiempos y coleccionarlos costaba un potosí. Meg estaba como pez en el agua, pues le interesaban las ediciones infolio de artes visuales. Le dije que ahora volvía y me contestó que «muy bien» sin apartar la vista de un volumen de Walker Evans que la tenía embelesada.

Más nervioso que nunca, pero sabiendo que tenía su dinero sucio, me abrí camino entre los feriantes en su dirección. Pero en lugar de venir a mi encuentro, como yo había esperado, se fundió con el gentío. Me quedé donde estaba y miré hacia delante, esperando a que su cara reapareciera. ¿Dónde lo había visto antes?

No tardó en volver a escena, algo más lejos, cerca de la salida, y lo vi mirar hacia atrás, pero sin hacerme señas de que lo siguiese. Se quedó allí plantado, una pálida aparición. Fue entonces cuando lo reconocí. Cómo no, me dije. El año pasado en el funeral de Adam, el poli de paisano, el hombre que yo había creído que había asistido para buscar a un asesino atraído al entierro por la pulsión de visitar si no el lugar de los hechos, sí un escenario cercano que hiciera su crimen menos abstracto, más real.

Slader debió de leerme la mente en ese momento porque, poco a poco, se abrió paso en su cara pálida una sonrisa mínima. Incliné la barbilla y luego volvió a subirla bruscamente. Sí, soy yo, significaba aquel gesto. En lugar de girar sobre mis talones y largarme, en vez de quedarme parado en el sitio, tan congelado físicamente como lo estaba mentalmente, asentí dándome por aludido. Pero ¿aludido por qué? ¿Estaba corroborando que yo había asesinado a Adam Diehl cuando de hecho el propio Slader tenía mil veces más razones que yo para haber cometido semejante acto? Solo había que verlo: aunque no tuviera la cara típica de un asesino, un rostro desolador y despiadado con una cicatriz de una antigua cuchillada en la mejilla, sí que parecía decidido, resuelto, un perdonavidas. Mi miedo al hombre mutó en una sensación más cercana a la rabia, incluso el odio. ¿Quién se creía que era? Lo más razonable parecía

pasar justo a su lado, ignorando lo que pudiera decirme, e ir a hablar con el vigilante uniformado que había apostado en la salida para decirle que había un asesino en el edificio, señalarle a continuación a Henry Slader y dejar que las cosas cayeran por su propio peso. El muro que se interponía entre esa acción precipitada y yo era la felicidad con Meghan que acababa de conquistar, mi matrimonio y el sueño de una vida juntos lejos de allí y de todas las penas y luchas que habíamos conocido. Además, si arrestaban a Slader, sin duda mi reciente venta de falsificaciones quedaría al descubierto, puesto que cantarí la misma canción acusatoria que yo en su momento y dirigiría hacia mí más atención aún, lo que indudablemente acabaría conmigo de nuevo entre rejas; y esa vez por un periodo de tiempo muy largo y sin Meghan esperándome cuando me pusieran por fin en libertad. Tal y como yo lo veía, solo había un camino para salir de aquel predicamento, una senda peligrosa y sembrada de piedras, con un guía que aborrecía, pero al que estaba obligado a seguir.

Miré a un lado y a otro del pasillo, pero se había ido. Al comprender que Meghan debía de estar preguntándose dónde me había metido —aunque era bien consciente de que yo tendía a perderme a mi aire por las ferias—, recorrí el abarrotado pasillo hacia donde había visto a Slader y lo busqué entre el barullo de gente. Al no encontrarlo, regresé a la caseta de los libros de fotografía. Pero me entró el pánico al no ver a Meghan. ¿Habría dado media vuelta Slader para hablar con ella directamente, mientras yo me quedaba hipnotizado en aquel pasillo más cercano a la salida? De pequeño solo me había perdido una vez, cuando me despisté de mi madre en unos grandes almacenes, pero en ese momento sentí la misma desdicha de terror y abandono. Rompí a sudar y me vi buscando ahora a dos personas, una querida y otra odiada. Pasaron cinco minutos implacables mientras recorría la feria sudado, chocándome con la gente y farfullando disculpas como un necio, sin saber qué haría en caso de encontrarme a los dos juntos.

—Hombre, aquí estás —dijo Meghan a mis espaldas, poniéndome una mano en el hombro—. ¿Todo bien?

—Sí, sí, no pasa nada —logré contestar.

—¿Seguro? Parece que hubieras visto un fantasma.

—Pues ni un fantasma ni ningún libro sin el que no pueda vivir —dije soslayando su observación lo mejor que pude—. ¿Y tú qué, algo sin lo que no puedas vivir?

—Aparte de ti, nada.

Y con esas, salimos del Armory. No volví a avistar a mi acusador, a mi extorsionador. Mientras regresábamos al centro dando un paseo por la imponente Park Avenue y el destartado Lower Broadway, la titubeante promesa de libertad —de poder arreglar las cosas con Slader— me pareció al mismo tiempo cercana y distante. Sabía que, igual que no se le puede tirar de los pétalos a una flor para obligarla a crecer, debía armarme de paciencia, aguardar el momento oportuno y mantener la esperanza de que mi frágil sueño llegaría a realizarse.

Al final nos decidimos por Kenmare, el pueblo donde nos prometimos, el *locus* mágico donde habíamos sido más felices. Alquilamos una casita de campo, no muy lejos del parador donde nos alojamos en nuestra primera visita, cerca de un vigoroso arroyo salpicado de diminutas pero potentes cascadas y poblado de salmones y truchas que destellaban con la luz matutina al saltar. Aunque se hablaba inglés, como en gran parte de Irlanda, salvo por los pequeños reductos conocidos como *gaeltachts*, los dos aprendimos gaélico, un idioma que competía con el alemán por sus locas polisílabas y su acumulación impronunciable de consonantes, y hacíamos excursiones de día a la aldea de Dingle para hablar con los lugareños. Hicimos unos cuantos amigos, no muchos, pero gente en general muy campechana que se había criado en el condado de Kerry y había tenido la inteligencia de no irse. Hacíamos senderismo por los MacGillycuddy's Reeks; nos encantaba coger el transbordador que iba a las islas Skellig, donde antaño habían vivido monjes en la más absoluta austeridad, aislados del mundo exterior como los antiguos eremitas sobre sus rocas yermas, a cientos de metros por encima del mar bravío. Nuestros días estaban llenos de tareas sencillas: barrer la cocina, comprar en el mercado para la cena, leer, escribir, respirar, estar.

Un día de mediados de verano empaquetamos un pícnic de pan negro, aceitunas y quesos locales en una bolsa de papel y nos fuimos a uno de nuestros sitios favoritos de todo Kenmare, un impresionante círculo de piedras neolítico conocido como los Shrubberies, a pocos minutos andando del centro del pueblo. A pesar de estar cerca del relativamente transitado puente de Cromwell y a tiro de piedra de las calles principales, en aquel círculo atávico —que tiene más bien forma oval— formado por quince berruecos, seis de ellos en pie, y un imponente dolmen en el centro, se respiraba una tranquilidad absoluta. El canto de un pájaro, algún visitante respetuoso que hablaba en voz baja o el ruido blanco de un tráfico susurrante que no se veía en la lejanía eran lo único que perturbaba el silencio, por lo demás de sanctasanctorum. En el curso intensivo que nos habíamos impuesto para aprender todo lo posible sobre nuestro hogar de adopción, Meghan y yo descubrimos que el nombre gaélico de Kenmare era An Neidín, que significa «el nidito». Nos pareció perfecto, incluso antes de saber de los Shrubberies, que para nosotros eran como un nido dentro del nido.

Sentados a solas sobre uno de los berruecos recalentados por el sol que alguien había colocado justo allí hacía miles de años, y sintiéndonos algo sacrílegos, pues se trataba de un enterramiento, nos quedamos callados un rato. Ese silencio en aquel lugar silente era poco habitual en nosotros, que siempre andábamos metidos en

alguna corriente caudalosa de diálogo. Sin mediar palabra, ambos supimos lo que pensaba el otro: era posible que lo hubiéramos conseguido, romper los lazos que nos retenían en Estados Unidos y liberarnos de nuestras distintas historias de huérfanos para forjar una nueva vida juntos. Sí, Meghan había perdido a sus padres en una única tragedia inesperada, mientras que los míos habían muerto en momentos distintos, mi madre devorada viva por un cáncer lento y mi padre, de un infarto. Y si bien yo nunca había tenido un hermano al que encomendarme, el de Meghan —que parecía conectado en cuerpo y alma con ella— había muerto. Estábamos los dos solos en este mundo, ni más ni menos. La observé unos segundos y luego aparté la vista y me quedé mirando los prístinos abetos que rodeaban el recinto mientras pensaba: «Sí, conseguiremos que funcione, un par de huérfanos forjándose una nueva vida».

«¿En qué momento la palabra “forjar” adquirió una acepción tan fea?», me pregunté, divagando. Se trataba de un término que aludía a un progreso lento y estable, un seguir adelante contra viento y marea^[3]. Una forja era un hogar, una fragua en cuyo fiero calor el herrero batía el metal para darle formas útiles de herraduras, morrillos, herramientas con las que construir. En el siglo XIV, en una época en que gentes de distinta ralea se daban cita en aquel círculo de piedras, «forjar» significaba «crear», fabricar y dar forma, como en la «herrería del alma» del joven artista de Joyce. ¿En qué momento se desvirtuó esta vieja palabra tan bella? ¿Cuándo evolucionó en un término despectivo que significa «defraudar, fingir, falsificar»? Pero ¿quién era yo para pensar tales cosas en un lugar tan antiguo como Stonehenge, más viejo que la sórdida definición de falsificación, precisamente yo, que encarnaba la acepción más vil de una palabra por lo demás noble?

Al verme sin respuestas para esa última pregunta, comprendí que debía cortar por lo sano desde ese mismo día y esperar no recaer jamás.

Sí, Slader había vuelto a contactarme. Esa vez su carta estipulaba un lugar y una hora para un encuentro. Supuse que, habiéndonos cruzado y reconocido en la feria, habíamos roto ya el hielo, por así decirlo, y quedar por fin para zanjar el trato parecía una tarea menos pesada y atroz. En los días previos a nuestro encuentro, me empeñé en hacer una última y hermosa falsificación antes de depositar en la basura las plumas, las tintas y el resto de parafernalia que me quedaba. Mejoré el archivo Baskerville de Slader, lo copié palabra por palabra, en un guiño a lo que hizo el Pierre Menard del relato de Borges con *Don Quijote*, corrigiendo todos y cada uno de los diminutos defectos de la caligrafía, enmendando la letra a veces idiosincrásica de Doyle. En nuestro intercambio de palabras de un minuto de duración en una cafetería griega cercana a Washington Square —no me pasó desapercibido el guiño oculto a James en su elección del lugar para nuestra cita—, le devolví su «original», sabiendo que ahora existía un original más nuevo, mucho más cercano a lo que habría hecho el maestro, en el falso supuesto de que lo hubiera escrito él.

—¿Hemos acabado? —le pregunté y, al ver que parecía más nervioso que yo, intenté poner una mirada acerada de resolución y amenaza y me atreví a añadir—:

Más te vale que así sea.

No envidiaba su vida turbulenta, una vida enredada en ganancia y engaño, secretismo y ruina inevitable. Yo había terminado con todo eso, o al menos eso esperaba con un fervor casi religioso, a la altura de la pasión que solía reservar para los actos íntimos de falsificación en los que me recreaba.

—Se acabó —dijo y, sin contar el dinero ni ojear el interior del sobre amarillo que guardaba la falsificación Baskerville, se fue.

Mientras lo veía desaparecer por la puerta, me vino de pronto a la cabeza una de mis frases favoritas de Holmes, un pasaje de «La aventura del carbúnculo azul» en el que el detective se presenta al desdichado atracador con cara de ratón y mejillas blancas en torno al cual gira el misterio; ese hombre —un aspirante a ladrón de joyas llamado James Ryder— responde a la afirmación de Holmes de «creo que yo podría ayudarle» con un «¿Usted? ¿Quién es usted? ¿Cómo puede saber nada de este asunto?». Holmes le dice entonces su nombre al ingenuo y después define su propósito absoluto en la vida, su filosofía y su credo fundamental: «Mi trabajo consiste en saber lo que otros no saben»^[4]. «Una buena consigna para la vida», pensé cuando leí la frase por primera vez con poco más de diez años. Una buena consigna.

Meghan había vendido un gran porcentaje de su librería a un grupo de sus trabajadores con unas condiciones de pago muy generosas. De hecho, nos despojamos de casi todo menos de la ropa, unos cuantos libros preferidos y varios recuerdos de infancia. El coche lo llevé a un desguace, donde me dieron por él cien dólares, una cifra que superaba su precio de mercado. Como gesto personal a Atticus Moore —si bien lo hice sin decirle nada para compensarlo por haberle vendido las falsificaciones—, dejé a su cargo casi todo lo que quedaba de mi colección permanente y le dije que fuera enviándome el porcentaje que le pareciera conveniente de las ventas que hiciese, que no había ninguna prisa. No, aquello no anulaba mi traición, pero, al menos en mi fuero interno, rebajaba en parte el veneno. Ese dinero más lo recaudado por la venta de Montauk nos proporcionó la libertad y un colchón más que suficiente para empezar de cero cuando nos pareciera oportuno.

Un día fuimos a nuestro restaurante favorito de Kinsale, una marisquería llamada Pez Encerrado, donde te servían merluza y abadejo recién capturados bajo la fresca sombra del toldo azul de la terraza. Estábamos charlando de todo y nada, como cualquier matrimonio feliz que se precie, con los graznidos y la cháchara de las gaviotas de la bahía a modo de banda sonora, cuando Meghan me dijo algo que me pilló con la guardia bajada:

—Llevo muchísimo tiempo queriendo hacerte una pregunta. —Lo dijo en un tono de lo más normal, sin revelar un ápice de reproche o siquiera preocupación en su voz.

—Cuéntame, querida.

—Es una tontería y seguramente te rías de mí...

—Tú nunca dices tonterías —le aseguré y le di un trago a mi pinta de Beamish.

—Cuando fuimos los dos juntos, era la primera vez que ibas a la casa de mi hermano en Montauk, ¿verdad?

—Sí, ya te lo he dicho muchas veces, que solo nos conocíamos de vernos en las ferias y en alguna que otra librería.

—Y nosotros no llegamos a ir juntos desde que empezamos a salir. —Me pregunté adónde quería ir a parar, pero aguardé y me limité a sacudir la cabeza—. Entonces, ¿cómo es que conocías el camino aquella mañana cuando me llevaste al chalé, sin mapas y sin que yo te fuera indicando?

Descolocado, no podía permitirme una pausa más larga de la que hice antes de decir:

—No, no fue así, no te acuerdas bien. Sí que me fuiste indicando.

Fue ella la que vaciló entonces.

—¿Estás seguro?

Alentada por su incertidumbre, insistí en que era imposible que yo hubiese sabido llegar solo hasta la puerta de su casa de la playa. Convencida, se remetiÓ el pelo detrás de la oreja y me regaló una de sus sonrisas, tan colmada de amor que sentí que en la faz de la Tierra había pocos hombres más afortunados que yo.

Del mismo modo que en Kenmare una tormenta puede hacer que de golpe y porrazo un día soleado se nuble bajo una lluvia huracanada contra la que no hay paraguas que valga y confiere a Irlanda esa mala fama de clima desapacible y caprichoso, entre mis sensaciones de paz y sosiego se intercalaban momentos de terror repentino. Cada tanto, un inesperado miedo al cartero me traía malos recuerdos. Si sorprendía por la calle a un desconocido que me miraba fijamente con lo que se me antojaba una curiosidad impertinente, un fogonazo de un miedo familiar se apoderaba de mis entrañas y me ataba las manos. Incluso al oír muy de vez en cuando el estallido de una sirena de la policía local, por poco que se pareciera a la música gimiente de sus homólogas estadounidenses, me venía un regusto amargo a la boca, el sabor acre de la culpabilidad, supongo.

Aun así, la mayoría del tiempo encontraba consuelo haciéndome el olvidadizo con el pasado. A fin de cuentas, estaba a un océano de distancia, literalmente, de mi antigua vida. Y para intentar tranquilizarme me decía que, independientemente de haber hecho o no cosas malas, ya habían quedado atrás. Por las noches, al calor de nuestra cama compartida, mientras escuchaba el suave respirar de Meghan en sueños y contemplaba las constelaciones, que con una lentitud magistral y una indiferencia divina surcaban el cielo negro al otro lado de la ventana, me decía que no había necesidad de seguir preocupándose por nada. Había pasado un año y medio desde la muerte de Adam y el caso de homicidio estaba tan congelado como los intersticios negros de las estrellas del firmamento. Atticus Moore cumplía con su palabra y cada cierto tiempo me mandaba un cheque por mi porcentaje en la venta de los libros que había dejado a su cargo, siempre acompañado por una nota breve y alegre, sin insinuar en ningún momento que hubiera tenido problemas con alguna de las obras que yo había falsificado. Todo hacía pensar que Slader había regresado bajo la piedra de la que había salido.

Aprovechando la nacionalidad por nacimiento de Meghan, ambos presentamos la solicitud de ciudadanía y pudimos buscar trabajos de media jornada, más con la idea de integrarnos en nuestra comunidad de acogida que por ganar un sueldo. Ella encontró trabajo en la librería del pueblo, bien surtida de libros de historia y de literatura irlandesa, mapas y, sí, cocina y arte. A mí me contrataron en una papelería que tenía una ingeniosa imprenta tipográfica en la trastienda, con una prensa de pruebas Vandercook que estaba deseando aprender a manejar. Cada uno en su elemento. Con semejante letanía de tranquilidad, debería haber cerrado los ojos y

haberme sumido en un descanso sin sueños. Al pensar ahora en esa época serena de mi vida, me pregunto si eran realmente necesarios los sueños; en las horas de vigilia, ya vivía en uno, pese a los nubarrones de miedo que me sobrevenían de vez en cuando, un temor comprensible a que me arrebataran todo lo que tenía.

La noticia que cambiaría para siempre mi vida, igual de inesperada como una carta de Henry James en el buzón o un policía que llama a tu puerta, pero sin carga alguna de infortunios o calamidades, llegó una mañana de un domingo cualquiera a los pocos meses de vivir en Kenmare.

Los domingos Meghan y yo, por lo demás madrugadores natos, siempre nos quedábamos hasta más tarde en la cama. Intentábamos no hacer planes que nos impidieran empezar el día tranquilamente. Huevos revueltos y tomatitos *cherry* escaldados, panceta frita, un poco de morcilla negra y embutido de avena, café recién molido, el periódico..., tal era nuestra idea de la perfección. De ahí que me sorprendiera levantarme el segundo domingo de agosto y encontrarme con que mi mujer ya había bajado y había empezado a hacer un desayuno sorpresa. No era mi cumpleaños, ni ninguna otra fecha especial. Atraído por el olor a granos de café recién molidos, me puse la bata y bajé a la cocina.

—¿Qué ha pasado? ¿Nos ha tocado la lotería?

—Ten —me dijo tendiéndome un vaso de zumo de naranja.

—Pero ¿nos ha tocado? —Le di un sorbo.

—Algo así —fue su respuesta—. Siéntate y come.

Aunque estaba deseando saber qué pasaba, le seguí el juego y no hice más preguntas. Habíamos tomado la mitad del desayuno cuando Meghan soltó el tenedor en el plato y me dijo sin más rodeos:

—Estoy embarazada.

En la vida había oído ni visto nada más conmovedor que esas palabras combinadas con la cara de la mujer que las pronunciaba. Sin proferir sonido alguno, me levanté de la silla, rodeé la mesa de desayuno y la estreché entre mis brazos. Tras todo el sufrimiento que había padecido y el valor que había demostrado, fue como si se abriera una compuerta en su interior, que dejó correr un torrente de lágrimas. Besé sus ojos húmedos, la abracé con fuerza, le dije que haríamos todo lo que estuviera en nuestras manos para hacer de ese bebé el más feliz, sano, listo y mimado del mundo. En mi vida recordaba haberme sentido más alegre, más extasiado, ni siquiera en los tiempos pasados en los que el acto de falsificar me provocaba sensaciones similares.

El resto del día osciló entre una felicidad sin límites y una conversación más madura sobre la necesidad de buscar otra casa, sobre si estábamos realmente seguros de querer criar a nuestro hijo o hija en la Irlanda rural en vez de en Nueva York, cuánto tiempo seguiría ella trabajando en la librería y cosas así. Pese al júbilo mareante ante la perspectiva de criar juntos a un hijo y no encontrarnos en la mejor disposición mental para tomar decisiones racionales, con el tiempo la mayoría de las cosas que convinimos entonces acabaron coincidiendo con lo que fuimos haciendo.

En la casita amueblada que teníamos alquilada, había sitio de sobra. Además, nos gustaba vivir allí: el pinar susurrante que lindaba con el prado que había tras la casa, la cercanía del riachuelo danzante, la casa en sí, con su techo de paja y sus reconfortantes chimeneas... ¿Qué niño no querría vivir en un entorno tan idílico como aquel? Manhattan había dejado de atraernos y, aunque mi mujer no estuviera al tanto, no era un sitio que, de poder elegir, yo quisiera volver a pisar.

—¿Puedo decir ya unos cuantos nombres? —preguntó Meghan esa misma tarde mientras andábamos cogidos del brazo por la bahía de Bantry, donde habíamos ido a ver el rompeolas y las barcas de pesca que cabeceaban en el mar como corchos tallados y pintados sobre el agua hinchada.

—Pues claro.

—Bueno, vale. Si es niña, me gustaría llamarla como tu madre, Nicole.

—Le habría encantado. ¿Y si es niño?

—Si es niño, y no tienes ninguna objeción, me encantaría ponerle Adam.

Podría haber esgrimido un buen número de objeciones para descartar aquel nombre, entre ellas, y no menos importante, la de por qué colgarle a nuestro hijo la rémora de llamarse igual que un hombre asesinado.

—Me parece muy bien, estupendo —dije en cambio—. Creía que ibas a querer llamarlo William Butler.

—Bueno, podría ser Adam William Butler, o William Butler Adam...

—Por suerte, todavía tenemos varios meses para decidirnos por un nombre. Ahora mismo no sé ni cómo me llamo yo. Te quiero, Meghan.

—Y yo a ti.

El resto de agosto pasó flotando en completa normalidad mientras el verano daba paso al otoño temprano y empezaban a diluirse las hordas de turistas estadounidenses, japoneses, alemanes que hacían escala en su *tour* por el Anillo de Kerry. Y entonces, sin previo aviso, fue como si mi vida se desmoronara de golpe, como una hoja de papel arrugada en una bola. De vuelta a casa después de tomarme una pinta nocturna en mi *pub* favorito del pueblo, en la otra punta de la calle, podía jurar haber visto a Henry Slader mirándome directamente a los ojos antes de escaquearse por la esquina. En lugar de dar marcha atrás para volver a casa por una ruta alternativa, me vi medio corriendo hacia él, abriéndome camino a empujones y maldiciendo entre dientes. Al parecer, las noches en vela que había pasado contemplando el desfile mental de las posibles maneras en que mi Edén podía ser víctima de una segunda caída no habían quedado en saco roto.

Por supuesto, hice el ridículo y, cuando llegué a la esquina, había desaparecido. Me recordó ese horrible momento en el Armory en que, al mirar por un instante hacia otro lado, se había evaporado antes de que pudiera volver la vista. Con todo, tampoco era un mago espectral ni un resucitado sobrenatural. Más bien al contrario, Slader había demostrado ser un hombre muy terrenal, capaz de todo tipo de deseos y defectos tan humanos como sórdidos. ¿No me había asegurado que todo había

terminado cuando le di hasta el último dólar del dinero que me pidió y su fajo de cartas falsas de Conan Doyle (que me había encargado, eso sí, de devaluar)? ¿No tenía otra cosa que hacer que acosarme, a mí, que lo había tratado con honradez, cumpliendo con mi parte del trato?

Como una marioneta con sus hilos, caminé por la acera que lindaba con la calle principal, avanzando apresuradamente en la dirección por la que creía haberlo visto perderse. Después de un minuto de búsqueda frenética, me detuve, jadeante, a recobrar el aliento (al parecer, mudarme a un clima lluvioso me había provocado un cuadro de asma moderado). Allí plantado, con los coches que volvían a casa deslizándose por la calzada y algunas de las personas que había dejado atrás adelantándose ya, empecé a dudar muy seriamente de mí. Si realmente era Slader, ¿para qué molestarse en huir de mí? ¿Qué sentido tenía una evasión llegados a ese punto de una relación como la nuestra que, sí, lo reconozco, era tan estrambótica como desagradable? Poco a poco, sin embargo, fue apoderándose de mí una sensación precaria de calma conforme razonaba conmigo mismo, la respiración ralentizándose ya, y me iba diciendo que en el mundo hay más dobles sueltos de lo que nos gustaría creer. Aquel no era mi Henry Slader, no estaba allí en el remoto condado de Kerry, en un pueblecito perdido a los pies de la isla de Eire. No era otra cosa que puro delirio.

Decidido a no dejar que aquella alucinación me arrebatara la calma en la que se había instalado mi vida, regresé al reconfortante abrigo del *pub*, desde donde llamé a Meghan al trabajo y le pregunté si quería pasarse y venir a comer un guiso de cordero y quizá escuchar un poco de música tradicional. Que estuviésemos casados y embarazados no significaba que no pudiéramos divertirnos y distraernos. Necesitaba una pinta más o dos para calmar los nervios, aunque, por supuesto, no me atreví a contarle la razón. Le pareció una idea estupenda y, en cuanto terminó en la librería —que cerraba una hora más tarde que la papelería—, se vino directamente y acabamos pasando una noche genial. Pese al antiguo mito de «la Guinness es buena para ti», que sugería que hasta a las mujeres embarazadas, necesitadas de niveles saludables de hierro, les convenía beber *stout*, Meghan se contuvo. Pero su buen humor desdecía su abstinencia. Rio, dio palmas y cantó las canciones que se sabía. Por mi parte me obligué a dejar de lado mi absurdo Slader de pega y pasé un par de horas escuchando a los músicos con sus guitarras, sus silbatos de lata, sus violines y sus *bodhráns*. El hombre que quería que criase a mi hijo no era de los que miran de reojo las caras de una sala esperando ver al hombre del saco; más bien al contrario, mi labor debía consistir en explicarle lo que eran los trasgos, los diablillos, los ogros y demás variantes de monstruos inofensivos que se esconden bajo las camas, ¡y no pasarme la vida temiéndolos yo! Sabía que si realmente había dejado atrás mis años de falsificador —como tenía que ser, pues ya no era un niño grande que cree que está bien hacer lo que le plazca y al cuerno con todo—, debía cambiar. Desde ese mismo instante, categóricamente y para siempre.

Cuando saldamos la cuenta, salimos del *pub* y nos recibió una noche brumosa y sin estrellas, apenas fría. Las luces de colores de otros *pubs* a ambos lados de la manzana principal se reflejaban en los charcos de lluvia de la calle estrecha.

—¿Volvemos a casa? —me preguntó.

—¿Y dejamos el coche donde está aparcado?

—Claro, ¿por qué no? No le va a pasar nada, no te preocupes. Eché la llave.

—Bueno, mi idea siempre fue venir andando.

—Es verdad. Pues no hay razón para no hacerlo. Podemos salir un poco más temprano y venir caminando por la mañana.

La casa no estaba ni a dos kilómetros del centro del pueblo y nuestro paseo fue muy apacible, con Meghan tarareando una de las canciones que habíamos escuchado. Una vez que la visión de Slader quedó relegada en mi mente, aquietado por la comida del *pub* y cansado de la caminata, esa noche dormí como un muerto y a la mañana siguiente me desperté antes del amanecer, lleno de energía. Ya habíamos escogido la habitación de al lado de la nuestra para el crío y estábamos pintándola de un alegre amarillo (el rosa y el azul no eran para nosotros, que habíamos decidido no saber el sexo del bebé hasta que naciera). Al ver que me quedaba una hora libre, le di una segunda mano de pintura acrílica a la pared de la ventana que daba a la parte posterior de la casa, a un gran prado segado. Conforme salía el sol, la hierba, que se extendía hasta la cortina de vetustos pinos de ramas cabizbajas al fondo del jardín, pasó de un verdemontaña oscuro al luminoso esmeralda característico de aquel entorno. El mismo tono de verde empleado por William Morris y otros interioristas victorianos en sus papeles pintados, que estaban mezclados con arsénico y provocaban gases tóxicos. Muerte por papel pintado William Morris, ¿quién lo habría creído posible? «Ah, los datos triviales que ha de saber un buen falsificador», pensé, mientras el rocío de la mañana titilaba en el césped, como si un benévolo ser de la noche lo hubiera regado con diamantes.

De vez en cuando, miraba por la ventana imaginando la de mañanas que nuestra niña o nuestro niño se maravillaría viendo ese mismo paisaje nemoroso (o sea, en cuanto tuviera la altura suficiente para mirar de puntillas al otro lado del alféizar). Me recordó a mi casa de los fines de semana cuando era pequeño, al norte del estado de Nueva York, donde mis padres se retiraban con una regularidad casi extremista desde los viernes por la noche hasta la tarde de los domingos, para escapar de la ciudad y, en palabras de mi padre, «recargar las pilas». No importaba qué caso tuviera entre manos o las llamadas de trabajo, las refutaciones o interrogatorios a testigos de la fiscalía que tuviera que hacer, los testimonios que debiera estudiar o lo que quiera que exigiese su práctica como letrado. Siempre lo hacía en un despacho anejo a nuestra granja reconvertida en casa del valle del Hudson. Por eso de joven había disfrutado de unas vistas no muy distintas a las de aquella ventana: hierba y más hierba, una cenefa de flores en verano y, por los márgenes, un alto tabique de árboles tras el cual se extendía un bosque.

Era uno de los recuerdos visuales más fuertes de mi pasado e hizo que me asaltara una pregunta: ¿qué clase de padre iba a ser? En retrospectiva, el mío no había sido inaccesible, pero había supuesto un modelo al que aspirar, tal vez uno que era al mismo tiempo demasiado bueno para ser verdad y, por tanto, indeseable por inalcanzable. A saber... Pero ¿y yo? Tenía mucho que esconder y sabía que siempre miraría a la linde del bosque con unos ojos distintos a los de mi juventud. Yo, que nunca había temido lo que acechaba en la oscuridad del bosque, ya no sentía la confianza del pasado, y tendría que considerar la posibilidad, remota pero real, de que el bosque me devolvía la mirada y me veía enmarcado en aquella ventana.

Antes he dicho que morir tiene sus riesgos..., pero también vivir. En la paternidad habría de encontrar audacia renovada, además de aprender a proteger a mi familia, demasiado vulnerable. En ese momento comprendí que había sido mucho más fácil evitar, borrar, ignorar tales pensamientos cuando aún no sabía que Meghan estaba embarazada. Esa suerte de exilio ya no era una sublimación perfecta de la vida y las vidas pasadas. Tendría que enfrentarme a mis fantasmas y la mejor manera, o eso me pareció mientras daba la segunda mano de pintura al friso, era abrazar de nuevo el hecho fehaciente —pues qué demonios era si no— de que yo era un hombre libre sin un solo dedo acusatorio apuntando en mi dirección.

Meghan había entrado en el cuarto con el sigilo de la niebla.

—¿Hoy no piensas ir a trabajar, Picasso?

—Dios, qué susto me has dado —aullé volviéndome en redondo.

—Lo siento, ha sido sin querer —replicó, algo asustada a su vez—. ¿No te acuerdas de que tenemos que ir saliendo porque hoy nos toca andar?

Era cierto, había olvidado por completo que habíamos dejado el coche en el pueblo. Me apresuré a recogerlo todo y a ponerme la ropa informal del trabajo.

—Me ha parecido raro —comentó cuando dejamos atrás el camino de entrada y doblamos por la pista de tierra que daba a la carretera asfaltada del pueblo—. Nunca te había visto echar la llave.

—Lo he hecho sin pensar.

—¿Estás bien, Will?

La respuesta era un rotundo no, pero preferí tranquilizarla:

—Sí, claro, estoy perfectamente —dije sorprendido de oír mi nombre, que nunca me había hecho mucha gracia.

Por suerte, la mayoría de las veces los apelativos cariñosos —que no hay necesidad de detallar aquí, pues todos somos culpables de algún sobrenombre sensiblero— desplazaban mi nombre de la conversación. Supongo que a quienes viven al margen de la ley, en la sombra, no les gusta que los llamen por su nombre, pero ahora que yo había salido de ese mundo oscuro, ¿por qué no gritar mi nombre desde lo alto de una montaña? ¿Por costumbre, cautela, rechazo de mí mismo? Estaba claro que esa mañana no me encontraba en mi ser y no me gustaba nada esa sensación.

—Estaba pensando en lo aislada que está la casa, eso es todo. Espero que a nuestro pequeñín no le dé miedo la oscuridad.

Aliviada, Meghan soltó una risita y me dijo que estaba adelantándose a los acontecimientos.

—Además —dijo cogiéndome de la mano mientras caminábamos a la vera del seto—, a veces no está de más tener miedo a la oscuridad.

Cuando guardamos algo bajo llave —sean casas, coches o cualquier cosa con una llave y un cerrojo—, en realidad estamos revelando lo que atesoramos, lo que deseamos proteger de los demás, sean simples fisgones o gente codiciosa. Me pasé el resto de la mañana pensando en el comentario de Meghan, tan despreocupado como irrefutable. Lo que más necesidad tenía de proteger no tenía ni llave ni candado de seguridad, y tampoco era nada que atesorara; más bien al contrario, incluso me preguntaba si no era en realidad un acto que el tiempo había vuelto tan irreal que ya prácticamente no existía para mí. Por suerte, en el trabajo había bastante faena y mi inquietud por la casa o el coche —este último, por supuesto, intacto— fue disipándose con el paso de las horas.

Por lo demás, comprendí, entre la pesadumbre y la alegría, que Henry Slader también era tan irreal que no existía. Al menos en Kenmare. Volví a ver a ese malnacido a la hora del almuerzo, esa vez apeándose de un coche aparcado y ayudando a una anciana a salir del asiento del copiloto para acompañarla hasta una farmacia. El parecido era asombroso y, cuando lo seguí al interior, también la estatura me pareció familiar, e incluso su cara, pero, en cuanto lo oí hablar con marcado acento irlandés, se apoderó de mí un alivio que ninguna sustancia de los estantes de ese establecimiento podría haberme proporcionado en dosis alguna. Nunca me había alegrado tanto de sentirme tan idiota.

De todas formas, me detuve en la ferretería después del trabajo para preguntar si había alguien en Kenmare que pudiera instalarnos unas luces de seguridad en la casa. Di por hecho que Meghan estaría de acuerdo y decidí proponerle al casero que fuera él quien le diera el visto bueno al diseño de luces y que, a cambio, nosotros asumiríamos los gastos, incluido el incremento que pudiera haber en la factura de la luz. Sí, me hacía cargo de que una de las razones para instalarnos en la bella Kenmare había sido la baja tasa de criminalidad; por lo que sabíamos, era, en el peor de los casos, un país de delitos menores, de hurtos ocasionales o tipo juerguista de turno que se pasaba de rosca y rompía bien una ventana, bien una nariz llevado por una euforia beoda después de que su equipo de *hurling* ganara un partido o su futbolista favorito marcara el tanto decisivo. Con todo, me conocía lo suficiente para saber que mis preocupaciones por la seguridad de la casa habían echado raíces en mí, por necias que fueran, y lo mejor era pasar a la acción antes de que se enconaran. Por lo demás, se me ocurrió que, cuando le explicara al señor Sullivan, cuya familia había sido dueña de esa casa durante generaciones, que el hermano de Meghan había fallecido a

consecuencia de un violento crimen entre la medianoche y el amanecer, seguramente se mostraría de lo más comprensivo. Porque ¿cómo no iba a acceder? Al fin y al cabo, constituiría una mejora gratuita en su propiedad.

Si bien al casero le gustó el proyecto y dio su visto bueno —de hecho, se ofreció muy generosamente a asumir la mitad de los gastos—, Meghan no se mostró tan convencida.

—No me malinterpretes —me dijo unos días después mientras comíamos tras visitar la empresa de seguridad—. Es verdad que está muy oscuro por la noche, sobre todo cuando no hay luna o está nublado...

—Que es casi siempre.

—Que es casi siempre, sí. Pero lo que me preocupa es que estés sobredimensionando el tema. Yo creo que debería bastar con cerrar con llave, cosa que, si no recuerdo mal, rara vez hicimos durante los primeros meses. Vamos, que esto no es precisamente Nueva York.

Me rasqué la mejilla y miré por un momento más allá de su hombro antes de darle la razón.

—No, desde luego. Supongo que es normal que quiera proteger a mi familia ahora que vamos a ser una de verdad. Pero si no lo crees necesario, no hace falta que sigamos adelante con el plan.

Ella también se tomó su momento para pensar. Alargó la mano por encima de la mesa y la puso sobre la mía, en un gesto afectuoso y casi maternal.

—Haz lo que creas conveniente.

—Siempre podemos jugar al críquet a la luz de los focos —dije, probando a bromear, aliviado una vez zanjada la discusión y viendo que Meghan, si bien no me apoyaba del todo, al menos transigía con la idea.

Mientras le pedía la cuenta al camarero, me aseguré a mí mismo que el hecho de que hubiera creído ver a Slader, lo que ciertamente había revivido miedos pasados pero razonables, no tenía nada que ver.

Sin embargo, lo que dijo Meghan a continuación me sorprendió tanto que no supe cómo responder.

—¿Sabes qué? Te debo una disculpa.

—¿Por lo de las luces? Qué disculpas ni disculpas...

—No, verás: a veces me resulta más fácil olvidar que el asesinato de Adam también te cambió la vida a ti. Era mi hermano y teníamos una relación muy estrecha, quizá incluso en exceso. En realidad, él se apoyaba mucho en mí, y es probable que necesitara más de mí de lo que yo podía darle, sobre todo después de conocerte.

De pronto, sentí los pies congelados, como si los tuviera atrapados en bloques de hielo.

—No, Meghan, no tienes por qué preocuparte... —empecé a decir.

—Pero cuando murió de esa manera tan horrible, seguramente fui muy dura contigo. Recuerdo cosas que te dije y no fueron siempre agradables. Y por eso me

gustaría disculparme. Lo que quiero decirte es que entiendo todo esto de cerrar la puerta, que si las luces de seguridad y tu preocupación porque vivamos en medio del campo y esas cosas. Si Adam hubiera cerrado las puertas con llave o hubiera tenido un sensor de movimiento, quién sabe..., a lo mejor...

—Meghan...

—Tengo que reconocer tu duelo porque tú también perdiste a Adam —sentenció y, dicho esto, se le saltaron las lágrimas.

Salimos del restaurante cogiéndonos por la cintura, como camaradas heridos que se apoyan el uno en el otro para abandonar tambaleantes el campo de batalla. ¿Qué podía decir? Por mi cabeza sobrevolaron muchos pensamientos encontrados, pero el que se impuso por su sensatez fue callar. Permanecí en silencio mientras la acompañaba de vuelta a la librería y me despedía después de que se enjugara los ojos con mi bufanda, antes de volver a la empresa de seguridad para firmar los papeles.

—¿Cuándo podrían empezar? —quise saber.

—A principios de la semana que viene.

—Pues, ya puestos, me preguntaba si no le importaría darme un presupuesto para un sistema de alarma. De las puertas y de las ventanas de abajo y todo eso.

Me tomé esa semana libre para supervisar el trabajo, o, más bien, ver de cerca la instalación. Para evitar tropezarme mientras los electricistas pasaban cables bajo los aleros del techo de paja, opté por pasar la mayor parte del tiempo en el futuro cuarto del bebé, terminando de pintar las paredes y las molduras y restaurando el moisés que habíamos comprado en una tienda de antigüedades de Killarney. Se trataba, obviamente, de una construcción antigua, y en ocasiones la instalación de las alarmas exigió cierta inventiva, al igual que la apertura de estrechas zanjias por el pedregoso jardín para enterrar el cableado eléctrico que alimentaría varias luces de suelo periféricas cerca de la linde con el bosque. Pero los hombres tenían experiencia y el trabajo discurrió sin problemas. Cuando terminaron la obra, Meghan trajo una botella de sidra para celebrarlo y, medio en broma, propuso un brindis:

—Por mil y una noches de sueños tranquilos.

Al anochecer, recorrimos el perímetro del jardín con las copas en la mano mientras las luces iluminaban tanto la casa como el campo circundante, arrojando largas sombras tras los árboles solitarios que se levantaban aquí y allá por el jardín. Era una visión muy impresionante, justo lo que tenía en mente. La noche podía convertirse al instante en día si alguna vez, después de acostarnos, oía fuera algún ruido extraño o preocupante. Aunque Meghan tenía derecho a ver en ese proyecto de seguridad mío un acto innecesario de un padre ya sobreprotector, al final se alegró de verme contento.

—Siempre podrías gastarte en cosas peores el dinero que tanto nos costó ganar.

Con todo y con eso, lo cierto era que aún me sorprendía cuidándome las espaldas sin razón aparente y, en cuanto al sueño, aunque no tenía ya pesadillas, seguía atenazado por arrebatos de insomnio. Sabía las horas a las que se avistaban las

constelaciones y cuándo aparecía la luna, en el viaje infinito por sus fases, para bañar nuestro cuarto con una suave luz arremolinada. Me decía a mí mismo que no podíamos haber encontrado un retiro más seguro y me reprendía por haberme convertido en un cenizo, de esos que encuentran problemas y tormento donde no los hay.

No había pasado ni una semana cuando nos llegó la noticia de que la policía —o, más bien, el único detective que seguía interesado en el caso sin cerrar de Adam Diehl, el mismo que había asistido al funeral aquel día helado— había citado en comisaría a un hombre para interrogarlo. Nos provocó todo un repertorio de emociones y nuestra frágil calma se quebró en dos, entre la esperanza que alentó a mi mujer y el pánico encubierto que me desmoralizó a mí.

Meghan recibió la llamada desde Montauk el día en que soltaron a Henry Slader por segunda vez por falta de pruebas, como había sucedido no tantos años atrás. El agente, que se apellidaba Pollock, como el pintor, le dijo a mi mujer que solo quería que supiera que lo habían interrogado y que seguía investigando todos los posibles indicios, repasando las pruebas antiguas e intentando mantener viva la búsqueda del asesino de su hermano, por así decirlo. Ante mi insistencia, mi mujer me contó dos veces todo lo que le había relatado el detective, de principio a fin. Era lo mínimo que podía hacer sin llegar a pedirle que me repitiera la conversación palabra por palabra una tercera vez. Posiblemente, dejé entrever más interés del necesario o, ya puestos, de lo que la prudencia aconsejaba por el encuentro entre Pollock y Slader. Aun así, la incómoda disculpa de Meghan por no haber sabido reconocer lo que había supuesto en mi vida la muerte de Adam me servía como una buena excusa para mi curiosidad exacerbada por la llamada. Mi vivo interés por todo lo concerniente a Slader podía atribuirse sin problema a mi deseo de que se le hiciera justicia a Adam; eso al menos creo que pensó mi mujer, y mejor que fuera así, porque, en realidad, cada vez que pensaba en Slader me corroía por dentro una inquietud desesperada y penetrante.

—¿Y ahora qué? —pregunté haciéndome a la idea de que tenía que ir dejando el tema si no quería que pensara que estaba obsesionándome, como con las luces de seguridad y el sistema de alarma..., por mucho que en realidad fuera justamente eso, una obsesión—. ¿Te ha dicho qué va a pasar ahora?

—La verdad es que no, solo que su intención es seguir trabajando en el asunto.

—¿Y te ha dado esperanzas de que vayan a coger a alguien? Parece muy dedicado al caso.

Meghan se echó el pelo hacia atrás con ambas manos y frunció el ceño con una mirada en los ojos que era de todo menos esperanzada.

—Me repitió que habría dado lo que fuera por volver atrás y llegar a la casa a tiempo de dar órdenes a los primeros patrulleros en acceder al lugar de los hechos y contaminarlo. Según me contó, uno era un novato y el otro era interino. Y, aunque en las películas y en las series parece que la ciencia forense obra milagros, depende en gran medida de que las pruebas estén intactas.

La culpa no favorece al culpable. Eso pensé al escuchar el último fragmento de la narración de Meghan sobre su llamada trasatlántica. Tras superar la extrañeza inicial al saber que habían sacado a mi némesis de la madriguera desde dondequiera que hubiese estado operando —¿seguía haciendo falsificaciones?—, me sorprendí mirando el lado positivo del asunto o, más bien, regodeándome en el extraño resplandor de algo en lo que no había caído al principio: si las fuerzas del orden habían llegado a una vía muerta hasta el punto de que no tenían nada mejor que hacer que volver a interrogar a Slader, quien no era culpable de otra cosa que de fraude, extorsión, avaricia y a saber qué más fechorías pedestres, eso significaba que no tenían un caso viable contra nadie. Y, más en concreto, contra mí.

Por un momento, tan fugaz como inquietante, comprendí que, sin saber cómo, había conseguido ser mi mejor falsificación. De no haber sido por el amor verdadero que sentía por Meghan y el amor expectante que siente un futuro padre por su hijo nonato, un amor que, para bien o para mal, te liga a cierta moralidad —palabra tan sospechosa como «permanente» y «real»—, habría estado dispuesto a asumir mi lugar en el panteón de los falsificadores, la mayoría de los cuales fueron ejemplos excelsos de vidas que imitaban el arte. Pero aún no había llegado a ese punto. Todavía quedaba un experto suelto que podía intentar acusarme de no ser lo que parecía, una especie de fajo de cartas de Sherlock Holmes magníficamente falsificadas. Mientras le decía a Meghan lo mucho que me alegraba de que Pollock siguiera trabajando en el caso, lo que más me preocupó de sus esfuerzos desesperados y me irritó por dentro fue que quizá hubieran despertado a una bestia a la que era mejor no molestar.

Puede que a mi padre lo admirara, pero a mi madre la adoraba. El legado de mi progenitor como coleccionista fue clave para mis conocimientos sobre primeras ediciones literarias y nunca podré expresar con palabras la deuda que tengo con él por todo lo relacionado con Arthur Conan Doyle y, en general, con los libros raros. Fue mi madre, sin embargo —de quien teníamos varias acuarelas colgadas en nuestra casa de Kenmare, unos hermosos paisajes que a Meghan le recordaban los del hermano de W. B. Yeats, Jack—, quien tuvo una influencia primordial en lo que a mis proezas caligráficas se refiere.

Los libros ilustrados de nanas y cuentos que habíamos empezado a coleccionar para prepararle una pequeña biblioteca a nuestro hijo me los había leído mi madre en mi infancia, cuando me sentaba en su regazo y me quedaba maravillado por los coloridos dibujos de príncipes y princesas, de liebres escurridizas y conejos de peluche, monstruos y animales parlantes, y toda suerte de personajes de fantasía. Cuando los maestros de primaria me insistían en que escribiera con la mano derecha, fue mi madre quien intervino para defenderme y llamó al director para exigirle que me dejaran seguir mis instintos naturales como zurdo. Mi madre, adalid del inconformismo y también zurda, ganó la partida y desde ese día fui el zurdo que la genética exigía, un desafío menor para mi trabajo posterior como falsificador, pero que, naturalmente, superé con éxito. Siendo un niño precoz de seis o siete años, era mi madre quien me llevaba a galerías como la Frick, la Morgan o el Metropolitan y me enseñaba no solo a los maestros de la pintura antigua o los frescos romanos, sino también los impresionantes dibujos con los que William Blake rodeaba sus poemas y cuyo significado intentaba explicarme pacientemente. Fue también mi maravillosa madre quien, al percibir mi interés juvenil por la caligrafía, se aseguró de que viera magistrales pergaminos japoneses de tal dinastía o tal otra en la Sociedad Asiática, así como una gran exposición de manuscritos medievales iluminados de la Biblioteca Pública de Nueva York. Y fue mi madre quien me puso a pintar, con tintas y pinturas, pinceles y plumas, y me enseñó cómo abordar la gloriosa tabla rasa de la hoja en blanco; la que me enseñó la manera de copiar caracteres y palabras escritas sobre papel de calco y, más tarde, una vez que desplegó todas las redes necesarias para interceptar mis caídas figuradas, cómo ver la línea terminada incluso antes de dibujarla sobre un bonito folio manufacturado.

Mi madre se encargó de despejar todo obstáculo en mi camino para que dominara desde muy temprano el arte de la caligrafía. Cualquier retrato real del artista como

joven falsificador habría de incluirla a ella como maestra, apuntadora y figura de consuelo, con la evidente salvedad de que ni en un millón de años ella habría querido que yo fuera lo que terminé siendo. Era mentora, no profeta. Como madre, le dio a su hijo herramientas con las que construir catedrales laicas y no elegantes excusados, que es con lo que habría comparado el oficio del falsificador. Nunca fue ni su deseo ni su falta que yo prefiriera los excusados, por seguir con la analogía.

Recuerdo las primeras lecciones que me dio y cómo me alentaba a practicar la caligrafía dibujando letras en cursiva cancelleresca, los dos sentados a la mesa de la cocina de nuestra granja del norte del estado. Como siempre, empecé calentando con ejercicios de garabatos, dibujando curvas en ese paralelas que semejaban olas abstractas, o gruesas rectas verticales que parecían una cerca de bambú o —y tal vez fuese eso lo que más la impresionaba— formando un círculo concéntrico perfecto tras otro. Pero los garabatos no eran cursiva cancelleresca, como el clásico monigote de palotes no es un desnudo a pastel de Da Vinci. Al principio me resultaba todo extraño y frustrante, pero me gustaba estar con ella —he de admitir que en la escuela era un alumno más bien asocial, que tendía a pasar las clases enfurruñado o a meterme en altercados físicos que acababan en expulsiones— y por eso perseveré. Cada vez que el director me prohibía la entrada a las clases durante días o semanas después de enredarme en una pelea de puños, prefería con mucho las clases particulares que recibía en casa que cualquiera de las enseñanzas que impartían en el sistema escolar oficial. Aunque jamás lo admití, ni ante las autoridades, ni ante mis padres ni, en su momento, ante mí mismo, si me motivaba meterme en problemas no era tanto por plantarle cara a un abusón o darle su merecido a algún niño que me había dado una paliza como porque suponía una oportunidad de pasar más tiempo con mi madre.

Debía de tener unos doce años cuando mi técnica y mi destreza superaron la suya. Era capaz de remedar casi todos los estilos de escritura que se representaban en sus manuales de caligrafía y sus libros de historia —bueno, aunque había garabatos antediluvianos, como la primerísima Magna Carta, escrita con tinta ferrogálica sobre pergamino, que ni siquiera me molesté en intentar—, copiando palabra por palabra lo que aparecía en la página y firmando con mi nombre en todo tipo de letras. Y ella, en lugar de intentar competir conmigo, siguió alentándome.

Cuando le diagnosticaron el cáncer de tiroides, puso al mal tiempo buena cara y siguió trabajando conmigo todo el tiempo que le permitió su físico. Agotados los ejemplos de escritura para que yo los copiase, recurrimos a la colección de mi padre en busca de inspiración. Visto ahora, debía de ser muy consciente de que él no lo habría aprobado, pero aun así prosiguió con los ejercicios. Nunca le contamos que no tardé en destacar en la confección de respetables copias de algunas de las cartas y manuscritos de Conan Doyle que poseía. ¿Le preocupaban las posibles implicaciones éticas que podían tener las por entonces inocentes actividades? No tengo ni idea, pero lo dudo; al fin y al cabo, no estaba produciendo falsificaciones, porque no intentaba

reproducir el papel, ni tan siquiera el color exacto de la tinta que utilizaba el maestro, ni tampoco se nos pasó por la cabeza, ni por un momento, defraudar a nadie ofreciéndolos como originales para su venta. No, lo único que me interesaba era el tamaño, la forma y la figura de las palabras; era pura obsesión en realidad. Y mi madre estaba orgullosa de mí. Si, por ejemplo, terminaba de copiar una afectuosa epístola personal a uno de sus amigos, parte de mi alma se fundía con la de Doyle, o eso imaginaba yo en mi bisona ingenuidad.

Cuando mi querida madre murió a los treinta y seis años —siete menos de los que tengo yo ahora—, la reacción de mi padre fue, al menos para mi mente adolescente, inconcebible a la par que aterradora. En lugar de penarla, como hice yo, de llorar o siquiera aparentar añorarla, siguió adelante con la abogacía y, por lo que recuerdo, se dedicó a comprar más libros caros que nunca. Mi admiración no mermó un ápice. Él era todo lo que tenía. Pero aun así me confundió. Viéndolo ahora con perspectiva, se me hace evidente que sufrió enormemente. No tenía relación estrecha ni con su hermano, ingeniero civil, ni con su hermana, una mujer de su casa, tal y como llamaban a las que trabajaban lo indecible para que sus hogares y sus familias funcionasen. De hecho, una vez que asistieron al entierro para quedar bien, cada uno regresó a su casa, a California y Wisconsin respectivamente, y, aparte de las llamadas por Acción de Gracias y los crismas, no había más contacto entre nuestras familias. De hecho, mi tío no volvió a hablarme después de saber de mi arresto y mi condena como falsificador. Fue un hombre que nunca me interesó; vivía de su autoestima voluminosa, pero no tenía ni una décima parte del brío, el talento, el instinto o el éxito de mi padre. Y por lo que a mi tía respecta, llevo años sin saber nada de ella y no tengo ni idea de si algún miembro de su tediosa prole sigue morando en el mismo planeta que yo.

Pese a su comportamiento desafectado, lo cierto es que mi padre envejeció muy rápidamente tras la muerte de mi madre. No existían los suficientes juicios por ganar ni rarezas bibliográficas por comprar que pudieran rellenar el vacío abismal que había dejado tras de sí Nicole. A pesar de todo, en el ínterin, antes de ir a la universidad —mi *alma mater* es Yale—, sí que me tendía en ocasiones una mano de la mejor forma que sabía, a través del mundo de los libros que compartíamos. Aunque seguía siendo un rufián patético en la escuela y estaba obsesionado con desarrollar mis destrezas caligráficas cuando me encontraba en casa, leía un libro tras otro: novelas, historia, poesía, teatro, biografías. Todos los tomos permitidos de la biblioteca de mi padre, así como muchos otros prohibidos; los devoraba como un hambriento que solo vive para su próxima comida. La última página y el último párrafo de un libro llevaban, a menudo con la misma sucesión de gestos y minutos, al primer párrafo y página del siguiente. Y no mezclaba una narración con otra. No tenía memoria eidética, pero lo retenía todo como un matamoscas. Me esforcé por no dejar que los demás vieran ese lado de mí, sobre todo en mi juventud, puesto que, por misterioso que parezca, los niños tienen claro que leer mucho y recordar demasiado bien suelen llevar al

cataclismo social, sobre todo si además prefieres la compañía de tu madre. En cualquier caso, nunca tuve mucho éxito en lo social. Eso sí, esas habilidades me ayudaron a pasar volando la facultad y me favorecieron en mis primeros esfuerzos como ojeador de libros fiable y como falsificador incipiente.

Cuando mi padre me tendía una mano, yo se la cogía. Le encantaba sacar de la estantería uno de sus libros preciados y enseñarme qué lo distinguía de los demás, lo que lo hacía único. La edición en tres volúmenes de *Tess, la de los D'Urbervilles* de Hardy, su *Emma* en la edición en cartón original, su *Tom Jones* de seis tomos en cuero moteado de la época..., todos en un estado excepcional y, como a él le gustaba decir, «tan frescos como el primer día». Lo conmovía especialmente el libro que tenía el mismo aspecto que el día de su publicación décadas o siglos atrás, idéntico a como lo tuvo entre sus manos el autor por primera vez. Poseer un ejemplar intacto era compartir la vivencia del escritor, existir virtualmente en otra era, a modo de viajero en el tiempo, y unirse en comunión con el resto de propietarios que a lo largo de los años lo habían protegido de las perversiones del tiempo. Esa era para él la virtud del estado de conservación. Tampoco su amor por los ejemplares firmados y dedicados se sustentaba en el fetichismo ordinario o el puro valor de inversión mercantil, por mucho que fuera tanto un buen inversor como sin duda una suerte de fetichista: de nuevo lo importante era la cercanía con el autor. Que la mano de carne y hueso del escritor hubiera tocado aquella portada o ese folio conferían una importancia inconmensurable a todo el objeto; lo hacía inconfundible y excepcional, sí, pero también, y puede que eso sea lo más importante, personal e incluso íntimo. El ADN autorial, las frases escritas a mano y las tiernas dedicatorias elevaban incluso las obras más corrientes a un escalafón superior de valor, no solo monetario, sino, si se me permite, espiritual.

Algunos de nuestros mejores momentos padre-hijo nada tienen que ver con ligas de béisbol infantil o acampadas en los montes Adirondacks; sucedían cuando recibía algún paquete especial procedente de Londres, París o Edimburgo. Quitaba lentamente el envoltorio, con una mirada tanto de excitación infantil como de satisfacción madura, y luego, tras inspeccionar la rareza con sumo cuidado, me la tendía. Era un pequeño ritual que ambos disfrutábamos, así como un acto de tremenda confianza paterna; yo era bien consciente y honraba esa confianza examinándolo con el interés compartido y profundo del discípulo que aprende del maestro, antes de devolvérselo a su nuevo dueño.

—Coleccionar libros es un acto de fe —me dijo en una lección memorable, aunque en el momento no llegué a entender su teoría—. Todo se basa en la conservación de la cultura, en su custodia, y por eso mismo, cuando añado un libro a la colección, estoy asumiendo la responsabilidad de mantenerlo a salvo. Luego está también la alegría de la caza, del esfuerzo por encontrar un ejemplar de un libro que me ayudó a ser quien soy. Pero no uno cualquiera, sino EL ejemplar, el de mayor interés histórico y más cuidado que pueda encontrar. Pero lo más importante de todo

es algo que nunca he sido capaz de expresar con palabras. Hay un verso en *La tierra baldía* de T. S. Eliot... ¿Lo has leído ya?

Sacudí la cabeza, lamentando no haberlo hecho porque sabía que era un momento importante para ambos, que recordaría el resto de mi vida.

—Bueno, ya lo leeremos juntos. Hay un verso cerca del final que dice así: «Estos fragmentos he orillado contra mi ruina»^[5]. Los libros me hacen sentir vivo, y aunque está claro que nadie vive eternamente, nos hacen creer lo contrario. ¿Las paredes de libros en este cuarto? Se interponen entre nosotros y lo desconocido. Y por esa razón aquí me siento más seguro, más feliz y vivo que en ninguna otra parte. Supongo que es así con cualquier tipo de colección. Camiones de hojalata, ositos de peluche, teteras... Cosas que hicieron nuestros ancestros. Los apuntalamos contra nuestras ruinas y nos dan alivio y alegría a los pobres mortales, como a otros la religión. Creo que podría decir, hijo mío, que los libros son mi religión. No solo las Escrituras, sino la religión en sí.

—¿Qué hace que un libro sea raro, papá?

—Que no lo haya visto nunca —dijo primero en tono serio, para luego dedicarme una de sus sonrisas cálidas y singulares.

Yo tenía dieciséis años y mi madre acababa de fallecer cuando adquirió lo que resultaría ser un gran triunfo para él y una gran tentación para mí. Y no era ni un libro ni un manuscrito, sino una pluma del mismísimo Conan Doyle que habían subastado en Londres. Su procedencia era incontestable; era una auténtica belleza. La pluma, anterior a las Parker Duofold que Doyle puso de moda en los primeros años veinte, se convirtió inmediatamente en uno de los objetos favoritos de mi padre entre los miles de su colección. Como solía hacer con muchas de sus compras, abrió el paquete en mi presencia y me agasajó con los detalles sobre por qué era tan especial. Pero, al contrario que con otros muchos artículos que salían de cajas cuidadosamente envueltas, no la confió a mis manos.

—Se mira, pero no se toca. —Recuerdo perfectamente sus palabras y su tono de voz admonitorio.

No lo entendí y sentí que me daba de lado. No era, ni de lejos, la pieza más cara que había comprado.

—¿Por qué? Creía que confiabas en mí.

—Y confío, pero los libros, las cartas, los manuscritos y ese tipo de cosas los entendemos. Esto es distinto, como un valioso objeto de una excavación en Mesopotamia, pongamos por caso, cuyo destino es un museo. No entendemos sus fragilidades y no quiero que nos arriesguemos. ¿Está claro?

—No la tocaré, te lo prometo —mentí y le sonreí mientras reparaba en las patas de gallo a ambos lados de sus ojos, que se doblaban como abanicos de cortesana al tiempo que giraba a un lado y a otro la bella pluma entre sus grandes manos.

Son muchos los momentos, horribles algunos, otros buenos, que viví con mi padre después de quedarnos solos, pero aquel en particular lo considero una

encrucijada en el camino. Nunca me gustó mentirle a mi madre porque la quería con todo mi corazón y el engaño, cualquier tipo de falsedad, no solo me parecía mal, sino gratuito. A mi padre, en cambio, lo veneraba casi hasta el punto del miedo, al menos en mi infancia y en mi primera juventud. Mentir suponía, por tanto, la promesa de duras consecuencias. Cada vez que me expulsaban del colegio y yo intentaba culpar al otro de haber causado la pelea, no atendía a razones. Para él la inviolabilidad de la verdad, de lo auténtico —tanto en su trabajo como en su afición como coleccionista—, era fundamental. En su práctica legal, nadaba a diario por los ríos contaminados de prevaricadores, embaucadores, perjuros y grandes mentirosos.

—No quiero volver a casa y encontrarme la misma sordidez —me advirtió.

Fue una advertencia que acaté en gran medida..., hasta que llegó la pluma desde Inglaterra. La idea de copiar o incluso componer una carta escrita por Arthur Conan Doyle utilizando uno de sus utensilios de escritura era demasiado tentadora, provocadora e incluso lujuriosa, si se me apura, para poder resistirme. La indiscreción del acto solo servía para hacerlo más deseable.

Como si hubiera nacido para esa tarea, planeé mi traición bastante inocente con lo que en retrospectiva podría verse como una estocada de..., bueno, genialidad es mucho decir, digamos, mejor, ingenuidad presuntuosa. Conociendo como conocía de memoria el archivo de autógrafos de mi padre, recordé que había una página de cortesía al final de un manuscrito de mediados de los noventa en la que Conan Doyle solo había escrito un número. Al parecer había acabado el borrador una página antes de lo previsto, pero no llegó a arrancar esa última hoja casi en blanco. Era ideal para mis propósitos. No solo no tendría que mutilar una creación original del autor, sino que, con la pluma del maestro y un trozo de papel que él mismo había tocado —un lienzo de la época, por así decirlo—, podría estar más cerca de ser Conan Doyle que nadie.

Casualmente aquejado de un resfriado el mismo día que mi padre tenía que ir al juzgado, me quedé solo en el piso un buen puñado de horas. Saqué la hoja en blanco del elegante estuche de cuero que albergaba el manuscrito —por suerte no estaba unido por ningún alfiler ni clip— y lo puse ante mí sobre la mesa de mi madre, donde tantas horas habíamos pasado codo con codo en días más felices. Con gran meticulosidad rellené la estilográfica del maestro con sepia Waterman y, en un papel de carta nuevo, empecé el calentamiento con mis garabatos antes de firmar «A. Conan Doyle» varias docenas de veces. La escritura salió fluida y confiada. Sentí nacer en mi pecho un tipo de emoción que nunca había experimentado, con el pulso acelerándose como un metrónomo enloquecido.

La próxima cuestión era la siguiente: si yo fuera Arthur Conan Doyle, no valdría con limitarme a copiar algo que él ya había escrito. No, necesitaba canalizar su voz, su ideación, su espíritu. Como espiritista ocasional que era, él habría sabido admirar el concepto, me decía para mis adentros. Decidí escribir una breve carta en su nombre. Sabía que debía ser sencilla, porque no contaba con la experiencia necesaria

para intentar un texto más complejo y no tenía posibilidad alguna de triunfar. ¿Y qué entendía yo por triunfo? Dudo que por entonces me lo explicara con esas palabras, pero en esencia la respuesta era la plausibilidad: una autenticidad tan factible que el documento pudiera convencer incluso a un experto tan ducho, desconfiado y con vista rapaz como mi padre de nariz aguileña.

Después de haberme despojado de tantas posesiones, sigo conservando la estilográfica, así como aquella mi primera falsificación, y he de confesar que estoy tan orgulloso de ella como lo estaba en aquel día nevoso de mi adolescencia en Manhattan. Feché la carta en 1897, año que escogí tras una deliberación cautelosa. Remitida al único hermano del autor, Innes, en ella le ruega que le disculpe por no poder ir a cenar con él: una banalidad como telón de fondo para mi añadido, o mejora, más intrigante a la vida del autor. La razón por la que no podía cenar con Innes esa noche no era que hubiese hecho otros planes o caído enfermo, sino que acababa de conocer a una mujer que no era su esposa y se hallaba en un estado de turbación tal que le resultaba imposible dejarse ver en público. Se llamaba Jean Leckie, aunque en mi carta Doyle se cuida de decirle a su hermano tan solo su nombre de pila. Su belleza era indescriptible. Joven, vital y, por supuesto, deseable hasta el absurdo. Aunque le parecía aborrecible, le confesaba a Innes que en el caso de que su mujer, Louise, «se deshiciera de los ásperos lazos de la Tierra» —ahí mi único anacronismo, que habría sido fatal si hubiera intentado vender mi falsificación, pues era, para mi desgracia, un verso escrito en 1941 por un tal John Gillespie Magee Jr.—, tenía intención de pedir en matrimonio a Jean.

La biblioteca de nuestro piso contenía un buen número de biografías del inventor de Sherlock Holmes —de hecho también poseíamos muchos libros que no eran material de coleccionista, como libros de bolsillo con marcas de lectura y libros de referencia subrayados, pero a los que queríamos igualmente— y fui muy cuidadoso en mi investigación para que los hechos cuadraran y evitar así mancillar la carta con algún error histórico. Y, salvo por aquel talón de Aquiles, aquella excepción —la inclusión de ese bonito verso de altos vuelos que me habría delatado sin falta ante cualquier erudito que estudiara la carta en busca de errores más allá del ámbito de la vida personal de Conan Doyle—, lo logré. Tras hacer un borrador en un papel moderno sin valor alguno, lo repetí una docena de veces antes de posar el plumín —antes suyo y entonces mío— sobre la hoja antigua, con la trama y la urdimbre de sus líneas cantando como cuerdas de lira bajo el flujo de palabras. Después de considerar qué hacer con el número que aparecía en la página, la única marca del documento que era realmente de puño y letra de Conan Doyle, decidí rasgar la hoja un centímetro y medio por arriba con una navaja y recortarla con suma cautela, cuidándome de dejar unas ligeras barbas. A continuación restregué el borde de la página contra la alfombra del estudio de mi padre, para envejecerlo con un poco de suciedad y de paso desgastarlo. ¿El recorte con el número? Lo tiré por el váter, así como mis borradores

de prácticas, que desgarré diligentemente en trocitos tamaño sello. ¿Qué otra cosa podía hacer con aquella prueba incriminatoria?

Con el corazón a cien por hora, contemplé mi pequeña obra maestra bajo todas las luces que me ofrecía el piso —natural, fluorescente, de bombilla de filamento— y a mi ojo bisoño le pareció sorprendentemente buena. «Ahí está —pensé—. Tampoco era tan difícil, ¿no?». Vacíé y limpié la pluma antes de devolverla al bonito estuche de cuero que la contenía, una caja a medida revestida de lujosa seda púrpura, tan regia que bien podría haberse utilizado para las enaguas de la reina Victoria, tan fastuosa y elegante era la tela. Con todo el cuidado del mundo, la devolví al cajón donde mi padre la guardaba bajo llave y luego restituí la llave maestra a su escondite habitual (que quizá otros desconocieran, pero no así su observador hijo).

Después de eso necesité un lugar donde esconder la falsificación, pues eso era, me recordaba con orgullo. Quitarla de la vista, pensé, tras buscar un sitio en mi cuarto y que ninguno me pareciera lo suficientemente seguro. De vuelta a la biblioteca de mi padre, lo metí en el segundo volumen infolio del diccionario de Samuel Johnson. Nadie, ni mi padre, se molestaría en mirar allí. Y pensé que, si no era así, estarían encantados de descubrir una carta perdida de Arthur Conan Doyle; quién sabía si el propio Doyle o su malogrado hermano Innes habrían sido los dueños de aquel tomo (al fin y al cabo, era el mejor diccionario escrito por un único individuo y del *Oxford English Dictionary*, una obra de todo un comité, no se había completado en 1897 ni la mitad).

Fuera, la nevada fue menguando hasta reducirse a unos cuantos copos que, a modo de confeti, flotaban hasta el pavimento antes de detenerse por completo. Un brillante sol de invierno que hacía centellear el granito y los ladrillos del edificio de enfrente se abría paso entre las nubes en una suerte de celebración celestial. Y no me invento nada.

Si bien ya era plenamente consciente de que mi visión del supuesto Slader no era más que un delirio paranoide —aunque lo suficientemente real para ponerme nervioso y lo suficientemente imaginario para desestabilizarme—, que la policía lo convocara para otra ronda de preguntas me enojó de veras. Mi felicidad y, por mucho que odiase reconocerlo, mi seguridad estaban entrelazadas con las suyas. Sí, en otros tiempos me habría alegrado ver a Henry Slader incomodado, mareado, zarandeado de todas las maneras posibles, pero ya no. Si no molestaba al perro, seguramente el perro no me molestaría a mí. De ahí que pensara: «¿Por qué él? ¿Por qué se molesta Pollock con Slader, sin tener, que yo sepa, nada parecido a una prueba consistente?».

¿Qué le habían preguntado a Slader? ¿Qué había dicho? ¿Había salido a colación mi nombre? En caso afirmativo, ¿en qué contexto? Y sobre todo, ¿apuntaban sus miras más allá de Slader, hacia mí? Supuse que no debía de haberme incriminado porque, de lo contrario, ¿no estaría el detective de Montauk o algún homólogo irlandés llamando a la puerta de mi casa para hacerme también preguntas? Ya había pasado por un par de interrogatorios largos y, cuando menos, desagradables. Y aunque no había estudiado jurisprudencia, no podía por menos que pensar que debía de existir algo parecido a una prescripción en lo que a interrogar a gente se refería, sobre todo a quienes hacía tiempo que habían sido descartados de la lista de sospechosos, sin que hubieran aparecido nuevas pruebas incriminatorias. Pero ni esas preguntas ni las posibles respuestas tranquilizadoras me dejaban dormir por las noches. En resumidas cuentas, si habían citado de nuevo a Slader, podían hacer lo mismo conmigo.

Meghan se dio cuenta antes que yo.

—Los ojos. ¿Te has mirado últimamente al espejo? Los tienes fatal.

—Gracias.

—No, no te lo tomes a mal —prosiguió con una sonrisa amable—. Me preocupa que tengas esa cara de angustia. Ya habrá tiempo de sobra para las ojeras cuando tengamos a un recién nacido en casa.

Íbamos en el coche camino de Kinsale para darnos uno de nuestros caprichos sibaritas, comer en nuestro restaurante favorito de la ciudad, a sabiendas de que esas escapadas que se remontaban a los primeros tiempos de nuestra relación en Nueva York, cuando nos aventurábamos en el metro hacia distritos del extrarradio en busca de unas alitas de pato ahumadas al heno o un pulpo coreano churruscado, pronto

serían un recuerdo placentero. A los bebés ni les gustan ni necesitan alitas de pato ahumadas al heno.

—¿Preocupado yo? ¿Por qué?

Nunca se me dio bien fingir de improviso, pero Meghan no podía ni imaginarse lo que me tenía con un nudo en el estómago y tampoco, por tanto, olerse nada.

—Por ser padre, qué va a ser.

Cuando Meghan dijo esas palabras, con el coche volando por una carreterilla que bordeaba el mar, a trescientos metros por debajo, me quedé sin aliento. No sé si fue la preocupación de su voz o la franca sencillez de la afirmación en sí, pero el caso es que el futuro se me reveló con una claridad desconocida para mí desde que había llegado a Irlanda. La dura idea de la paternidad y su concreción material no me habían calado tan hondo hasta ese momento. Ahí estaba yo, en aquel viejo BMW que habíamos comprado de segunda mano, conduciendo en mi nuevo lado de la carretera, por la izquierda en lugar de por la derecha, símbolo de una manera totalmente nueva de transitar la vida. Tenía a mi lado a mi esposa, una mujer encantadora y sensible que, por razones que a veces escapaban a toda razón, se había enamorado y casado conmigo. Debía dejar atrás para siempre todos los muertos y los vivos que me había esforzado en sortear. Cogí ese pensamiento sabio y lo plegué mentalmente en un origami invisible con forma de libro sagrado, un libro que sería una consigna de vida.

La libertad que sentí el resto del día me revolucionó por dentro. No cabía duda de que terminaría siendo uno de esos momentos fugaces en los que te parece que la vida no es más que un sueño. Pero me sentía como si tuviera un acceso de fiebre. Sentado frente a Meghan, en el interior del restaurante, pues el tiempo amenazaba lluvia y las nubes moradas y verde grisáceo echaban carreras por el cielo, sentí que nunca había estado más enamorado que en ese momento, ni más en paz en años.

—A mi madre le habrías encantado —comenté.

—No es la primera vez que me lo dices —contestó—. Ojalá la hubiera conocido.

—Era tan pequeño cuando murió que nunca llegamos a tener ninguna charla de madre a hijo sobre la clase de chica con la que le habría gustado que me casase. Pero si tuviera que imaginarme la conversación, yo diría que cumplirías todas las expectativas que tenía para mí.

Regresamos a casa bajo una lluvia racheada, pero ni con el cielo de un azul cerúleo perfecto me habría parecido más bello. Esa noche dormí como un lirón. Y tras mi pequeña epifanía, la vida se desarrolló con una tranquilidad insólita durante unas cuantas semanas. Me gustaría creer que se instaló en mí cierta madurez, como la que mi madre lucía con tanto gracejo, así como mi padre la mayoría de las veces. Y Meghan, que para entonces empezaba a dar las primeras muestras, con un resplandor limpio, igualita a una pintura de Dante Gabriel Rossetti.

La carta certificada que recibí justo antes de Acción de Gracias me dejó intranquilo, y con razón. Era evidente que el correo y yo no volveríamos a ser compañeros fáciles en el futuro, a mí, que de pequeño me encantaba que llegara el

cartero, quien muy a menudo era portador de libros raros. Firmé en la oficina para retirarla, pese a estar dirigida a Meghan, no a mí. Al inspeccionar el remite, me fijé en que no era de ninguno de mis viejos demonios, sino de la antigua librería de mi mujer en el East Village. Esperaba que no hubieran quebrado, pues Meghan seguía teniendo un tercio del negocio. Cuando abrió el sobre aquella noche antes de cenar, descubrimos que había sucedido justo lo contrario.

—Parece que quieren hacerme una oferta por mi parte de la librería —me contó mientras releía la carta para asegurarse de que lo había entendido bien.

—¿Y a ti qué te parece? —le pregunté, aunque creía saber la respuesta.

—Que llega en el momento perfecto, con el embarazo y todo eso —dijo con una nostalgia casi imperceptible—. ¿Para qué aferrarme al pasado si nuestra vida está aquí, siempre que podamos mantenernos? ¿No te parece?

Me tendió la carta para que la leyera. La oferta era justa, así como las condiciones. Por lo demás, Meghan se había quedado como copropietaria para aligerar la carga de la inversión inicial de los trabajadores. Las librerías eran, son y siempre serán, cuando menos, empresas arriesgadas y quijotescas —es más fácil criar un leopardo de las nieves en tu salón que mantener a flote una librería independiente —, y la llenaba de orgullo que su antigua cuadrilla hubiera sabido conducirla con éxito, hasta el punto de lograr reunir el dinero para comprarle su parte.

—Me gustaría hacerlo en persona, firmar los papeles allí mismo, en nuestra querida Nueva York —dijo mientras improvisábamos codo con codo en la cocina una cena de mitad de semana a base de un batiburrillo de sobras—. Mientras todavía pueda volar y me mueva con facilidad. Además, podríamos pasar un último Acción de Gracias allí, antes de que seamos tres.

En cuanto lo dispusimos todo para ausentarnos de nuestros trabajos y que el casero le echara un ojo a la casa durante nuestra semana de ausencia, fuimos al aeropuerto de Shannon en coche y cogimos un avión rumbo al JFK. Si bien había visto cientos de veces el imponente perfil de Manhattan, aquel paisaje urbano y gris, lleno de ángulos y picos, en los minutos que pasé mirando por la ventanilla del taxi conforme nos acercábamos al túnel de Midtown, fue la primera vez que se me antojó un cementerio inerte. Meghan parecía muy emocionada con la visita, por mucho que lleváramos fuera poco más de medio año. Yo tuve que falsear la emoción.

Esa misma noche fuimos con los trabajadores y futuros propietarios de la librería a cenar a un italiano cerca de Union Square y, conforme fluyó el vino y aparecieron las fuentes con las raciones de calamares a la romana y de calabacines rebozados, también yo me animé. Durante unas horas estupendas, borré de mi mente el miedo infernal que había experimentado al aterrizar. No era consciente del manto de seguridad en que se había convertido para mí nuestro recluso rincón del condado de Kerry. Allí, incluso rodeado de los adorables y encantadores «chicos» de Meghan, como ella insistía en llamarlos con cariño aunque un par de ellos tenían su misma edad, me sentía expuesto, vulnerable, desnudo incluso. Y aún empeoraba las cosas

tener que ocultarle mis temores a mi mujer; de haberme preguntado, no habría podido justificarle con fundamento mi aprensión.

Con ganas de tirar la casa por la ventana, sobre todo gracias al dinero inesperado que arrojaría la venta de las acciones de la librería, nos quedamos en un hotel mejor de lo esperado, con vistas a mi antiguo barrio, Gramercy Park. El martes antes de Acción de Gracias iríamos a firmar el contrato y le extenderían el cheque a Meghan, todo ello en el despacho de un abogado cerca de Battery Park. Después, cuando nos quedamos sin asuntos que atender, fuimos de visita una última vez a su librería —«mi pequeña, ya hecha una mujer», en sus propias palabras—, antes de convertirnos abiertamente en turistas. En todos los años que habíamos vivido en la ciudad, nunca habíamos visitado la Estatua de la Libertad o el mirador en la terraza del Empire State. Cenamos en La Grenouille y fuimos al zoológico de Central Park. Sí, iba escrutando las caras de la gente; incluso en el barco de la antigua Circle Line que circunnavegaba la isla de Manhattan por el Hudson y subía por los ríos East y Harlem, me pasé el viaje mirando de reojo a los pasajeros, por si se delataban Slader, Pollock o cualquiera que me estuviera mirando sospechosamente. Pero mi vigilancia de gigante de cien ojos no arrojó ningún fruto y al menos el día de Acción de Gracias, que pasaríamos en Providence porque Atticus y su familia nos habían invitado, prometía el lujo del anonimato.

Durante la cena de Acción de Gracias, mi amigo y colega de tantos años me dio un pequeño susto cuando me preguntó si podía tener unas palabras en privado conmigo mientras despejábamos la mesa y preparábamos el café para acompañar las tartas de calabaza y de frutos secos. Lo seguí hasta su estudio al fondo de la laberíntica casa victoriana donde vivía con su mujer y sus dos hijas adolescentes, sobre una colina cercana a la Universidad de Brown, asustado como un ciervo ante los faros de un coche por la posibilidad de que le hubieran devuelto alguna de mis falsificaciones, de que me interrogase. ¿Era posible que le hubieran salido más canas desde la última vez que nos habíamos visto?

—Siento mucho ponerte a trabajar en el día de los peregrinos —dijo sacando una hoja del cajón superior de un escritorio de roble antiguo—, pero no me vendrían mal un par de ojos expertos, los tuyos en concreto, para juzgar esto que me han ofrecido.

—Sin problema —respondí más aliviado de lo que él podía imaginar—. ¿De qué se trata?

—No sé si recordarás el relato «La aventura de la caja de cartón» de Doyle...

No era solo que lo recordase, sino que se daba la circunstancia de que era uno de mis favoritos por ser de una tenebrosidad inenarrable, mucho más lúgubre que la mayoría de aventuras de Holmes. Desde la perspectiva de las costumbres sociales modernas, no era un caso de asesinato tan inusual; un amante rechazado, una mujer adúltera, un alcohólico violento, un homicidio doble, fruto de una venganza, mutilación física, y Holmes en plena forma... Era todo adorable, en mi opinión. El relato se publicó hace poco más de un siglo, en 1893, a ambos lados del Atlántico, en

la *Strand Magazine* y en el *Harper's Weekly*. Sin embargo, su autor —o al menos eso se cree— decidió vetar la que yo consideraba su historia más progresista, violenta tanto en el plano psicológico como en el físico y, sí, más realista, y no incluirla en la edición londinense de la colección que se publicó más tarde ese mismo año, *Las memorias de Sherlock Holmes*. Llegó incluso al punto de excluir toda mención al asunto en su último libro, su autobiografía *Memorias y aventuras*.

—Se ha descubierto un pasaje del borrador de la autobiografía —prosiguió Atticus— que, al parecer, también se suprimió o se descartó. —Levantó la hoja en alto—. Aquí justifica punto por punto por qué ha de omitirse ese relato de las *Memorias*. Y, no te lo pierdas, añade unas perlas sobre su editor estadounidense, Harper, quien, como seguramente sepas, no recibió la circular, en el caso de que hubiera, sobre la supresión..., lo que, según parece, cabreó muchísimo a Doyle. Los estudiosos nunca han sido capaces de documentar con firmeza por qué se acobardó y no quiso publicar el relato. Está claro que a lo largo de los años mucha gente ha propuesto teorías. Pero esto lo cambia todo —me dijo tendiéndome el anodino sobre amarillo.

Conocía bien el relato, tanto la ficción en sí como la historia que la rodeaba. Más que bien. Por supuesto, a mi padre también le había interesado. Si alguna vez le hubieran ofrecido lo que creía que Atticus Moore estaba dándome, sin duda lo habría comprado sin pensárselo dos veces y ya luego se habría parado a considerar las consecuencias, que no eran sino la posibilidad clara de que se tratase de una novatada muy sofisticada.

—Recuerdo que tuvieron que retirar del mercado la primera edición americana —comenté— y reimprimirla con tan solo once relatos, sin incluir «La aventura de la caja de cartón». Mi padre guardaba como oro en paño su ejemplar de aquella primera suprimida.

—Un libro raro donde los haya; no me extraña que lo conservara con tanto celo. He de confesar que fue uno de los primeros que volaron de mis anaqueles cuando te compré la colección de tu padre. Ahora está a buen recaudo en una biblioteca de colecciones especiales. —Viendo el gesto incipiente en mi cara, me advirtió—: No me lo preguntes.

—¿Puedo saber de dónde lo has sacado?

Atticus rio.

—Vaya, sigues queriendo que traicione mis fuentes, y eso que ya no estás en el oficio.

—Es solo por curiosidad.

—Bueno, ¿te acuerdas del ojeador del que te hablé, el tal Henry Slader? ¿El mismo por el que me preguntaste hace un tiempo?

—Sí, claro —dije como si tal cosa.

—Se lo compré a un tipo al que tuve que trabajarme un rato para que me soplara que a él se lo había vendido Slader.

Lo primero que pensé fue que Slader, como cabía esperar, había falsificado aquellas páginas que pasaban por ser notas personales donde Doyle revelaba por fin sus preocupaciones sobre el relato, su ilegitimidad y sus fuertes opiniones sobre el pecado venial y la inmoralidad de primer grado. Pero, después de sentarme a la mesa de Atticus, de preguntarle si le importaba, y empezar a estudiar las palabras de Doyle —hablaba abiertamente de que el relato era inapropiado para algunos lectores, más siniestro de lo que la marca Holmes tenía por costumbre—, me quedé desconcertado, angustiado incluso. Y no tanto porque, de ser auténtico, constituiría el santo grial de todo estudioso interesado en definir las razones del autor para suprimir «La aventura de la caja de cartón» de *Las memorias de Sherlock Holmes*, o porque proporcionaría una prueba escrita convincente de lo que, con los años, muchos críticos se habían visto obligados a teorizar; que simple y llanamente el autor se había acobardado ante el sórdido relato de infidelidad y asesinato que había puesto por escrito. No, lo que más me conmovió fue que la escritura de Doyle era perfecta en cada pierna y cada punto de presión, correcta en todas las subidas y las bajadas del plumín en el papel. Y, por encima de todo, pues era algo más complicado de falsificar, esas frases parecían haber sido pensadas por el autor y solo por él.

—¿Y bien? —me preguntó impaciente Atticus—. Dime, ¿qué te parece?

—¿Cuánto te piden? —Me dijo la cifra, sobre los treinta y pico mil dólares—. Ofrécele veinte, a ver qué pasa.

—Pero todavía no me has dicho qué piensas del documento en sí. ¿Es real?

—Y tanto. Lo estoy sujetando entre las manos.

—Que si es una falsificación, ¡maldita sea!

Por primera vez en mi vida —y digo bien, no hablo de la primera vez en mucho tiempo o en un tiempo—, no tenía una respuesta rotunda y objetiva a la pregunta de mi amigo. Si Slader lo había concebido, sus destrezas como falsificador rayaban en la maestría, o al menos debía admitir que habían llegado a su punto álgido y había dejado atrás los días de obras menores. Si, por el contrario, no lo había hecho él, y nos hallábamos realmente ante un original, Atticus estaba en posesión de una mina de oro. Fuera como fuese, mi conmoción era profunda.

—Si lo es, es la más perfecta e interesante que he visto en mi vida. Y te diré más: si siguiera en activo, me moriría de envidia ante la calidad de esta obra. Es más pura que el agua de un manantial.

Al ver que mi afirmación había dejado frustrado, y con razón, a mi amigo, siendo como éramos colegas desde hacía tanto tiempo y habiéndole dado gato por liebre (frase desafortunada donde las haya) en más de una ocasión, me decanté por la que en mi opinión era la verdad del asunto. O al menos suficientemente verdad.

—En mi opinión, es auténtico —dije—. Felicidades, viejo amigo. Parece que tienes mucho que agradecer en este Acción de Gracias.

Me estrechó la mano, con tan solo un asomo de perplejidad, preocupación o asombro en la mirada, no sabría decir qué, si es que había algo. Sin siquiera dedicarle

un pensamiento, le pregunté entonces:

—¿Te acuerdas de aquel fajo de cartas de Doyle tan curioso sobre *El sabueso de los Baskerville* que me vendiste hace un tiempo?

—¿Cómo olvidarlo? Con ese trato saliste ganando bien. Fue una de las pocas cosas que te quedaste cuando te mudaste a Irlanda.

—Pues he estado pensando —continué— que, ahora que vamos a tener un hijo y viendo que tienes este hallazgo extraordinario, tal vez haya llegado la hora de despedirme de él. ¿Lo quieres por lo mismo que te pagué?

He de admitir que hasta a mí me sorprendió la audacia de aquella idea espontánea. ¿En qué estaba pensando? Sobre todo teniendo en cuenta que existían dos conjuntos de cartas. Pero, razoné rápidamente, el mío era mucho más válido que el de Slader porque mi falsificación era superior. Si él quisiera poner en el mercado el suyo, lo censurarían como falso. Presuntamente copiado de mi supuesto original. Era de una ironía exquisita.

—¿Estás seguro?

—Ya no colecciono. ¿Qué sentido tiene guardarlas? Que las disfrute otro.

—Puedo pagarte un poco más de lo que me pagaste, si te parece bien.

—De ninguna manera. Recuperaré justo lo que te di y asunto zanjado. Te lo mandaré por correo urgente cuando estemos de vuelta en Kenmare.

Nos dimos la mano para sellar el trato y regresamos al comedor, donde nos aguardaban nuestras mujeres y las hijas de Atticus, que se morían de ganas de ir a casa de las familias de sus novios para el postre.

—Vaya coloquio el vuestro —comentó Meghan—. Espero que no sea nada que pueda meteros en problemas...

—A él no —dijimos Atticus y yo a la vez.

—Bueno, no está mal como punto de partida.

Nos sentamos ante el café y las deliciosas tartas caseras y nos tomamos también unas copitas de un coñac muy rico antes de coger el último tren de vuelta a Nueva York.

A nadie sorprenderá que durante el trayecto de regreso por la costa penumbrosa me obsesionara con los documentos que había visto en el estudio de Atticus. Meghan se quedó dormida apoyando el peso de su cabeza en mi hombro, mientras yo cerraba los ojos para visualizar, con toda la memoria que me permitía la mediana edad, el diario de Slader, o más bien, el de Doyle. Era un hallazgo excepcional, si es que era eso, y prometía rellenar una laguna intrigante en la biografía de Conan Doyle. Me parecía admirable, fuera verdadero o falso, real o no.

¿Era justo por mi parte pensar que podía tratarse de una falsificación, aunque de una ejecución sobresaliente, basándome solamente en su procedencia? Probablemente. ¿Me había equivocado al garantizar su autenticidad porque no traicionaba un solo defecto, al menos por lo que había podido ver en el breve tiempo que había tenido para examinarla y, en consecuencia, no me había proporcionado con

qué justificar su falsedad? Probablemente no. Era una cuestión espinosa y me dejaba nadando entre dos aguas, incómodo.

Decir una mentira exige mucho de realidad. La verdad debe rodear el corazón latente de toda mentira si queremos que sea convincente, creíble. Un puñado de mentiras, como un castillo de naipes, nunca se mantendrá en pie. Pero una construcción diseñada con elegancia sobre verdades visibles y subyacentes tiene grandes posibilidades de pasar desapercibida, de superar la prueba del tiempo. Era posible que, al igual que yo en mi época, Henry Slader estuviera encubriendo sus falsificaciones comerciando de entrada con obras legítimas, para ofrecer a sus clientes primero unas y luego las otras, en un juego de prestidigitación a cámara lenta. Una manera sensata de proceder, si bien no la más rentable. Me di cuenta de que tenía que haberle preguntado a Atticus sobre la procedencia, aunque solo fuera para ver si caía en la trampa y me daba información que pudiera utilizar para averiguar dónde había nacido aquel material. Comoquiera que fuese, comprendí que la procedencia era tan moldeable como el documento en sí. Dadme un par de horas y os proporcionaré cartas de autenticidad que fácilmente elevarían lo cuestionable hasta la luz brillante y fuerte de la reputación impecable. La historia es subjetiva. La historia es alterable. Es, en última instancia, poco más que una arcilla moldeable en una habitación muy calurosa.

Había otro asunto que me perturbaba, más allá de mi incapacidad para tener una certeza absoluta sobre los documentos de mi amigo. Tuve que reconocerme —porque nadie más lo comprendería, con la excepción, quizá, de Slader— que me sentía..., cómo decirlo..., marginado. Irrelevante. Allí tenía a mi némesis, enfrascado en activo en un mundo, el de los libros, con el que siempre había sentido gran afinidad, incluso en los días más sombríos, cuando su población me exilió y me aborreció temporalmente. Vivía ahora en los márgenes, como un observador remiso que con el paso del tiempo iba perdiendo destreza, memoria muscular y los miles de pequeños refinamientos que exigía aquel arte. Sí, recordé que era por elección propia, una buena y sana además. La espléndida mujer que dormía sobre mi hombro y en cuyo útero descansaba lo que la sociedad vería como mi logro creativo más significativo era mi estrella, mi guía. Todo movimiento que no pasara por ir con ella a Kenmare habría sido un suicidio. Y deshacerme del archivo Baskerville solo serviría para recalcar mi determinación de salir y mantenerme apartado del negocio, dejando a un lado chiquilladas como sentirme irrelevante; seguir aferrándome a mi última gran falsificación habría sido como un alcohólico que guarda una botella de Dom Perignon en una bodega vacía. Eso sí, me regodeaba ante la idea perversa de devolvérsela a Slader, que ni siquiera tenía por qué enterarse. Se podría decir que en muchos sentidos esa falsificación, atribuida equívocamente a Adam, había contribuido en gran medida a su injusta muerte. Era mejor deshacerme de aquellas páginas malditas, sobre todo teniendo en cuenta que yo sabía que Atticus no corría peligro vendiéndolas.

Para cuando el tren se detuvo en Penn Station y desperté con suavidad a Meghan, me sentía mejor, como si de algún modo hubiera esquivado una bala existencial. Recordé la frase admonitoria tan popular en el mundo de los adictos en recuperación: ten cuidado con las personas, los lugares y las cosas. La velada de Acción de Gracias me había enfrentado a los tres gatillos que podían disparar mi recaída: me sentí agradecido por no haberlos apretado.

Por poco que me apeteciera la idea, no pude evitar la visita a la tumba de Adam. Meghan, que parecía más confiada y llena de vida que nunca, propuso otra excursión.

—No puedo creerme que en todos estos años nunca me hayas llevado a ver la casa de tus padres en Irvington.

—Yo también hace mucho que no voy. Por lo que sé, ha cambiado de manos varias veces y tiene un aspecto muy distinto a cuando yo viví en ella de pequeño.

—Solo hay una forma de saberlo. Además, ¿no están enterrados tus padres allí al lado? Creo que sería un detalle ir a presentarles nuestros respetos antes de volver a cruzar el charco.

No tengo ni idea de por qué vacilé. Su deseo de visitar la casa del norte del estado donde pasé parte de mi infancia y el cementerio que alojaba los restos de mis padres era de lo más considerado, muy propio de Meghan.

—Si prefieres no ir, lo entendería perfectamente...

—No, no. Es lo que hay que hacer, desde luego.

—¿Seguro? —insistió, lo que me hizo preguntarme qué cara debí de poner.

—No puedo estar más seguro.

Montauk era la primera parada. Meghan y yo debatimos sobre si serviría de algo intentar vernos con el detective Pollock.

—Tiene sentido —opiné, pues sabía desde hacía días que era inevitable.

—Ya, pero, por otra parte, ¿qué puede contarnos que no sepamos ya? A lo mejor deberíamos limitar la visita a un tema familiar y no remover recuerdos feos.

—Yo la verdad es que no sabría qué más preguntarle a estas alturas —comenté como si tal cosa.

—Tienes razón —dijo más convencida—. Si necesita ponerse en contacto con nosotros, ya sabe dónde estamos. Vamos, le presentamos nuestros respetos a Adam, nos damos un paseo por la playa y nos volvemos a Nueva York.

Alquilamos un coche para el fin de semana de después de Acción de Gracias y, tras desayunar en el hotel, pusimos rumbo a Montauk. ¿Cómo decir que la tumba de Adam tenía un aspecto «vivo» sin parecer un insensible o un cuentista? Desde luego, esas palabras no llegaron a salir de mi boca, pero por desgracia sí que me vinieron a la mente conforme nos fuimos acercando a la sepultura, que estaba llena de hojas caídas y ligeramente hundida. Alguien había dejado unas rosas sobre la base de la lápida. Estaban ya difuntas, y las flores que parecían haber sido de color rosa se habían vuelto de un tono cobre parduzco. Meghan las quitó y las sustituyó por una docena de blancas recién cortadas.

—¿Quién habrá sido? —susurró, sollozando sin lágrimas.

—Puede haber sido cualquiera —respondí en voz baja y, viendo que le costaba respirar, me arrodillé a su lado y le puse la palma de la mano en el centro de la espalda—. Supongo que un buen samaritano.

Recogimos entre los dos un par de puñados de hojas desperdigadas por la hierba, las metimos en la bolsa de plástico en la que habíamos traído el ramo de flores frescas y regresamos al coche. Meghan comentó que el lunes antes de coger el vuelo de vuelta quería llamar a los del cementerio para preguntarles si podían cuidar de la tumba de Adam con regularidad en nuestra ausencia.

—Debería estar más cuidada. No me importa pagar lo que haga falta.

Viendo que su honda frustración porque la investigación del asesinato siguiera abierta se manifestaba en forma de insatisfacción contra la gerencia del cementerio —que en realidad estaba muy bonito y bien cuidado, con gran respeto por sus necropolitas—, opté por no decir nada. Nuestro paseo por la playa fue apresurado, y sentí que los pensamientos de Meghan eran tan tormentosos como las nubes que se cernían sobre nosotros por el noreste, a lo largo del horizonte púrpura. Rara vez mi mujer permanecía mucho tiempo con el ánimo sombrío. Había aprendido con los años que cuando estaba baja de ánimos, era mejor dejarla con sus pensamientos. Tenía formas de lidiar con las cosas que sabía que yo nunca comprendería, y tampoco servía de nada intentar que la ola rompiera antes contra la orilla. A la hora del almuerzo, ya regado por una lluvia ligera, Meghan había vuelto a la normalidad. Aun así, ante un par de rústicos bocadillos de langosta, me planteó una cuestión ciertamente desconcertante.

—¿Quién crees que era el de la playa?

—No sé de qué me hablas —le dije dejando el bocadillo sobre el papel de aluminio.

—¿No lo has visto? Un tipo como de tu altura, puede que algo más alto. Con el pelo muy muy corto, pálido, más bien delgado.

—¿Y qué pasaba con él?

—Qué raro, normalmente eres tú el observador —replicó—. No, es que me pareció que nos estaba mirando, sobre todo a ti. Creía que eráis amigos o algo.

Le di un sorbo al agua y repasé con la mirada el local para ver si mi «amigo» nos había seguido hasta allí, ya puestos.

—Lo siento, pero no me he fijado. Si te digo la verdad, estaba más preocupado por ti. De todas formas, si hubiera sido amigo mío, se habría acercado a saludar.

—A lo mejor te ha confundido con un famoso —bromeó—. Hay muchos famosos por aquí en el East End, actores, economistas y esas cosas.

—Famoso es lo último que querría ser en esta vida. Puede que lo hayas entendido al revés y en realidad estaba admirando a mi bella esposa. Eso tendría mucho más sentido.

En el trayecto de vuelta me sorprendí deseando haber visto a Slader, si realmente era él. Mi primera reacción habría sido mandar al cuerno las precauciones, acercarme a él y decirle cuatro cosas. Por suerte, no se había dado el caso, porque tenía la certeza de que, provocándolo, solo habría conseguido buscarme más problemas. Pero ¿cómo sabía que estábamos allí? ¿Le había mencionado Atticus de pasada que había estado evaluando su material de Conan Doyle en Acción de Gracias y eso lo había alertado? No le habría costado mucho adivinar que visitaríamos la tumba de Adam, y con paciencia y nada mejor que hacer, supongo que tal vez simplemente se complacía en espiarme. Con qué fin, no sabría decirlo. Aquel hombre parecía cada vez más desequilibrado.

Nuestra excursión del domingo por la mañana a Irvington —«la tierra de los jinetes sin cabeza», bromeó Meghan— fue menos tensa, aunque pasamos cerca de la salida que tomé en mi primer intento de abordar a Slader en Dobbs Ferry. También me sobrevolaba una pesadilla que había tenido justo antes de despertarme, como una madeja indefinida de bruma a mi alrededor. Lo único que recordaba del sueño eran las palabras «Henry la mató». Lo aparté de mi pensamiento, en buena medida porque, de haber sido Henry Slader el hombre de la playa del día anterior, no me cabía la menor duda de que se nos habría acercado sigilosamente y nos habría dicho lo que tenía pensado decirnos. Podía estar desequilibrado, pero nunca se había cortado a la hora de exigir. En cualquier caso, me debía una carta de agradecimiento si realmente había falsificado ese brillante material de «La aventura de la caja de cartón». ¿No había proclamado yo su autenticidad?

Encontramos mi antigua casa en un estado sorprendentemente bueno, al menos por fuera. Una clásica edificación Tudor, con la planta de arriba revestida de estuco blanco y decorada con el tradicional entramado de madera, conservaba las ventanas de plomo de mi infancia, con vistas a nobles árboles teñidos por los naranjas, los rojos y los dorados del esplendor otoñal. Parecida a un dibujo a tinta de la magnífica ilustradora escocesa Jessie M. King, era más majestuosa de lo que recordaba. Quienquiera que fuera su dueño la había cuidado admirablemente.

—¿Quieres que llamemos? —me preguntó Meghan.

—No, está bien.

—Venga, no creo que les moleste.

Recorrimos entonces el sendero serpenteante que llevaba hasta la puerta y llamamos al timbre, pero no nos abrió nadie.

—Mejor así —le dije mientras volvíamos al coche—. Es mejor no molestar a los fantasmas.

—Tú no crees en fantasmas —replicó Meghan camino ya del cementerio.

Si bien no era del todo cierto, de pronto sentí la urgencia de acabar con la visita y terminar de una vez por todas. El mausoleo familiar albergaba a los padres de mi padre y a otros parientes lejanos que no había llegado a conocer y, siendo sincero, ni falta que hacía. Era curioso: podía dibujar de memoria y con bastante detalle los

árboles genealógicos de los autores cuyas cartas había falsificado con más asiduidad y, en cambio, apenas era capaz de recordar la plantilla de servicios mínimos de mi familia. No nos quedamos mucho tiempo y nuestro viaje terminó con una tranquila cena para dos en la habitación del hotel.

La cita «Cuando te vas de Nueva York, no vas a ninguna parte» estuvo dándome vueltas en la cabeza durante nuestro vuelo de regreso a Shannon. Aunque no sabía quién la había escrito —lo busqué cuando estuvimos de vuelta en Kenmare: Jimmy Breslin, un escritor al que nunca había leído, pero que, según recordaba, a mi padre le gustaba mucho—, supe apreciar la extravagancia sardónica, a la par que sentida, de la frase; el chovinismo que la alimentaba; la filosofía de «soy mejor que tú» de la ciudad Gotham que pretendía poner de relieve. En cuanto a mí, yo abrazaba la idea de una forma distinta: yo quería irme de Nueva York y al mismo tiempo no tenía interés por ir a ninguna parte. Lo cierto era que ya había estado en suficientes «ningunas partes» en mi vida. Estaba harto de las ningunas partes y deseaba desde lo más profundo de mi alma, si es que tenía, el gran solaz de una «ninguna parte» moldeable.

Estar de regreso en la casita supuso una auténtica vuelta al hogar. Fue lo primero que pensé cuando me desperté, con algo de *jet-lag* pero deseoso de zambullirme de nuevo en la vida local, en su cómoda limitación. Ni siquiera las visiones nostálgicas de mi casa de la infancia al norte del estado y de las calles familiares de Nueva York estaban a la altura de la serenidad casi total que experimenté en mi Kenmare de acogida, mientras molía a mano el café en la pintoresca cocina de nuestra casa de campo, me vestía informal para volver al trabajo en la papelería, hablaba con Meghan sobre dónde quedábamos para almorzar ese día, que si teníamos que pedir briquetas de turba o directamente turba para la chimenea; el invierno estaba a la vuelta de la esquina con el tiempo de noviembre cada vez más desapacible, pero a la vez agradable. Cosas así de sencillas.

El señor Brion Eccles, el dueño de la papelería e imprenta Eccles e Hijos, conocía mi pericia con la caligrafía, aunque nada sabía de las peligrosas encarnaciones que había adoptado en el pasado. Fue sin duda una de las razones por las que me contrató, ya que, al poco de ocupar mi puesto, me puso a escribir a mano invitaciones de boda, anuncios de fiestas de futuros nacimientos, citas, diplomas, todo lo que exigía una letra elegante para documentos que eran el colmo de lo insulso. Lo hacía porque me lo pedía y porque creo que Meghan veía en el ejercicio un uso positivo de mi destreza, cuando no una especie de rehabilitación. Aunque era parecido a pedirle a un concertista de piano que aporreara *Chopsticks* en una espineta desafinada, desempeñaba mi labor diligentemente, sin una queja. Sin planes nefarios en mente, ni pensamiento sobre ninguna actividad futura que pudiera llevarme de vuelta a mi antigua vida secreta, me esforcé por no ceder a los caprichos de colegial y no acabar escribiendo, por ejemplo, una invitación a unas bodas de plata con la letra del rey emperador Eduardo VIII; me dije que si el monarca había podido abdicar de su llamada divina por amor, yo podía hacer lo mismo.

Fue por entonces cuando, con una emoción moderada por mi parte, Eccles me endilgó uno de esos proyectos caligráficos mortificantes y me preguntó si quería probar a echar a andar la prensa de pruebas Vandercook que utilizaba para imprimir panfletos, octavillas y cosas por el estilo. Me dijo que le dolía el hombro y, como la imprenta exigía que el operario accionara el grueso rodillo que sujetaba el folio sobre los tipos, adelante y atrás, una y otra vez, no le iba a dar tiempo a entregar en plazo un encargo si no lo ayudaba.

Decir que me manejé con ella como pez en el agua sería valerse de un cliché — cuando en realidad estaba más bien pez en el tema— y al mismo tiempo quitarle importancia a una verdad irrefutable; adoraba el aroma de la tinta viscosa y el olor penetrante del aceite de máquina; el peso y el movimiento suave de la manivela y del rodillo; el sonido repetitivo de los tipos al morder ligeramente la piel del papel. Y, por encima de todo, ver apilarse hoja a hoja las páginas perfectamente impresas. El contenido textual de lo que estaba imprimiendo quedó relegado a un segundo plano por el acto en sí. Me recordó mis primeras lecciones de escritura bajo la supervisión de mi madre, una experiencia crucial en mi vida.

Cuando el señor Eccles me dio las gracias por hacer tan buen trabajo con un «Qué rápido aprendes», le agradecí a mi vez la oportunidad de utilizar su prensa y me ofrecí para repetir en futuras ocasiones siempre que lo necesitare.

—Pues es posible que te tome la palabra —me contestó.

Cuando llegué a casa, anuncié:

—Tengo novedades.

—Cuéntame.

—Hoy Eccles me ha dejado utilizar la Vandercook por primera vez.

Sin asomo de sarcasmo o ironía, se maravilló.

—Se acabó el aprendizaje. Tenemos a un Gutenberg en la familia.

—Bueno, tranquilidad. Dudo que Gutenberg tuviera que imprimir alguna vez una invitación de boda a cuatro columnas.

—¿A cuatro columnas? ¿Se está oyendo, caballero? Suena usted ya como un impresor curtido.

—Amenaza con pedirme que haga más. Incluso dice que está dispuesto a enseñarme a componer y encajar los tipos, limpiar la prensa, todos los rudimentos del oficio, si me interesa.

—Parece que sí que te interesa.

—Si te soy sincero, creo que es como un sueño de la infancia hecho realidad. Me temo que ya sabemos muy bien los dos que la palabra escrita a mano fue mi primer amor.

—Más bien una mala amante.

No podía contradecirla, de modo que asentí antes de proseguir:

—Aunque mi padre intentó en su momento enseñarme cosas sobre tipografía y tipos. Tenía muchos números de *Print*, una revista trimestral especializada en el mundo de las artes gráficas y los tipos, y otra llamada *The Colophon*, de los años treinta, llena a rebosar de ilustraciones a color, hermosos dibujos y tratamientos tipográficos. Otros niños tenían los libros de dibujos del doctor Seuss, Babar y esas cosas; yo tenía como unas cuatro docenas de *The Colophon* en tapa dura.

—Venga ya, ¿no me digas que no leías *El gato garabato* y esas cosas?

—Solo por mi madre. Mi padre y yo teníamos textos ilustrados más elevados con los que entretenernos —le conté entre risas—. El caso es que llegué a amar esas

fuentes: la Bodoni, la Caslon, la Gill Sans. Hasta le pusimos Bembo de nombre al gato. Y el bueno de Eccles tiene bandejas y bandejas de tipos con esas fuentes. Me siento como un niño en una tienda de chucherías.

—Eres todo un personaje. El clásico empollón.

—Eso no tiene nada de malo, ¿verdad?

—Si no fueras así, no te querría tanto —me dijo, pero también me desconcertó ligeramente al añadir—: Mientras no vayas por ahí imprimiendo octavillas con poemas raros del siglo XIX, de Poe, Keats o cosas por el estilo.

—No tiene gracia —repliqué con un tono de voz más cortante de lo que merecía su comentario.

¿Qué sentido tenía mentirme a mí mismo sobre el hecho de que esa misma idea se me había pasado por la cabeza nada más ver la prensa de pruebas de Eccles? O, como mínimo, imprimir copias de exlibris de autores dignos de coleccionar —como E. M. Forster o Edgar Rice Burroughs, por ejemplo— para pegarlos en el pie de las guardas de otros libros, convirtiéndolos así en copias asociadas, con más valor gracias a su estimable procedencia. Además, que tuviera experiencia en un tipo de falsificaciones no significaba que pudiera, y menos aún debiera, intentar aprender otro; un gran pintor no tiene por qué ser necesariamente un gran escultor, una manzana no es lo mismo que una naranja y esas cosas. Hice lo posible por suavizar el tono.

—Por un perro que maté... O, más bien, por casi matar un perro...

—Te lo llamaron y se acabó para siempre, ¿no es cierto?

—Mira, Meghan, déjalo ya —le advertí y al instante me avergoncé por haberme mostrado tan enfadado.

Era evidente que me había puesto a la defensiva, cuando en realidad ella solo estaba comportándose como la esposa protectora y decente que era, cuya preocupación por su marido estaba más que justificada. Imagínense la vida miserable que habría llevado yo sin ella; por su bien y el de nuestro hijo, tenía que permanecer todo lo posible en la senda de la probidad, debía ser no solo un hombre amoroso, sino también recto y honrado. Cuán fácil decirme esas palabras y, al mismo tiempo, cuán difícil cubrir esas expectativas. Me levanté del asiento, me acerqué y la besé.

—Lo siento, Meg —le dije en apenas un susurro—. No quería saltar de esa manera. No te lo mereces, de verdad.

La mirada en sus ojos rebosantes de azul al aceptar mi disculpa —ojos del color de los mares terrestres vistos, por ejemplo, desde la Luna— me hizo sentirme aún más culpable. Sabía que no merecía el amor que sentía por mí. Pero ¿qué podía hacer? Solo me quedaba dejar a un lado los remordimientos, ahogarlos en los mares de sus ojos y seguir adelante.

Con Acción de Gracias ya pasado, el cumpleaños de Meghan era la siguiente celebración del calendario. Había conservado la tradición que empezó cuando Adam y yo le regalamos los libros de Yeats. Al ir añadiendo un volumen en cada aniversario, ya podía presumir de una espléndida pequeña colección de media

docena. Ese año, el primer cumpleaños en Irlanda como adulta, necesitaba algo particularmente especial, y no un ejemplar adornado con una dedicatoria falsa a Maud Gonne o *Lady Gregory*. Aun sabiendo que no es posible expiar las culpas a base de regalos, seguía pensando que no haría daño a nadie hacer un gesto en ese sentido y, consciente de que sus poemas de Yeats favoritos estaban recogidos en el volumen de 1928 *La torre*, me puse en contacto con Atticus para que me consiguiera una primera edición. No era un libro barato, pero tenía crédito de sobra con mi amigo y pensé que no me molestaría ni en mirar el precio. Cumplió con su palabra y me localizó un bonito ejemplar con sobrecubierta que me mandó por correo aéreo una semana antes del cumpleaños.

La papelería no quedaba lejos de la estafeta y, deseoso de ver el libro —Atticus decía que la hermosa sobrecubierta de T. Sturge Moore estaba perfectamente conservada, que nunca había visto nada igual—, me pasaba todas las mañanas antes del trabajo para ver si había llegado. Como el cumpleaños caía en sábado, si el tiempo lo permitía, teníamos pensado ir a Kinsale para celebrarlo con un almuerzo en nuestro restaurante de confianza. El jueves llegó el envío de Atticus, así como otro para Meghan. Curiosamente, ese segundo paquete tenía la misma forma y peso que el que contenía mi libro de Yeats. Esa noche llevé los dos a casa y los guardé para que no los viera Meghan...; y no solo el mío, que de todas formas pretendía esconder, sino también el otro. Sabía que no estaba bien ocultar correo dirigido a otra persona, ni a una esposa ni a una desconocida, pero necesitaba tiempo para pensar.

No me olía bien. No tenía prueba de una cosa u otra, pero sentía que algo no cuadraba. La dirección estaba escrita a máquina, y no con una eléctrica, sino con una vieja Royal manual u otro armatoste del Paleolítico. ¿Quién seguía escribiendo con manuales? Por lo demás, el remitente había utilizado el apellido de soltera de Meghan, así como el de casada, un detalle, sí, absurdamente pequeño, pero aun así se me antojó inoportuno, o al menos provocador, al recordarle que seguía siendo una Diehl. ¿Con qué fin? Para colmo, no aparecía ningún remite, solo el matasellos de Nueva York.

Para cuando Meghan llegó a casa, había decidido que el paquete debía de ser de los chicos de su vieja librería. Solo un paranoico creería otra cosa. Así y todo, aún no lo había sacado de su escondite. «Mañana se lo doy», pensé. No, mejor, se lo daría en su cumpleaños. Debería haber tenido la inteligencia de reconocer que estaba posponiendo la posibilidad de que los problemas acecharan desde el interior del paquete. Esa noche, en una o dos horas que pasé en vela, incluso consideré la opción de tirarlo sin más. ¿Quién iba a darse cuenta? Cuando llamaran de la librería para ver si le había gustado el regalo, se haría evidente que se había extraviado en el correo. Era triste, pero sucede más a menudo de lo que nos gustaría creer. ¿Estaba certificado? ¿Habían puesto bien la dirección? ¿Qué era? Vaya, qué pena. Meghan, alma cándida, sin duda diría que lo que contaba era la intención.

Al final, ni destruí ni miré el interior de mi torturador de papel marrón y cordel (sí, era un paquete a la vieja usanza). En lugar de eso, envolví *La torre* en un bonito papel estarcido de regalo que mi jefe reservaba para las ocasiones especiales, estampado con globos aerostáticos y, por extraño que parezca, unos maravillosos paquidermos vestidos de tiros largos y montados por pachás, también ellos con sus mejores galas. El libro en sí era una belleza, un ejemplar que a mi padre le habría encantado (y en su momento a mí me habría encantado mejorar con al menos una firma), y era consciente de que le debía a Atticus algo más que dinero por él. Me lo llevé conmigo a Kinsale, junto con el paquete misterioso.

Pedimos un auténtico banquete. El tiempo aguantó lo que duró el trayecto, pero luego se instaló sobre el litoral una tormenta de esas sobre las que tanto habíamos oído hablar en Irlanda, pero aún no habíamos vivido de primera mano. En el exterior, el agua arreciaba y repiqueteaba empapándolo todo.

—Bueno, nosotros estamos secos y a salvo, no en medio del mar. Y además es tu cumpleaños. Así que tengo algo que espero que no olvides nunca fuera, para que no lo moje la lluvia.

Cómo decirlo... Meghan se sintió superada. Ella sí que era el clásico ratoncillo de biblioteca. Se le llenaron de lágrimas los ojos azul Tierra.

—Te quiero. Gracias de corazón.

Visto ahora con perspectiva, cuando acababa de experimentar lo que estaba tan cerca de la perfección en la vida por lo general imperfecta que llevamos, algunos al menos, no debería haberme arriesgado. Pero lo hice.

—Hay otro regalo, o eso creo, porque ha llegado de Nueva York. Es de los chicos.

Cogió el paquete, utilizó el cuchillo de la carne para cortar el cordel y lo abrió.

—Dios santo, qué maravilla —exclamó Meghan.

Sin duda era un libro bonito, una primera de *La escalera de caracol* de Yeats con sobrecubierta.

—Han tirado la casa por la ventana —comenté, aliviado y sorprendido de que hubieran escogido un volumen con un diseño parecido al de *La torre*.

Cuando abrió el libro por la página del título, todas las esperanzas y los buenos augurios se chafaron, y Meghan dejó escapar lágrimas de otra naturaleza. Por mi parte, me entró una rabia asesina, aunque la oculté tras una expresión todo lo confundida, preocupada y benévola que pude conjurar.

La escalera de caracol tenía una dedicatoria con la letra del poeta, la tinta perfecta, la localización en la página justo donde Yeats la habría puesto, los caracteres y la firma impecables, e incluso más que eso:

Para Meghan, en su cumpleaños y en recuerdo de lo que está por venir:

*Oh cuerpo musical, ¿cómo podemos del baile
distinguir la bailarina?*^[6]

Con todo el afecto necesario, W. B. Yeats.

Un rasgueo me despertó de mi sueño ligero. Con una nebulosa en la cabeza causada por las varias copas de *whisky* irlandés que me había tomado a la vuelta de Kinsale, me pregunté si aquel ruido pertinaz, un rítmico ras ras ras, era real o solo el eco de un mal sueño, una pesadilla ya olvidada sobre cavar una tumba o arañar un ataúd desde dentro. Meghan estaba profundamente dormida —tenía ese don, ser capaz de dormir, independientemente de lo mal que se encontrase, en cuanto apoyaba la cabeza en la almohada—, con la respiración superficial y lenta. El ruido parecía provenir del jardín trasero y, aunque indefinido, era insistente y en absoluto disimulado. A quienquiera que estuviese allí no le importaba que lo descubrieran. «Malnacido, so descarado», pensé oyendo también una ligera llovizna contra el cristal de la ventana.

Cansado, cauteloso e indignado porque lo que debía haber sido un día muy bonito hubiera acabado con mi mujer furiosa y desconcertada, y yo convencido de que Henry Slader había vuelto, abandoné el calor de la cama cuidándome de no despertarla. Sin dejar de aguzar el oído, bajé las escaleras, que crujieron y suspiraron con cada pisada a pesar de la moqueta. Me abrí paso a tientas desde las habitaciones ennegrecidas por la noche hasta la cocina, donde, una vez más con todo el sigilo posible y sin valerme de luces que pudieran traicionar mi presencia, saqué la macheta de carnicero de la ranura del viejo soporte de madera que había junto al fregadero. ¿Por qué no me había molestado en conservar un arma?, pensé. Casualmente, cuando nuestro casero se ofreció a presentarme a su hijo mayor, que era guía de pesca y de caza profesional, para que me enseñara los rudimentos de la pesca del salmón, también me sugirió que probara mis habilidades con el tiro al plato e incluso utilizar algunas de sus escopetas para cazar aves acuáticas. No tenía nada en contra de la pesca ni de la caza, simplemente no había encontrado el momento de aceptar su amable ofrecimiento. Allí parado, descalzo, en medio de la oscuridad, blandiendo una macheta medio roma en la mano —otra cosa que no había encontrado momento para hacer, afilarla con la piedra que habíamos comprado hacía poco con tal fin—, me sentí como un bárbaro impotente. También reparé en que tenía las palmas de las manos sudadas, pese al frío que hacía en la casa.

El rasgueo se detuvo por un momento. ¿Habría oído el intruso el movimiento dentro de la casa y decidido esconderse y resguardarse de vuelta en el anonimato de la noche? Cuánto deseé que fuera así. Pero entonces el ruido se reanudó y fui abriéndome paso a tientas, como un ciego, hasta la puerta trasera. Dando por hecho que, de un modo u otro, el causante del sonido era el propio Slader —aún en un

estado liminal fui como un fantasma hacia los interruptores de los focos de seguridad, los encendí y al instante el jardín de atrás se vio bañado por una luz plateada—, me sorprendió no ver ningún falsificador, ninguna némesis humana, tan solo un chucho marrón y negro, grandullón y sarnoso, excavando con saña cerca de la zanja recién tapada por donde los electricistas habían pasado los cables del sistema de seguridad. Furioso, salí bajo la llovizna, le grité y solté el cuchillo para dar palmas y espantarlo, al tiempo que cargaba contra el perrucho idiota, que levantó la cabeza y, al ver que me dirigía hacia él, se fue renqueando como si tal cosa y se perdió por el bosque.

Cuando llegué al punto donde había estado cavando, oí que Meghan abría una ventana de nuestro dormitorio en la planta de arriba.

—¿Se puede saber qué está pasando? —Su voz era una mezcla de alarma, irritación, preocupación y, por supuesto, somnolencia.

Debían de rondar las tres de la madrugada, sin duda la hora de las brujas, y me dolían los pies del frío que despedía la hierba mojada.

—He oído algo.

Mientras gritaba esas palabras volviéndome hacia las luces cegadoras de la casa, sin poder ver a Meghan por culpa del reflejo, me sentí ridículo, como un loco que explica por qué insiste en ponerse un sombrero de Napoleón ladeado y meterse la mano entre la abotonadura de la guerrera.

Meghan dijo algo, pero no lo entendí, porque seguía caminando hacia los árboles, por donde había estado hurgando el perro. Con una linterna podría haber visto qué intentaba desenterrar, pero, pese a las luces de seguridad, el agujero estaba cubierto de sombras, y yo no tenía intención alguna de meter la mano. «Es perder el tiempo —pensé—. Puede esperar hasta mañana». Al dar media vuelta para regresar a la casa, reparé en que estaba empapado de pies a cabeza, con el pijama pegado al cuerpo y los pies llenos de barro. Seguramente parecía el hombre del saco, o incluso un chucho piojoso.

Cuando traspasé la puerta trasera, vi que Meghan bajaba con una toalla.

—¿Qué era? ¡Estarás helado!

—Te vas a reír —le dije mientras me quitaba la ropa empapada y me secaba.

Meghan me tendió el albornoz y puso la tetera al fuego para preparar una infusión.

—Lo dudo mucho. No estoy para bromas.

—Bueno, por eso en parte he acabado ahí fuera. No sé si algún día podrás llegar a creer que yo no tengo absolutamente nada que ver con la falsificación de Yeats, que, como ya te he dicho y repetido varias veces, me parece una broma cruel y desconsiderada, pero el caso es que a mí me ha asustado tanto como a ti. Así que, cuando me he despertado hace un rato por un ruido extraño en el jardín, mi primer pensamiento ha sido que el responsable de esa sucia treta, quienquiera que fuese, había vuelto a por más.

Meghan deliberó sobre mis palabras mientras sacaba la manzanilla y la miel de la despensa.

—¿Por qué no me has despertado?

—Estabas muy dormida y, después de la novecita que habíamos tenido, no sé... Tampoco es que yo tuviera la mente muy despejada.

—Y, entonces, ¿qué era? ¿Realmente ha valido la pena empaparte de esa manera? Esperemos que no pilles una neumonía.

—Un chuchito escarbando en busca de algo.

—¿Otro sabueso de los Baskerville?

—Exacto —dije con una sonrisa y no pude evitar reírme un poco de mí mismo y secundar su broma—. Un bicho enorme con unos ojos rojos monstruosos que ardían como ascuas.

Nos tomamos la infusión y, antes de volver a la cama, llegamos a una especie de reconciliación. Por la mañana, llamé al trabajo para preguntar si podía ir después de comer porque no me sentía del todo bien.

—La noche se alargó —expliqué sintiéndome culpable por pedir el favor.

Al fin y al cabo, me había ofrecido para ir en domingo, el día de cierre, para poder ayudar con el trabajo con la Vandercook porque íbamos retrasados con los encargos. Pero, como buen irlandés, no sería la primera vez que Eccles le perdonara una resaca a un empleado. Así y todo, mi principal afección, por llamarlo así, no era ni resaca ni neumonía, sino una aprensión brutal a que Henry Slader lograra localizarnos y, enfurecido por el reciente interrogatorio por el asesinato de Adam Diehl y mi venta del archivo Baskerville, decidiese tomar represalias.

Pero Eccles estaba hablándome.

—¿Le gustó a tu mujer el papel estarcido?

—Le encantó. Lo quiere guardar para utilizarlo en el primer regalo del niño.

—Qué bien, qué bien. No te preocupes, cógete el día. Y que te mejores.

Aunque detestaba perder cualquier oportunidad de operar con la prensa, necesitaba tiempo para idear un plan. Además, quería volver a salir al jardín y ver qué buscaba el perro, y tal vez curiosear por el bosque. Antes de que Meghan se fuera a hacer unas compras, no pude evitar decirle:

—Ten cuidado, ¿quieres?

—¿Qué pasa, tienes miedo de que me muerda un perro? —me censuró, lo que me recordó, porque parecía haberlo olvidado, que mi esposa era ante todo una mujer fuerte—. Mira —prosiguió—, siento mucho haberme puesto así anoche. Me trastornó, eso es todo, sobre todo después de tu regalo tan bonito.

—Meg... —la interrumpí con la esperanza de evitar el peligroso terreno de seguir discutiendo sobre el incidente.

—No, déjame hablar. No tendría que haberte echado la culpa de lo del libro. Yo sé que no tienes nada que ver directamente con el tema...

—¿Directamente? Ya te dije ayer y te repetí que no tengo nada que ver y punto. Que el culpable sepa hacer algo que yo antes dominaba no quiere decir que esa sucia treta tenga que ver conmigo o mi pasado. Lo que intenté decirte anoche, y seguramente no me expresé bien porque a mí también me dejó horrorizado la dedicatoria, es que con toda probabilidad (y no mates al mensajero) todo esto tenga que ver con Adam.

Meghan unió las manos como si fuera a rezar y se las llevó lenta y suavemente bajo la barbilla. Seguía de pie, como mármol labrado, junto a la puerta de la entrada, con su grueso jersey de lana de Aran, su bolsa de la compra de malla colgándole de los dedos como una red de pesca desamparada, lista para ir al pueblo. Empezó a llorar de nuevo, sollozos mudos.

—Es que... ¿cómo se puede ser tan cruel? —consiguió decir entre aliento y aliento.

Me quedé mudo, pero no porque su pregunta no tuviera sentido, sino porque, aunque me hubieran concedido mil años para encerrarme en una celda monacal encalada e intentar dar con una respuesta que tuviera tanto sentido como su pregunta, sabía que no habría podido. Una voz cínica me dijo por dentro: «Pregúntale a Dios, que fue quien empezó todo esto». Otra le respondió: «Cállate».

La llovizna y las deprimentes nubes nocturnas habían dejado paso a parches vacilantes de cielo raso, que a su vez fueron extendiéndose conforme el sol de la mañana brillaba con más fuerza. Fuera, la hierba estaba ligeramente cubierta por una niebla baja causada por el agua de lluvia de los campos anegados al empezar a evaporarse. No muy lejos, un par de urracas se pavonearon por el césped brumoso y, algo más al fondo, sobre un tejo, una reluciente chova ejecutó unas acrobacias impresionantes. Cuando me terminé la taza de café, consciente de que estaba postergando salir fuera para investigar, me puse por fin las katiuskas y abrí la puerta trasera. Aquella mañana el aire, con sus pequeños cúmulos de neblina arremolinados, ya casi evaporados por la fuerza del sol, no podía ser más puro. Alertadas por mi presencia, las dos urracas protestaron con un sonoro raca raca, al tiempo que levantaban el vuelo y se dirigían hacia la linde del bosque.

Mientras atravesaba el césped donde no hacía tantas horas me había aventurado como el típico memo de película de miedo cutre, pensé en Slader y en lo mucho que me aturdía con su temperamento incorregible y su locura auténtica. Sí, debía de estar molesto si se había enterado de lo de las cartas Baskerville..., cosa bastante probable, según me había dicho Atticus, que me había hablado de la conmoción causada entre los especialistas cuando las vendió a una biblioteca. Sin embargo, de haber invertido los papeles, querría pensar que admiraría su arrojo, por no hablar de la destreza que hacía falta para llevar a cabo semejante trastada. Y, además, se había llevado un buen puñado de dinero, una buena tajada. ¿Qué más esperaba sacarme?

Pero, quitando todo lo demás, la pregunta más acuciante era por qué hacerle eso a Meghan, la única inocente de toda esta historia. Recordé entonces lo mucho que

había acabado desagradándome, hasta la tirria, Adam Diehl, y cómo empecé a obsesionarme con librarme de él —los falsificadores somos tremendamente obsesivos y, al estar al margen de la ley, somos, por definición, peligrosamente obsesivos—, y, a raíz de esos pensamientos, Slader se me apareció con mayor definición. Un falsificador muy superior a la media que se creía con derecho a todo y que no tenía problema en penetrar en mundos ajenos y convertirse —en la medida en que el acto de la falsificación permite tal metamorfosis— en otra persona.

«¿Tú te estás oyendo?», pensé con una sonrisa burlona mientras seguía avanzando por el prado. Un filósofo de Kenmare pontificando en katiuskas. Así y todo, para ser una empresa que entraña tal nivel de educación, sofisticación y conducta civilizada, la falsificación también atrae a zafios embrutecidos. Slader parecía encarnar tales cualidades, y por esa misma razón tenía que admirarlo, aun a regañadientes.

Aunque la neblina baja se había disipado casi por completo, me llevó un rato dar con el agujero que había excavado el perro. Pero, viéndolo con perspectiva, casi mejor así, porque lo que encontré poco después marcó otro punto de inflexión en mi vida, un abrupto abismo que no tardaría en haber deseado evitar.

El hoyo no era tan profundo, de treinta centímetros a lo sumo. Y no lo era porque, de lo contrario, habría desalentado al perro —y no solo al que yo vi, sino a cualquiera— y no habría desenterrado los malditos guantes que encontré en ese momento. Ahogué un grito, o eso creo recordar, y antes de inspeccionarlos con más detenimiento, escruté a mi alrededor con los ojos entornados para ver si me observaba alguien desde el bosque o la propia casa. Viendo que no había nadie, me agaché. Los guantes, de piel natural de becerro, parecían unas manos desmembradas. ¿Sangre humana? No, en Irlanda la gente come morcilla de sangre y cosas por el estilo; no cuesta encontrar sangre en las carnicerías. En cualquier caso, era repulsivo, y quienquiera que hubiera puesto allí los guantes incluso se había molestado en rellenar los dedos y las muñecas con barro y esquirlas de cristal, para añadir más verosimilitud. Al perro le había dado tiempo a morder uno de los pulgares antes de que yo saliese y lo espantara. Lo más inquietante de todo, al menos en ese momento, antes de tener tiempo de asimilar lo que estaba pasando, era que habían clavado una estaca de cabeza redondeada en los guantes, a la altura de las muñecas, es de suponer que para fijarlos al sitio. En otras palabras: la idea era que yo encontrara aquella pantomima. ¿Habría Slader —porque tenía que haber sido él— incluso llevado al chucho para provocar el hallazgo? Volví a mirar a mi alrededor y vi entonces un hueso grande sobre la hierba en la linde del bosque, con la mayor parte de la carne roída. ¿Lo había puesto con los guantes ensangrentados como cebo y luego el perro lo había soltado sin querer al salir corriendo?

Dejé los guantes en su sitio y me pateé el sotobosque, que seguía bastante mojado, resguardado como estaba del sol. No tenía muchas esperanzas de encontrar nada más —de hecho, no quería encontrar nada de nada, visto lo perturbador que

había sido el reciente hallazgo—, y así fue: la lluvia había emborronado todo rastro, humano o canino. Aunque tampoco era que yo poseyera la clase de intuición deductiva que un Sherlock Holmes habría explotado para interpretar una rama rota acá o una hoja arrugada allá. La frenología del bosque profundo, por llamarla de alguna manera, nunca había sido mi fuerte y, visto lo visto, cejé en mi búsqueda deprimente y abatida y regresé a regañadientes hasta los guantes.

No se podía haber hecho una acusación más incriminatoria, insolente y, al mismo tiempo, desquiciante en su elocuencia ni aunque la hubieran escrito en grandes letras de molde: «Tú mataste a Adam Diehl. Tú lo desmembraste y lo abandonaste a su suerte para que muriera. ¿Te alegras ahora de haberme cargado el muerto?».

Ojalá hubiera podido hablar tranquilamente con Henry Slader un par de minutos. Hacerle saber que había entendido mal las cosas. Sí, vale, mejoré su falsificación Baskerville, me pasé de la raya, pero yo no tenía nada que ver con el interés que había mostrado la policía de Montauk por él. Habían sido sus tratos con Diehl lo que los había convencido para seguir investigándolo. Pero, por supuesto, el tiempo para semejante diálogo platónico, dos almas respetuosas debatiendo, no solo había pasado hacía mucho, sino que estaba condenado a no existir. No había nada que hacer al respecto; al menos, nada que se me ocurriera esa mañana.

Entretanto, no me quedaba más remedio que esconder aquel estropicio antes de que Meghan regresara a casa. Cogí un par de bolsas de plástico del cuarto donde dejábamos las cosas mojadas al entrar y, tras ponerme mis propios guantes para evitar tocar nada, volví al hoyo y retiré el pincho alargado. Liberé los guantes de becerro, los metí en una bolsa y la cerré con fuerza y, no contento con ello, la guardé en una segunda y una tercera bolsa. Con sumo cuidado, fui rellenando la pequeña cavidad con el barro desperdigado alrededor y lo aplasté todo con la bota. Cuando volviera Meghan, me limitaría a decirle que había salido a echar un vistazo y me había encontrado un hueso medio roído que debía de haber sido la causa del interés persistente del sabueso. La bolsa de plástico la escondí en la bodega bajo unos sacos de arpillera enmohecidos y, en cuanto a la estaca, la lavé para quitarle el barro y la sangre en la pila de abajo. Al ver que parecía como nueva, la estaca más inocente que había brillado jamás bajo la luz de una bombilla pelada en un sótano del condado de Kerry, la sequé y la remetí bajo un buen puñado de clavos de una caja que tenía en un estante del banco de trabajo.

Una vez que me hube duchado y, visto que Meghan no había vuelto aún, decidí preparar el almuerzo, con la idea de reavivar los rescoldos de la alegre camaradería de casados que habíamos compartido en Kinsale antes de que el Yeats impostor —desaparecido ya en el cajón sin usar de una cómoda de una habitación igualmente sin usar— apareciera en toda su fealdad. Puse la mesa, con los platos y la cubertería buena, y preparé una olla de sopa. Abrí también una lata de arenques ahumados y tosté unas rebanadas finas de pan mientras hervía unos huevos y preparaba una ensalada rápida de pepino. Con cierta timidez y tal vez sin mucha necesidad, coloqué

el ejemplar de *La torre* en el plato de Meghan, como recordatorio de que uno de sus regalos era real, fruto del cariño. Pensé en confesarle que la razón por la que le había pedido a Atticus que me buscara un ejemplar sin firmas ni dedicatorias había sido justamente que ella supiera sin la menor duda que no estaba adulterado.

Cuando llegó por fin a casa, la ayudé con las verduras y el resto de compras. Le encantó ver mi modesto almuerzo sorpresa, aunque juraría que vislumbré una mínima distancia en su comportamiento y su lenguaje, tan fina que nadie más que yo habría podido notarla. Me aseguré de que seguía enfadada. ¿Y cómo no iba a estarlo?

—¿Has averiguado ya qué quería anoche tu sabueso de los Baskerville? —preguntó dejando el libro en el aparador y sentándose a la mesa.

—Pues sí.

—¿Y bien, Sherlock?

—Por lo visto, el perrito quería un hueso —le dije y pasé a contarle lo que había encontrado; bueno, la parte que tenía que saber—. Lo he dejado donde estaba.

—No, eso es peor. Nos tendremos que levantar otra vez en medio de la noche cuando vuelva a buscarlo.

Yo había pensado lo mismo, y sabía que la única razón por la que lo había dejado en su sitio era por si Meghan tenía la necesidad de ver con sus propios ojos que el misterio estaba resuelto. Después de comer, regresé al exterior con otra bolsa de plástico y recogí el fémur de ternera, o al menos eso me pareció que era, para llevarlo dentro y tirarlo a la basura. Hacia el oeste estaban formándose unas nubes purpúreas que prometían otra noche más de lluvia, tal como mandaba la estación. Al volver sobre mis pasos, vi a Meghan en la ventana de arriba, observándome. No distinguía bien su cara, pero juraría que, al saludarme con la mano, había una rigidez mecánica en su gesto, una mueca forzada que no estaba moldeada ni por la confianza ni por el amor que tan acostumbrado estaba a sentir de mi mujer en nuestro día a día. Le devolví el saludo, supongo que con demasiada vehemencia, seguramente en un intento por compensar esa pérdida de pasión que me parecía percibir en ella.

Sabía que se le pasaría pronto. Así y todo, no pude evitar sentirme alicaído. Y mientras caminaba algo más pesarosamente hacia la casa, con la mirada gacha, me di cuenta de que la macheta que había tirado al suelo cuando perseguía al perro la noche anterior había desaparecido. Volví a mirar hacia la ventana del dormitorio y, al ver que Meghan había regresado al interior, busqué el cuchillo por todas partes, pero sin éxito. Como no quería que me preguntara qué andaba buscando, me rendí y volví dentro. Tiré el hueso en el cubo de la basura y, con sigilo y premura, miré por toda la cocina por si Meghan la había encontrado fuera. No fue así. La macheta no estaba. Y deseé no volver a verla.

Meghan era de la opinión de que debíamos llevar el libro a la policía, cosa que, por supuesto, era lo último que yo quería hacer.

—Pero ¿qué vamos a denunciar exactamente? —pregunté—. Ni siquiera estoy seguro de que, quienquiera que sea el responsable de esto, haya cometido un delito mayor que el de chafarte el cumpleaños y un maldito libro de Yeats que era una auténtica preciosidad.

—La dedicatoria está falsificada —replicó—. Si alguien sabe que eso va en contra de la ley, eres precisamente tú.

—No te lo niego, pero en este caso el falsificador no ha intentado venderte el libro —respondí haciendo caso omiso de su pulla—. Te lo dio sin más, y siento decirte que eso no tiene nada de ilegal.

—¿A ti la dedicatoria no te parece que pretende amenazarme? —insistió, por mucho que seguramente supiese tan bien como yo que no había ninguna razón concreta para que molestásemos al sargento de Kenmare con lo que sin duda era un asunto privado.

—Por favor, no te enfades conmigo si te digo que por supuesto que a ninguno de los dos nos ha gustado el tono y que la cosa huele a chamusquina, pero, desde un punto de vista objetivo, nada impide que pueda verse también como un gesto cordial. ¿«Con todo el afecto necesario»? ¿«En recuerdo de lo que está por venir»? ¿Un famoso pareado de uno de los poemas más conocidos de Yeats? Ya me los veo preguntándonos: «¿A qué llaman ustedes amenaza?». Aún estamos instalándonos en el pueblo y, personalmente, no creo que debamos hacernos notar de esa manera.

Meghan frunció el ceño, pero no fue más que un gesto de leve desaliento que significaba que coincidía con mis argumentos. Sin embargo, al cabo de un momento, hizo una observación sobre algo que a mí me había pasado desapercibido.

—Por cierto, ¿te has fijado en que el poema que cita no pertenece a *La escalera de caracol*, sino a *La torre*? ¿No es mucha casualidad?

No le faltaba razón. Un leve cosquilleo eléctrico me recorrió la columna como un relámpago. Tenía que hacer un par de llamadas. La primera, para preguntarle a Atticus si le había mencionado a Henry Slader que yo le había comprado *La torre* y, en tal caso —o, ya puestos, también en caso contrario—, que en el futuro se abstuviera de contarle nada de lo que yo hiciera. «Considéralo mi enemigo», pensé en decirle categóricamente a Atticus, aunque no con esas palabras. La segunda llamada, para hablar con un librero conocido mío de Dublín que estaba especializado en

autores irlandeses, con Yeats a la cabeza, para ver si por casualidad él o cualquier otro tratante habían vendido recientemente un ejemplar de *La escalera de caracol*. No quise llamar a Atticus en presencia de Meghan para evitar alarmarla más y porque necesitaba, ante todo, mantenerla al margen de mi confusa relación con Henry Slader el mayor tiempo posible; con suerte, para siempre. Cada vez se me hacía más palpable que Slader era capaz de desgarrar mi frágil mundo cuando y como quisiera. Necesitaba tiempo para averiguar cómo impedirlo y me reprendí por haber caído en la arrogancia de vender mi archivo Baskerville en Acción de Gracias. Había sido una tirada de ruleta peligrosa, inmadura en extremo, que debería habernos ahorrado a todos.

—No sabría qué decirte, pero coincidido contigo en que es extraño. Mira, si quieres te digo a quién le compré el regalo. Verás que es un amigo y que es imposible que estuviera en connivencia con quienquiera que haya enviado *La escalera de caracol*. En cualquier caso, no creo que eso vaya a responder a tu pregunta, ni a ninguna.

Como si comprendiera en ese momento que yo no la había agraviado, que le había regalado un hermoso libro y además me había cuidado de que no contuviera letras sospechosas —ni siquiera le había escrito a lápiz un «feliz cumpleaños» en la guarda delantera—, recobró la sonrisa, esa que yo tanto amaba, y me dijo:

—Lo siento, creo que he estado pagando contigo parte de mi cabreo por todo este feo asunto. —Se acercó para darme un abrazo—. No necesito saber de dónde sacaste mi adorable *Torre* y tampoco tenemos que hacer nada sobre el otro. Quién sabe, a lo mejor han sido los chicos de la librería y resulta que es todo más inocente que el pan blanco. Quizá buscaron a alguien que les hiciera una copia decente de la letra de Yeats y no acertaron con las palabras, pero no pretendían nada malo.

Al apretarla con más fuerza, sentí el ligero abultamiento de su vientre.

—Así lo creemos mientras no confirmemos lo contrario —sugerí en mi tono más reconfortante.

Al tiempo que lo decía, supe que su conjetura bien podía tener de su lado el peso de la posibilidad, incluso de la probabilidad, si no fuera porque *La escalera de caracol* era un libro que valía al menos dos mil dólares; o así era antes de que aquella dedicatoria espuria lo fastidiara y lo convirtiera en una curiosidad horripilante. No estaba en absoluto al alcance de los antiguos empleados de Meghan, quienes, por lo demás, destinaban hasta el último penique a mantener a flote la tienda. No, el que lo había enviado pretendía mandar un mensaje muy claro y contundente..., y yo sabía que el destinatario principal era yo, y no mi inocente esposa. Por lo demás, era consciente, aunque no pensaba decírselo a ella, de que solo un artesano de primer orden podía haber realizado esa dedicatoria. De un calígrafo cualquiera que puedas contratar por ahí no puedes esperar tal perfección; aun a regañadientes, con el tiempo había acabado admirando a Slader tanto como lo odiaba.

La oportunidad de llamar a Providence surgió al día siguiente, mientras Meghan estaba en el trabajo. Con la excusa de que me había dejado la cartera en casa,

adelanté media hora la pausa para almorzar y regresé a la casita para telefonar desde allí a Atticus. Evidentemente, si Meghan hubiera querido comprobarlo, podría haberlo visto en la factura del teléfono. Pero la búsqueda de privacidad no era tanto porque llamase a un amigo, sino porque no quería que oyese lo que tenía que preguntarle. La suerte me sonrió, pues respondió al cabo de un par de tonos.

—¿Te llegó bien *La torre*? —me preguntó al instante.

Para un librero obseso como él, los libros eran siempre lo primero, relegando a un segundo plano las cortesías sociales de preguntar cómo van las cosas, cómo estás de salud y demás palabrería de rigor.

—Le encantó. Y a mí también. Es el mejor ejemplar que he visto en mi vida.

—Sin asomo alguno del típico deslucido en la sobrecubierta, ¿verdad?

—Y el sello dorado de las tapas no puede ser más brillante, casi cegador.

—Te dije que era una joyita.

—Bueno, yo siempre he dicho que eres un mago. Gracias por encontrarlo, Atticus, y, como te dije, descuenta lo que valga de lo que me debes.

—Ya lo he hecho.

—Estupendo, estupendo. —Como sabía que tenía el tiempo contado, proseguí—: Necesito hacerte una pregunta algo delicada y espero que no te importe no contárselo a nadie. Y no te preocupes... —me adelanté a él—, no tiene nada que ver con falsificaciones ni nada por el estilo.

—Venga —me dijo con la seca brusquedad yanqui.

—En más de una ocasión hemos hablado de Henry Slader y en Acción de Gracias me comentaste que habías cerrado alguna venta con él.

—Así es.

—Quería saber simplemente si por casualidad él te ha preguntado por mí.

Conocía a Atticus desde hacía mucho, por eso, pese a la distancia de varios miles de kilómetros, siempre sabía cuándo se mostraba reacio a hablar de algo: una pausa que duró unos instantes más de la cuenta, un cambio en el tono de voz.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pues, si te soy sincero —respondí inventándome a salto de mata una verdad a medias—, tuve tratos con él hace unos años y no acabamos muy allá. Hará un tiempo hablé con una persona que me comentó que seguía criticándome por ahí y me preguntaba si te había dicho algo.

—Ah —dijo Atticus ostensiblemente aliviado—. No, nada por el estilo. Se enteró de que había recuperado el archivo Baskerville y quiso hacer el viaje a la Meca para verlo con sus propios ojos. Le dije que tenía pensado venderlo junto con los materiales que le compré a él provenientes de otra fuente. No hizo sino deshacerse en elogios sobre el archivo y sobre ti. No te criticó en absoluto.

—Supongo que le dijiste que el archivo te lo había vendido yo, ¿no?

—No hizo falta. Me dio la impresión de que ya lo sabía. Yo asumí que se lo habías contado tú, por lo bien que hablaba de ti. Me preguntó cómo estabais Meghan

y tú. Supongo que conocía bastante a su hermano Adam, o eso me dijo. Creo que eran íntimos.

Reservé aquel último dato, tan revelador como extraño, para regurgitarlo, o no, más tarde, y proseguí con mi interrogatorio.

—¿Te preguntó dónde vivíamos?

—Ay, espero no haber hablado más de la cuenta. Pero sí, le dije que estabais encantados en Irlanda y que habíais encontrado un sitio estupendo para vivir, medio perdido por ahí. La verdad es que la charla no pudo ser más cordial e inocente.

—No, ya me imagino. Entonces me alivia saber que los rumores que había oído eran falsos.

Me moría de ganas de preguntarle a Atticus si Slader estaba al tanto de que le había comprado *La torre*, pero casi lo asumí, dada la afabilidad de encantador de serpientes de la que se había valido Slader para obtener la información que necesitaba sobre mí, mi mujer y nuestro paradero. Tampoco me habría extrañado que ese malnacido de tres al cuarto le hubiera incluso comprado el condenado ejemplar de *La escalera de caracol* a Atticus. Pertenecía a la categoría de cosas-que-prefiero-no-saber.

—Ah, una última cosa, Atticus.

—Dime.

—Si Henry o cualquier otro aparece preguntando por Meg o por mí, me gustaría que te hicieras el sueco. Después de los padecimientos que hemos vivido, estamos intentando empezar de cero aquí y tú eres una de las pocas personas con las que queremos mantener el contacto. Tú y los chicos de la librería de Nueva York. Espero que lo entiendas.

—Puedo respetarlo. Perdona si se me ha ido un poco la lengua con Slader. En el momento no pensé que pudiera tener nada de malo, más bien al contrario. Pero no pasa nada. ¿Cómo están Meghan y el pequeñín que viene en camino?

—Bien, estupendamente —le dije, zanjando la conversación en un tono muy cordial.

Sin embargo, nada más colgar el auricular, aullé a pleno pulmón una sarta de obscenidades rabiosas, dirigidas contra todos y contra nadie, y sobre todo contra mí.

Slader lo sabía todo. Y había venido hasta allí. No me molesté en hacer esa segunda llamada a Dublín. Ya no importaba que *La escalera de caracol*, por la que no me habría importado empujar a Henry Slader, viniera de Providence, Dublín o Tombuctú. Tenía un gran problema entre manos y ninguna jugada buena en perspectiva.

Cuando volví a la papelería, hice por no apartar la mente del trabajo, con escaso éxito. Meghan había pasado a verme durante mi ausencia en la hora del almuerzo y le habían contado que había ido a casa y por qué, de modo que tuvo que volverse por donde había venido, dando por hecho tácitamente que yo me pasaría por la librería al final de la jornada, como tenía por costumbre. Eccles me puso a trabajar con la

prensa, y mejor así, de ese modo no tendría que salir de la trastienda ni tratar con clientes. No estaba seguro de poder disimular mi consternación por lo que consideraba una confrontación inevitable y, además, la labor repetitiva que entrañaba el trabajo con la Vandercook me sumió en una especie de meditación y me mantuvo despejada la mente al menos por un rato. A resultas, las horas de la tarde se disiparon rápidamente y, antes de darme cuenta, mi jefe me anunció que era la hora de cerrar. Limpié la prensa, apilé las hojas terminadas sobre la mesa de trabajo, me aseguré de que las latas de tinta y de disolvente estuvieran bien cerradas y fui al baño para asearme.

Al pasar por delante de la pequeña guillotina industrial que utilizábamos para recortar las tarjetas de visita, las cartas de restaurantes, las invitaciones y todos nuestros encargos de imprenta, pensé en las manos perdidas de Adam y en los guantes ensangrentados y condenatorios que alguien había plantado no hacía mucho en nuestro jardín. No sentí miedo, vergüenza, inspiración ni nada parecido a una emoción. Entumecimiento describiría mejor lo que experimenté al ver la afilada hoja que utilizábamos casi todos los días y en la que, por alguna razón, no había pensado mucho hasta entonces. En el aseo sacudí la cabeza mientras me lavaba las manos y las enjuagaba bajo un chorro de agua muy caliente. Por suerte no había espejo en el aseo del personal: no me habría gustado ver la cara que tenía en ese momento, por mucho que no supiera cuál sería mi reacción, si un mohín de desdén o una sonrisa. Prefería no verlo.

Me sequé los dedos, los nudillos, las palmas, las muñecas y las extendí en alto ante mí. Aunque pueda parecer una locura, las observé, por delante y por detrás, pensando en el trabajo tan refinado que habían logrado durante años. Era consciente de que todos hacemos cosas malas con nuestras manos, incluso aquellos que pasan gran parte de su vida trabajando en ámbitos más caldeados por la bondad ética. Las mías eran dos manos normales, que habían cometido en el pasado actos tanto virtuosos como pecaminosos. Lo que pudieran hacer en el futuro era una incógnita, aunque juré que, por mi mujer y el hijo que esperábamos, haría todo lo posible por evitar que se descarriaran y tomaran una dirección destructiva.

Fuera, un viento meridional refrescó el aire ya de por sí frío. Tenía un ligero regusto a salmuera, tal y como solía ocurrir antes de las tormentas que se formaban en la desembocadura del río Kenmare, un estuario donde las aguas dulces del Roughty se encontraban con las saladas del Atlántico. Metí las manos, aún templadas por el agua del grifo, bien dentro de los bolsillos de la chaqueta y pasé por la estafeta de correos, donde por suerte no había cartas, antes de encaminarme hacia la librería. Al contrario que en días pasados, no me molesté en cuidarme las espaldas o buscar entre los transeúntes una cara que preferiría que no me fuese tan familiar, dadas las pocas veces que había visto a Slader en persona. Tenía claro que de todas formas me abordaría cuando a él le pareciera oportuno y, viendo que nada podía hacer yo al respecto, pensé que lo mejor era ahorrar fuerzas y no dedicarle más energía al asunto.

De modo que opté por pasarme por una pequeña y bonita tienda de ropa de mujer hecha a mano en la que a Meghan le gustaba detenerse para ver el escaparate, y le compré una bufanda de lana para el invierno y un pañuelo de seda para la primavera, con la intención de regalárselos en Navidad. Sin embargo, cuando la dependienta empezó a envolvermelos, cambié de opinión y le pedí que no utilizara el papel de regalo de las fiestas, sino el normal, uno plateado que tenían.

—Es para un cumpleaños, no para Navidad —añadí sin mucha necesidad.

A paso más ligero, pues llegaba tarde y el viento empezaba a arreciar, decidí que esa noche celebraríamos un segundo cumpleaños sorpresa, para compensar la debacle del sábado anterior y las enloquecedoras molestias nocturnas que siguieron. Gran parte de la estabilidad y la felicidad de las que disfrutaba provenían directamente de mi devoción por Meghan y de la suya por mí. Sin embargo, en los últimos tiempos parecían haberse abierto en el muro de su afecto hacia mí unas fisuras finas como cabellos, o esa era la impresión que tenía. Era, cuando menos, preocupante... O no, debía admitir que me resultaba aterrador. Sin ella me vería perdido, despojado de todo, y lo sabía. Aunque tampoco podía pretender reparar esas grietas ostensibles con un par de pañuelos, por bonitos que fuesen. Con todo y con eso, tenía la sensación de que debía hacer algo para suavizar las cosas entre nosotros.

La encontré de pie, de brazos cruzados, en el porche de la librería, que estaba ubicada en una casa apartada de las calles principales del pueblo.

—¿Tiene usted una amante, caballero? —me preguntó en un tono no del todo chistoso.

—¿Cómo? —fue lo más que pude decir.

—Pues que no te he encontrado a la hora de comer cuando me he pasado por tu tienda y me han dicho que habías ido a casa a por la cartera, cuando yo sabía que la tenías porque esta mañana me has dado dinero cuando hemos llegado al pueblo. Y ahora apareces tarde y tú siempre llegas puntual. Me parece que merezco una explicación.

Aliviado, sonreí y le tendí la bolsa de la tienda de ropa.

—Llego tarde porque me he parado un momentito en la tienda de Eileen para comprarte otro regalo de cumpleaños, que, si me lo permites, preferiría que abrieses en el restaurante que escojas para esta noche. Y es verdad, le mentí a Eccles con lo de la cartera porque quería llamar a Atticus desde casa para preguntarle por *La escalera de caracol*. Y amante ya tengo, y resulta que eres tú. Creo que ahora soy yo quien merece una disculpa...

A Meghan le mudó el rostro, se le limaron las asperezas y se le relajó la tirantez de los labios. Era como si de pronto una luz sutil, como de luna creciente, la hubiera iluminado por dentro. Me dio las gracias por el regalo, me aseguró que no tenía que haberme molestado y se disculpó con más vehemencia de lo que su inofensiva acusación merecía.

Tuvimos suerte de encontrar mesa al lado de la chimenea de nuestro *pub* favorito —aunque para entonces teníamos más de un favorito—, pues la lluvia había empezado a caer en ráfagas constantes antes de llegar. No tenía nada que ver con el lujo del restaurante de Kinsale, pero comimos divinamente, una rica sopa marinera con almejas y una empanada de pescado. Daba la impresión de que Meghan había recobrado su humor habitual y cuando me preguntó qué había dicho Atticus sobre el libro de Yeats, le conté sin faltar a la verdad que no sabía nada del tema... Sí, no sabía nada porque no se lo había preguntado directamente, pero el caso es que la respuesta tenía mucho de cierto. La segunda pinta me catapultó a un espacio-tiempo en que la vida parecía buena, segura, sin amenazas del pasado o «lo que está por venir». Sabía que había estado viviendo en una especie de curva senoide, una ola creciente de altibajos, ora esperanzado ora acabado, ora dormido ora desvelado, ora engreído ora profundamente vacilante. Si tal montaña rusa de humores y ánimos me había pasado factura, imagínense lo que habían tenido que suponer los últimos meses para Meghan.

Cuando mi mujer se excusó para ir al baño de señoras, me sorprendí mirando fijamente las cabriolas de las llamas limón y naranja de la chimenea, y tomé entonces una decisión que estaba determinado a llevar a cabo. Si Slader me abordaba para pedirme otra partida de dinero sucio, aparte de matarlo, cosa que no tenía intención alguna de hacer, no tendría otro remedio que pagarle sin rechistar y con toda la presteza que me fuera posible. Se me ocurrió abrir una cuenta para transferir todos los futuros ingresos por las ventas de Atticus de los libros de mi padre —hasta la fecha solo había vendido más o menos la mitad y muchos los había cedido a plazos, con pagos que se extendían durante varios años— sin que Meghan lo supiese y desde la que, a mi vez, podía pagar a Slader. Sería una suma considerable, suficiente para comprar con ella otras obsesiones y que me dejara en paz. También podía prometerle que no volvería a cruzarme en su camino, aunque dudaba que, a esas alturas, le diera mucho crédito a mi palabra. Gato escaldado...

A pesar de que el fuego vivo era de lo más hipnótico y la *stout* me había relajado sobremedida, comprendí que quizá todo eso no bastara para deshacerme de aquel hombre. Pero al menos, pensé mientras Meghan volvía y se sentaba en su sitio, tenía mi respuesta preparada para cuando viniera a llamar a mi puerta. Meg abrió por fin los regalos cuando llegó el café y le gustaron tanto que esa noche, al volver a casa, rodeó su grácil cuello y sus bellos hombros con el pañuelo y la bufanda.

Su carta llegó al día siguiente a la estafeta de correos, tan puntual como si la hubieran sincronizado con un calendario perverso. Ajeno al taciturno tiempo húmedo de la mañana, al cielo plomizo que se extendía en un manto bajo y claustrofóbico por encima de mi cabeza, me senté en un banco público de la plaza del pueblo y la leí. Para entonces no me extrañó en absoluto que careciera de saludo o firma al final, ni que estuviera escrita con la letra de W. B. Yeats y no con la de Henry James o Arthur Conan Doyle; formaba igualmente parte de la rutina. Tampoco me resultó tan inquietante como en su momento las primeras cartas de Slader, cuando no tenía ni la menor idea de a quién me enfrentaba. Aparte de esos detalles previsibles, la carta no supuso ningún alivio, ni pretendía serlo.

¿Qué relación tiene contigo un poeta muerto? Con tu avaricia y tu locura has creado un problema que requiere una solución. Es culpa tuya y solo tuya. Tuviste la oportunidad de empatar, pero no pareces apreciar el honor que hay en capitular en la derrota. Puedo, porque soy bondadoso, perdonaros la vida a ti y a tu familia una última vez. Mis instrucciones llegarán pronto. Síguelas al pie de la letra si no quieres que el niño se críe en un hospicio para expósitos.

No era Yeats, pero sin duda tenía arte con las palabras..., aunque, en lugar de arrugar el gesto ante aquella imagen final anticuada, sonreí desdeñoso por su petulancia. Lo peor, sin embargo, era que sus instrucciones llegarían «pronto». ¿Y por qué no ya? ¿Para qué perdía el tiempo? ¿Slader era un mero sádico o aún no había decidido qué quería de mí? Pese a ser cuestiones tan pasmosas como frustrantes, me encomendé con firmeza al pacto que había hecho conmigo mismo por mantener la calma dentro de lo posible, dadas las circunstancias, y reaccionar solo cuando se diese la situación.

Esa tarde, después de salir del trabajo, me fui directamente a casa en lugar de esperar una hora a que cerrara la librería. Meghan me había dicho que quería caminar, hacer un poco de ejercicio por ella y el crío. «Demasiada comida de *pub* rica y grasienta», había bromeado esa misma mañana mientras desayunábamos. Le dije que nos veríamos en casa a su vuelta, que yo quería hacer algunos arreglos y tal vez leer un rato.

Cuando aparqué el coche en la entrada, me pareció ver al chucho negro y marrón en la linde del prado, a un par de metros de la hilera de árboles. «Hijo de perra», pensé y contemplé la posibilidad de coger una piedra y acercarme como si tal cosa hasta plantarme a su lado y aplastársela contra su cabeza desprevenida. Y acabar así con su miseria y la mía. Pero me lo pensé mejor, apagué el motor y me retiré al

interior llevando en la mano una bolsa de papel con una lata de disolvente que había cogido del trabajo, y cerré la puerta tras de mí. Dejé la gabardina, me quité de un puntapié los zapatos llenos de barro en la entrada y bajé directamente al sótano para ir en busca de los guantes. Tras apartar con sumo cuidado la arpillera que ocultaba las bolsas de plástico donde los había escondido, me quedé consternado al ver que el hedor agridulce y acre de la muerte, por vago que fuera, seguía acechando en aquel aire viciado y mohoso. Me llevé las bolsas hasta la pila y me puse a frotar los guantes para quitar las manchas de sangre marrón rojizo de la piel de becerro. Huelga decir que no tenía intención alguna de utilizarlos, pero, cuando los tirara en un contenedor público, como tenía pensado hacer, quería que tuvieran el menor rastro posible de aquella sangre reveladora; aunque, por supuesto, lo que pudiera revelar solo podíamos descifrarlo Slader o yo, compinches reacios y remisos.

Las manchas salieron mejor de lo previsto y mucho más rápido, y también las bolsas de plástico quedaron bastante limpias pese al olor a disolvente, que también conseguí quitar tras darles varias pasadas de agua fría y caliente. Me sequé las manos después de lavármelas en el lavadero metálico y volví arriba. Otra bolsa de plástico de la cocina, una mirada furtiva por la ventana trasera para ver si seguía rondando aquel chucho sarnoso —bien, parecía haber desaparecido— y al poco tiempo estaba de vuelta en el coche, esa vez rumbo al puente de Cromwell, en dirección contraria al pueblo, hacia un pequeño puerto deportivo en un lago con aspecto de fiordo y con un agua que refulgía como tinta china. Con anterioridad había ido en una ocasión con Meg, en un radiante día a mitad del verano, para ver a los windsurfistas con sus trajes de colores chillones haciendo bordadas surrealistas, adelante y atrás. Aquel día el muelle estaba atestado y el aparcamiento junto a la orilla, lleno. Esa noche, en cambio, no había ni un alma y pude dejar mi despojo en la papelera con tapa más cercana sin muchas complicaciones. Antes de regresar a casa, aunque el tiempo apremiaba y Meghan no tardaría en llegar, me tomé un momento para inspirar el dulce aire empapado en bruma del condado de Kerry y llenar los pulmones con el apremio lujurioso de un paciente terminal. Inhalé y exhalé, asegurándome a mí mismo que todo saldría bien, que la vida se calmaría y se instalaría una rutina de domesticidad, paternidad y serenidad. Después, si bien algo mareado pero con la lucidez suficiente para conducir, regresé sobre mis pasos por la sinuosa carretera cubierta por la bóveda que formaban las copas de los árboles.

Como si fuera la mascota de la familia, cuando volví a torcer por el camino de la casa, el chucho estaba en el primer escalón del porche delantero. Los faros del coche se reflejaron en sus ojos, que brillaron con un inquietante blanco irisado, como si fuera mercurio, unos ojos que eran cuencas vacías. Con ánimo más desafiante que temeroso —al fin y al cabo nunca me había perseguido y se había limitado a salir corriendo la vez que le había gritado—, bajé del coche y cerré con fuerza la portezuela, dando por hecho que bastaría para espantarlo. Pero, cosa extraña, no fue así. Conforme me acercaba al porche, comprendí que la cólera que podía sentir hacia

aquel animal estaba totalmente fuera de lugar. No se dejó amilanar hasta que lo tuve a una distancia en que podía acariciarlo o patearlo, y entonces me gruñó para advertirme de que no hiciera ni lo uno ni lo otro. Cuando lo vi enseñoreándose de un trozo de carne fresca que había ante él, entendí claramente lo que ocurría. «Títere inútil», pensé y miré hacia atrás para escrutar los prados en penumbra y el camino de entrada.

Y entonces vi una figura que se acercaba en mi dirección, a unos cien metros por el carril de tierra que daba a nuestra entrada.

—¿Meghan? —chillé esperanzado; como no parecía haberme oído, volví la vista hacia el perro y le pregunté en voz baja—: ¿Qué puedo hacer por ti?

Casi como si me hubiera entendido o le hubiera dado el pie para hacer su entrada, el animal cogió su pedazo de ternera, cordero o lo que fuese y se alejó, primero caminando, luego al trote y por último en un sigiloso esprint por el prado, hasta desaparecer en el bosque.

Me volví de nuevo para ver la figura que se acercaba cada vez más y que seguía sin distinguirse bien, y volví a llamar:

—¿Meghan?

—¡Hola! —me respondió, y oír su voz me supuso un alivio mucho mayor de lo que me gustaría admitir.

Atravesé el porche, abrí la puerta y encendí la luz. Por el rabillo del ojo me fijé en que justo al lado de donde había estado el perro había un sobre en blanco. En un movimiento rápido, me agaché para recogerlo y me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta, rogando para mis adentros que Meghan no se hubiera dado cuenta. El crujir de sus pisadas sobre la grava gruesa recordaba al jadeo acompasado del anciano que da su último estertor entre toses o ríe para sus adentros.

—¿Qué haces aquí fuera con el abrigo puesto? —me preguntó sonriendo mientras salvaba el par de escalones del porche y me daba un beso.

—¿Yo? Ah, nada, el perro ese, que estaba otra vez ladrando y he salido a espantarlo.

—Vaya, se está convirtiendo en un incordio —comentó mientras entraba en la casa y se quitaba el impermeable—. Podríamos preguntar por los alrededores, a ver si algún vecino sabe de quién es. No me hace ninguna gracia que esté por aquí rondando cuando nazca el crío.

Me quedé unos instantes más en el porche, escrutando la ya cerrada penumbra del paisaje, cuyas formas y bordes se habían emborronado con la caída de la noche.

—¿Vienes? Está entrando todo el frío.

—Claro, perdona —respondí, antes de volver al interior y echar el cerrojo.

Le dije que pensaba lo mismo sobre el perro y le prometí que iría a investigar al día siguiente.

En ocasiones me preguntaba por qué Slader no acudía directamente a la policía o, peor aún, hablaba con Meghan, le disparaba a bocajarro sus acusaciones mordaces y acabábamos antes. Como es natural, esa solución hubiera sido mi peor pesadilla hecha realidad e imaginaba que, como tal, era la más apetecible para él. Pero el único beneficio de proceder así era la venganza y no el dinero, y a Slader, pese a lo complejas que hubieran podido ser sus relaciones con Adam Diehl, lo movía principalmente el lucro puro y duro, el todopoderoso dólar. Un defecto bastante convencional, pensé, para una psique tan retorcida.

En su carta, que leí abajo cuando Meghan se acostó, me proponía un encuentro (o más bien, en honor a la verdad, me exigía). En un gesto muy civilizado, quería que nos viéramos para un almuerzo tardío en el restaurante del hotel donde se hospedaba, que resultó ser el de Henry Street, en pleno centro. La carta, prescindiendo esa vez del hológrafo de Yeats y escrita en las mayúsculas de un colegial cualquiera, proseguía así:

Quiero pensar que no te planteará mayor dificultad, puesto que está frente a tu lugar de trabajo. Sí, lo he elegido por esa misma razón. He de decirte lo mucho que admiro tu puntualidad al entrar y salir del trabajo. La responsabilidad que implica llegar a la hora me da esperanzas y me hace confiar en que podremos encontrar una solución a nuestros problemas y atenernos a ella como si fuera ley. Porque así ha de ser, y lo sabes.

Era un psicópata, no cabía duda, pero no pude por menos que respetar su persistencia y su audacia. Y, por extraño que parezca, cuando subí para meterme en la cama con mi mujer, lo hice sintiendo que me había quitado un peso de encima. Al posar la cabeza sobre la almohada, agradecí poder atisbar un fin en el horizonte y que, pese a la fanfarronería verbal y los ardides amenazadores de Slader con aquel pobre perro alelado, al parecer aún dejara la puerta abierta a un acuerdo civilizado conmigo. ¿Por qué encontrarnos en un elegante restaurante de un hotel antiguo si tuviera otros planes en mente? Callejones oscuros, cementerios festoneados de niebla, cavernas sombrías y goteantes: esos sí eran emplazamientos propicios para encuentros violentos, lugares góticos que reflejaban lo lúgubre de las mentes de quienes los tienen hechizados, y no una bonita sala cubierta de papel pintado donde la cubertería de plata se entrechoca con la vajilla de porcelana y unos camareros sonrientes van enumerando los platos especiales del día. Es más, habiendo adivinado lo que seguramente iba a proponerme —o al menos algo podía figurarme a la vista de lo que me había pedido en la última ocasión— y decidido cuál sería mi contraoferta,

esa noche tuve el sueño profundo y sin pesadillas y me desperté como nuevo, después de dormir como no lo había hecho en meses.

Fiel a sus métodos, no me había proporcionado instrucciones sobre cómo aceptar la cita, que había fijado para el mediodía siguiente. Me decidí a dejarle una nota en la recepción del hotel en la que le decía que estaría allí a las tres, tal y como proponía. Era algo tarde para almorzar, pero me dije que seguramente querría quedar a esa hora porque el comedor estaría más o menos vacío, un lugar público tranquilo donde tener una charla privada tranquila. Aunque en el hotel no había nadie registrado con el nombre de Henry Slader, cuando se lo describí al conserje, me dijo:

—Ah, sí, debe de referirse usted al señor Henry Doyle.

Sonreí y le tendí el sobre:

—El mismo. ¿Puede asegurarse de que lo reciba?

Atravesé la calle y dejé atrás un par de portales antes de entrar en la tienda de Eccles, convencido de que tenía clavados en la espalda los ojos de Slader-Doyle. Por suerte, no cedí a la sarcástica tentación juvenil de volverme y saludar hacia las ventanas superiores del hotel. Mi paso cohibido, con zancadas demasiado largas y confiadas para aquella corta distancia y el hormigueo de infelicidad que me revolvía el estómago, debía de ser una visión penosa. Estaba deseando abrir la puerta de la tienda y cerrarla rápidamente a mi paso.

No había mucho que hacer. La temporada turística se acabó en cuanto el frío llegó a Kenmare para quedarse. Las horas pasaban muy lentas. Como Eccles no tenía tareas de impresión que encomendarme, me dediqué a hacer inventario, a poner nuestra selección de crismas en los estantes principales y a ayudar a colocar la decoración festiva en el escaparate, con las clásicas agujas de pino y las hileras de luces blancas eléctricas. Según me contaron, en esa época lo que más vendíamos eran cosas para rellenar los calcetines de la chimenea, diarios para que la gente anotara sus pensamientos más secretos, lápices divertidos y gomas de broma con el típico *leprechaun*, sí, por no hablar del papel y las cintas de todos los colores para envolver los regalos. No podía evitar escrutar a cada tanto la calle por la ventana, pensando que tal vez apareciera Slader, pero la luz del día no tardó en desvanecerse —nos acercábamos a los primeros días del invierno—, y las caras se oscurecieron, pese a que las cristaleras de las tiendas, los *pubs* y otros negocios de ambos lados de la calle permanecían alegremente iluminadas.

Conforme pasaron las horas hasta el gris anochecer —Meghan estaba pachucha, de modo que preparé una cena sencilla, un caldo y una tortilla—, me sorprendí repasando los acontecimientos que habían conformado y reformado mi vida en los últimos años. En primera fila de mis pensamientos, Henry Slader. Y, más en concreto, me vi preguntándome por qué habría desarrollado esa aversión hacia mí, que sentía como un auténtico odio visceral. Estaba claro que nos habíamos enredado, si bien hasta cierto punto sin querer, en negocios encontrados. Naturalmente, dos falsificadores interesados por los mismos autores, compitiendo furtivamente en el

mismo pequeño mercado y obligados por la especialización a compartir contactos, no estaban destinados a hacerse amigos rápidamente. Con todo y con eso, me resultaba inexplicable que Slader empleara tanto tiempo y esfuerzo —por no hablar de dinero; *La escalera de caracol* no era un libro barato ni los vuelos a Irlanda los regalaban— en su intento por asustarme, acosarme y amenazarme. El delito no parecía a la altura del castigo.

Mientras despejaba la mesa pensando en otra cosa y con Meghan ya leyendo y descansando en el salón, me sorprendí preguntándome si la conexión de Henry Slader con Diehl no sería más estrecha de lo que yo había imaginado hasta el momento. Si Adam suponía para Slader una fuente más rentable de lo que yo había imaginado, eso podía haber llevado a la policía a volver a interrogarlo, ¿no? Y, en el mejor de los casos, explicaría su conducta actual. Y si el recibo que había descubierto en Montauk no era más que la punta del iceberg —que a esas alturas estaría deritiéndose—, habría tenido razones para creer, dado que parecía convencido de que yo había matado a Adam, que le había robado mucho más que la falsificación Baskerville. De poco alivio me sirvió recordar los debates del siglo XIX en el Parlamento británico sobre si la falsificación en sí podía definirse como robo y, en consecuencia, la pena de muerte era o no adecuada como castigo. En ese momento, me ponía del lado de Charles Bowdler, quien en 1818 argüía que «igual de absurdo es que los hombres se dediquen a acribillar el sol con bolas de nieve que buscar argumentos para defender la condena a muerte por el delito de falsificación». No pude por menos que preguntarme de qué parte estaría Slader, quien seguramente, al contrario que yo, no habría leído el tratado de Bowdler *De la pena de muerte en casos de falsificación*. Si me consideraba no solo un asesino, sino también un ladrón, lo que a su entender podía ser peor, un atracador empeñado involuntariamente en dejarlo en la miseria, ¿qué pasaría?

Esa noche le conté a Meghan una mentira, algo que en ocasiones creía un pecado justificable e incluso necesario. Ella había hallado un atisbo de paz en su vida tras la muerte de su hermano; guardarme para mí cosas que podían dañarla o causarle una preocupación innecesaria no solo era lo justo, sino lo más aconsejable. Con esto en mente, le mencioné que Eccles quería que quedáramos con otras personas al día siguiente sobre las tres para hablar de la posibilidad de unir nuestros esfuerzos y montar una pequeña editorial.

—¿De verdad? Qué maravilla.

—Bueno, es pronto y tal vez no lleguemos a hacer nada —mentí, aunque al instante quise borrar lo dicho.

—¿Qué clase de cosas publicaríais?

—Creo que solo pliegos de cordel, ediciones limitadas en un bonito papel verjurado y cosidas a mano a unas tapas gruesas. De autores locales, imagino que sobre todo poetas que financiarían los libros. No sé. Se nos acaba de ocurrir.

No estaba pensando con claridad. ¿A qué inventar un ardid tan complejo solo para sacar un par de horas con Slader? Cuando Meghan exclamó «qué idea tan maravillosa», el alma, ya apesadumbrada, se me cayó directamente a los pies.

—Bueno, tranquilidad —dije bajando la voz como si así atenuara la realidad del proyecto que acababa de sacarme de la manga—, podría no ser más que el cuento de la lechera.

—Sea como sea, me gusta la idea. Estoy deseando que me digas cómo ha ido la reunión.

—Ya te contaré —contesté y me sentí aliviado al ver que poco después se iba a la cama.

La palabra «cenizo» me volvió como un reflujo ácido en la garganta, mientras terminaba de lavar y secar los platos. «Al menos esta noche —me dije mientras subía lentamente las escaleras para meterme en la cama con Meghan, con la parsimonia y el titubeo de un anciano— no habrá numeritos penosos de Slader y su perro». El camino para salir de mi pequeño embuste era fácil de falsificar: la reunión fue mal, una pena, el proyecto no llegaría a cuajar.

Justo después del amanecer, con una grácil niebla color crema sobre las copas de los árboles del bosque al otro lado de la ventana, me vestí y me fui a trabajar más temprano de la cuenta para evitar seguir hablando y, en consecuencia, perpetuando mi absurda mentira. Meghan, que aún no se encontraba bien, aunque lejos habían quedado sus días de náuseas matutinas, decidió permanecer en la cama. Como nunca se había ausentado del trabajo, imaginó que, por una vez, el dueño sabría arreglárselas sin ella. A mí, que deseaba que se mantuviera lo más apartada posible del pueblo, me pareció buena idea, y le puse la mano en la frente y le dije que la notaba un poco caliente y sudorosa, lo que, por lo demás, era cierto.

—Parece que el tiempo irlandés ha acabado pasándote factura —aventuré.

—Que vaya bien la reunión —fueron sus últimas palabras antes de despedirme con un beso y dejarla con una bandeja con pan de soda, mantequilla y mermelada y una tetera entera de té con canela.

Después de pasarme la mañana en la papelería mirando el reloj —distráido, le cobré de menos a una mujer y luego de más a la siguiente—, le dije a mi jefe que tenía que salir temprano para ir a recoger a un buen amigo de Estados Unidos para un almuerzo tardío, en una nueva mentira, y así terminé mi jornada y atravesé la calle para entrar en el restaurante del hotel. Slader aún no había llegado a pesar de que eran las tres pasadas y de que, por lo que sabía, solo tenía que bajar las escaleras hasta el salón. Pedí una pinta. Pero cuando la camarera daba ya media vuelta, me lo pensé mejor y la cambié por un Connemara solo doble.

Me tuvo esperando media hora larga y, entretanto, empezó a preocuparme la posibilidad de que, mientras me emplazaba allí para un supuesto encuentro, hubiese ido a mi casa para presentarle a Meghan su alegato contra mí. Apareció justo cuando llegaba mi segundo doble: la ironía tiene esas cosas.

—Perdón por la tardanza —se disculpó al llegar.

¿Cómo describir mis sentimientos al verme allí sentado mientras él pedía un Jameson y yo miraba con atención, casi diseccionándolo, a aquel hombre que me había causado tanto dolor y desazón, y para quien, por lo visto, yo había sido un azote innegable?

—Bueno, aquí estamos —dijo interrumpiendo mis pensamientos, o desplazándolos.

—Aquí estamos.

No pude evitar admirarme por lo civilizado que parecía, con sus pómulos prominentes, la seriedad de erudito de sus ojos oscuros, su chaqueta de gruesa pana negra, hecha a medida pero visiblemente cómoda, las manos y dedos gráciles con las venas muy marcadas y blancos como el yeso. Era más elegante y más robusto físicamente, más recio podría decirse, de lo que recordaba de nuestro encuentro del gato y el ratón en el Armory y la breve cita que mantuvimos tiempo después. Lo que más me llamó la atención, aunque la idea pasó tan fugazmente por mi cabeza que apenas me pareció real, fue que vi en aquel Henry Slader visible y visceral a alguien con quien en un mundo ideal habría podido hablar con franqueza sobre lo que ambos tanto amábamos. Si existía alguien vivo con quien podía tener un diálogo sofisticado y en profundidad sobre falsificación era aquel colega artesano sentado a solo unos palmos de mí. En un momento de chaladura y absurdo, y reprendiéndome ya mientras levantaba la copa para hacer un brindis, dije:

—*Sláinte*.

—*Sláinte* —repitió.

Nos quedamos unos instantes mirándonos sin decir nada hasta que, como si tal cosa, me preguntó:

—¿Quieres comer? —A continuación, dejó la copa sobre la mesa y echó un vistazo a la hoja con la carta, que casualmente habíamos impreso unos días antes en la tienda.

—Si comes tú también, sí. Si no, no —dije viendo cómo Slader curioseaba la carta tan tranquilamente—. Pero ¿de verdad hemos venido a comer?

—Bueno, no veo por qué no. Yo estoy muerto de hambre. Pide algo, aquí tienen un pescado muy bueno...

—Lo sé.

—Además, invito yo, ya que has tenido la gentileza de hacer un hueco para venir —prosiguió, ofreciéndome una sonrisa exquisitamente beligerante mientras le hacía señas a la camarera, la única otra persona de la sala, para que se acercara y preguntarle por el pescado fresco del día.

Cuando la chica se fue con dos comandas idénticas —yo no tenía ni apetito ni interés por la caballa recomendada ni por ningún otro pescado cosechado ese día en las redes de la bahía de Kenmare—, retomó la conversación justo por donde la había dejado.

—Aunque supongo que podría decirse que no estás aquí por voluntad propia, de modo que tal vez lo de tener la gentileza de hacer un hueco no es muy exacto. No importa, el caso es que me alegro de que hayas venido. Es importante que aclaremos unas cuantas cosas.

Agradeciendo que quisiera abordar directamente los puntos del día que tenía en mente, fueran los que fuesen, le dije:

—No puedo estar más de acuerdo. Mira, antes de que me expliques lo que tienes pensado, me gustaría decir una cosa.

—Para eso hemos venido, para hablar. Adelante.

—Por si vale de algo, aunque a estas alturas imagino que no mucho, siento lo del asunto Baskerville. No debería haberlo copiado ni haberlo vendido.

Slader pasó la punta del índice por el borde de su vaso de *whisky* sin dejar de mirarme a los ojos.

—No, la verdad es que no deberías haberlo hecho. Y no es que tu disculpa no valga mucho, es que no vale lo suficiente.

—Bueno, estoy dispuesto a darte el dinero que me dio Atticus.

—Eso es inevitable, desde luego.

Hicimos un alto en la conversación mientras la camarera regresaba con nuestras sopas, nos preguntaba si queríamos otra ronda —y sí, aunque cambiamos al vino— y se iba.

—Es lo justo.

—Dejemos una cosa clara desde el principio: yo no he venido a este páramo perdido a comer caballa, beber vino y ser justo. Hace tiempo que perdiste la oportunidad de que fuera justo contigo, y me da que fue mucho antes de lo que crees.

—De acuerdo —dije en voz baja, mientras la chica regresaba con nuestra botella, la abría y nos servía—. ¿Qué entiendes tú por injusto? Si puedo, intentaré compensarte.

Esperó a que la camarera se fuera para responder:

—Tranquilo, que podrás.

Mucho antes de lo que creía. Las cavilaciones sobre Adam Diehl me volvieron a la cabeza y acaricié la idea de preguntarle abiertamente hasta qué punto había estado involucrado Adam en su vida y sus negocios. Sin embargo, recordé entonces algo que dice Orson Welles en la película suya que más me gusta, un documental sobre falsificadores de arte: «Los tramposos siempre hemos existido». Para mí, lo que quería decir en ese momento, dejando a un lado la muerte de Adam Diehl, era que la idea en sí de justicia o injusticia no tenía sentido para gente como Slader o como yo, y que los de nuestra ralea siempre habían existido y seguirían existiendo. Slader y yo no éramos más que dos iteraciones de una tradición tan insigne como sórdida. Ambos éramos falsificadores y falsificaciones: fingíamos ser hombres reales, sofisticados, educados, caballeros emprendedores que siempre conseguían lo que se proponían. Pero, por mucho que me doliera reconocerlo, no éramos más que sombras de

hombres de verdadera enjundia. Y no nos consideraba tan dignos de lástima como vagamente graciosos. Sí, a qué negarlo, los nervios me habían hecho pasarme con la bebida, pero aquel remolino de ideas tenía todo el sentido del mundo. Por unos instantes fugaces, me sentí afín a aquella otra alma perdida en la que veía más a un complejo camarada que a un mero rival.

—Te doy un penique si me dices qué piensas —comentó Slader, arrastrándome de vuelta a la realidad presente.

—¿Un penique de verdad o falso?

—Tienes razón —contestó sin reírse—. Da igual.

—¿Podemos dejarnos de jueguecitos y hablar directamente de qué quieres de mí?

—Te lo voy a decir —replicó recalcando las sílabas con un leve tamborileo sobre la mesa—. Como acabamos de acordar, me vas a dar el dinero que Atticus Moore te dio por tu copia mutilada de mi Baskerville.

—Querrás decir mi copia perfeccionada de tu Baskerville.

—Déjame que te recuerde que no estás en una posición de poder. Al menos, si quieres que tu vida con tu mujercita siga en su estado actual de júbilo conyugal. Lo siguiente es que voy a necesitar medio millón más.

—¿Por daños y perjuicios?

—No, ahora vamos con eso. El medio millón es por la pérdida de ingresos.

—¿Y cómo me las he arreglado para hacerte perder ingresos, si puede saberse? —le pregunté recobrando de golpe la sobriedad y viendo que los ojos que me habían impresionado poco antes refulgían ahora con la frialdad y la implacabilidad del depredador nato.

—¿De verdad eres más lento que la policía? ¿Voy a tener que deletreártelo? Al matar a mi amigo, mi socio y protegido, a tu cuñado...

—Ni era mi cuñado ni lo maté yo...

—Al matarlo, acabaste también con mis mejores contactos, los que tenía a través de él. Y no insultes la inteligencia de ambos negando los hechos.

—¿Cómo sabes que lo maté yo? ¿En qué te basas? —Sintiendo que me temblaba la mano, la desplacé suavemente de la mesa al regazo.

—No puedo decir que lo supiera. Me baso en lo que me contó sobre ti. No le gustabas ni un pelo, te tenía miedo. Y cuando me pagaste, lo supe.

—No sabes nada de nada. Además, si tanto crees saber, Aristóteles de pacotilla, ¿por qué no me entregaste a la policía?

Slader se inclinó hacia delante con la cara contraída en una máscara de furia tan ciega como contenida.

—Es una pregunta tan descortés como compleja, pero la respuesta más sencilla es que no habría servido a mis propósitos.

No mudó la voz, ni en volumen ni en timbre. Se reclinó de nuevo en la silla, esbozó una sonrisa volátil, cogió la cuchara y probó la sopa.

Me quedé sin aliento. Conforme fui asimilando sus palabras, comprendí que todo apuntaba a que Adam Diehl no había falsificado nada. ¿Acaso lo había visto con mis propios ojos haciendo una falsificación o hablando del arte de falsificar? No. ¿Tenía pruebas sólidas de que hubiera traficado con falsificaciones, incluido el funesto archivo Baskerville que le había comprado a Slader y más tarde revendido a Atticus, quien a su vez me lo vendió a mí? Sí, las tenía. Pero ¿sabía a ciencia cierta que él hubiera hecho el trabajo en sí? No. Los tinteros que descubrí en el lugar de los hechos ¿eran realmente suyos —los de un aprendiz, tal y como Slader parecía haber insinuado— o los utilizaba el propio Slader cuando iba de visita a Montauk para hacer algún trabajito en los volúmenes que compraba Diehl? ¿Era aquel ejemplar de Yeats uno de los casos en los que le había salido el tiro por la culata a Slader, una falsificación desechada que a Diehl no le costó darle a su hermana, quien imaginó que no sería capaz de diferenciar una cosa de otra? ¿O en el fondo la letra de Adam no era más que el garabato temprano de un aprendiz poco prometedor y no de un profesional descuidado? Preguntas todas ellas que parecían tener bordes imprecisos y deshilachados de respuestas.

Tendría que haber sentido conmoción o terror, pero por encima de todo experimenté una gran perplejidad. Probablemente nunca llegaría a conocer la verdad si no averiguaba la forma de engatusar a Slader para que confirmara o negara que la muerte de Adam Diehl no había tenido sentido, que había sido una muerte errónea que no había llevado a nada. Fuera como fuese, no había vuelta atrás, no se le podían reintegrar las manos ni desmachacarle la cabeza, devolverlo a su vida más bien estéril y esperar que, al seguir adelante, su vagón chocara con una buena estrella y no con un agujero negro.

—A ver si me aclaro —dije recobrando la concentración y muy consciente de mi impertinencia—. ¿Adam Diehl y tú trabajabais juntos?

Slader ignoró la pregunta y siguió a lo suyo:

—Medio millón, decía. Bueno, que sean seiscientos mil con intereses, para cubrir los gastos de recaudación. El dinero Baskerville. Y lo más importante, de cara al futuro, puesto que ambos tenemos por delante un buen puñado de años en los que ganarnos el pan...

—Siempre que no intentes matarme con tu perro marioneta —lo interrumpí—. Pero dime, Slader, ¿de dónde lo has sacado? Esa pobre criatura masticando unos guantes ensangrentados...

—Vas a empezar otra vez a hacer lo que mejor se te da. Yo te proporcionaré lo que te haga falta y todo irá bien.

De modo que así quería que saldase mi deuda. Adam, que se pasó la vida endeudado con su hermana y, ahora se me hacía evidente, con Slader —un lastre producto de su coleccionismo insaciable, con grandes sumas de dinero saliendo y poco o nada entrando—, se vio obligado a buscar la salida del agujero en el que estaba haciendo de perista para Slader. Y ahora, según su plan, yo habría de

convertirme ni más ni menos que en su mano mercenaria. En un momento tan extraño como breve, sentí una punzada de arrepentimiento por que mi vida hubiera dejado el nido y tomado el vuelo como lo había hecho y no de otra forma. Fuera por voluntad propia, costumbre o la inenarrable impronta de la personalidad, el arrebato pasó tan rápido como había llegado. Y tanto mejor. El arrepentimiento es para los vencidos, los desheredados, los caídos, y yo no era nada de eso. Aun así, ¿a qué futuro padre no le preocuparía la amenaza de una bestia alterada a no ser que estuviera bien remetida entre las páginas de un libro de nanas?

La camarera llegó entonces con el pescado y nos preguntó si podía retirarnos la sopa. Ambos asentimos. Cuando se llevó los cuencos, la vi tan delgada que deseé que se tomara la mía en la cocina.

—Perdona, pero la respuesta es no.

—No estás en posición de negarte.

—Pues igual que me estás viendo aquí sentado te estoy diciendo que no. ¿Quieres que me levante para que te lo repita de pie? ¿Prefieres esa posición? Mira, Slader, por mucho que pudiera llegar a disfrutar de ser tu duendecillo, yo ya le he dicho adiós a la falsificación. Le juré a Meghan, mi mujer...

—Sé perfectamente cómo se llama...

—... que no volvería a hacerlo en la vida, y no pienso hacerlo.

Slader me sorprendió con su risa, pero no por el gesto en sí, que supongo que era de esperar, sino porque reflejaba una diversión sincera, sin notas de intimidación, sarcasmo, burla o desdén. Simple y llanamente, le había parecido cómico lo que le había dicho. Comprendí entonces que él era bien consciente de lo mismo que Welles: el que nace falsificador muere falsificador, muere siendo un tramposo.

No vi la necesidad de reiterar lo dicho. Ese tipo de salida, la repetición enfática con el dorso de la muñeca contra la frente, era para heroínas de novela rosa de supermercado. Ojalá lo fuéramos, pero, cuando Slader detuvo en seco la hilaridad, una fría impassibilidad le nubló la cara. Comprendí que era el rostro de un hombre que ha pasado gran parte de su vida solo, ajeno a los demás porque, en todo caso, no tenía por lo general con quien interactuar. Al bajar la guardia durante una fracción de segundo, el lustre que tenía antes, esa tensa superioridad suya y su machismo refinado se desmoronaron y revelaron una cara que me pareció, a falta de una manera más comedida de expresarlo, estúpida... o, peor, descerebrada. Lo vi como un auténtico tarugo.

—Hablemos de la imprenta que hay en tu tienda. Por lo visto, es bien antigua y el señor Eccles tiene un montón de bandejas de tipos aún más viejos.

—Deja en paz a Eccles —le advertí.

—¿Quién ha dicho que tenga intención de molestar a ese señor? Si pudiese procurarte el papel y hacer la mezcla de tinta adecuada, ¿podrías crear con ese chisme un documento de finales del XIX o anterior?

Me acordé entonces de la pulla profética de Meghan, que no se me ocurriera imprimir octavillas con poemas de Poe, Byron..., ¿o era Keats?

—La respuesta es que no lo sé con seguridad. Además, no pienso hacerlo. Y lo que es aún más importante, y nos concierne a ambos, es que no sabría cómo hacerlo para que los dos saliéramos de rositas.

—De lo de salir de rositas me encargo yo.

—Escúchame: dejé a cargo de Atticus un montón de libros, un material increíble procedente de la biblioteca de mi padre, que, como sabrás, está en perfectas condiciones. Podría darte todo lo que queda y ya está.

Slader agitó unos cuantos dedos a modo de negativa.

—Eso ya lo sé. Lo de «perfectas» sería antes de que te diera por «adornarlos»... Los he visto un par de veces cuando he pasado por Providence. —Hice amago de hablar, pero Slader me interrumpió sabiendo lo que yo iba a decir—. No te preocupes, que no he dicho nada porque me imaginé que lo habías hecho para conseguir el dinero y salir del enredo en el que estás conmigo. Pero eso, como mucho, cubriría los seiscientos mil, y yo necesito más, igual que tú. Así que, como verás, vengo en son de paz para proponerte una colaboración pacífica.

Semejante planteamiento edulcorado de sus razones para citarse conmigo no me hizo confiar más en él... Más bien al contrario.

—Aunque quisiera volver a estar en el ajo, no soy más que un novato con la prensa y no podría garantizar que el trabajo pasase desapercibido. Puede que tus compradores sean más ciegos que un murciélago, pero alguien con las mismas habilidades podría llegar a tachar de fraude... —Slader abrió la boca para hablar, pero esta vez fui yo quien lo interrumpió—: Pero permíteme que vuelva a casa y lo consulte con la almohada. Reconozco que te debo dinero. Y, según tú, te debo algo más que eso.

—Me parece bien, pero te pido una cosa: te ruego que no lo comentes con tu mujer. Ambos sabemos lo que te diría, de modo que incluso mencionarle el tema sería perder el tiempo. Cuanto menos sepa de mí, mejor para la salud de todos.

¿Acababa de amenazarnos a mi mujer y a mí? Ni más ni menos..., el muy malnacido. Conocía ya mi respuesta sin necesidad de volver a casa para reflexionar por la noche sobre su absurda propuesta: de ningún modo pensaba cooperar con aquel maniaco insufrible. Se me pasó una idea por la cabeza con una rapidez meteórica, pero no con la luminosidad ardiente de un meteoro..., sino con una oscuridad abismal: a saber, se me ocurrió que tal vez al propio Slader le convendría pensar en su salud antes de ir por ahí repartiendo tareas y advertencias tan alegremente.

—Te doy mi palabra. Además, no tengo ningún interés en que se entere.

Slader sonrió y apuró su copa de vino.

—Tu palabra, mi palabra... la verdad es que no valen mucho...

—En este caso mi palabra vale más de lo que tú te crees —dije al tiempo que dejaba la servilleta en la mesa y me levantaba, visto que quedaban pocos sofismas

que impartirnos mutuamente—. Entonces, ¿nos vemos aquí mismo mañana por la mañana?

—¿A las diez?

—A las diez —concedí, antes de dar media vuelta y dirigirme a la puerta sorteando las mesas, que estaban ya preparadas para los comensales de la noche.

—No le has dado ni un bocado a la caballa —dijo Slader a mis espaldas—. Está espectacular.

Miré de reojo hacia atrás y vi que había cortado una porción de su plato y se lo había metido en la boca. Mientras masticaba lentamente, su cara fue adquiriendo una expresión de profunda satisfacción sibarita, los ojos entornados en una especie de éxtasis sensual y secular.

Cuando entré en la habitación para ver cómo estaba, me encontré a Meghan acodada sobre la cama.

Parecía más pálida de lo habitual y, bajo la luz vespertina, su pelo, por lo general lustroso, tenía un aspecto apagado y mate. Al otro lado de la ventana, Venus parpadeaba sobre las ramas más altas de los árboles, con una belleza totalmente ajena a los asuntos de los hombres.

—¿Cómo ha ido la reunión? —quiso saber tras aclararse la garganta.

—Ahora te cuento. Dime primero: ¿cómo te encuentras? No se te ve mejor, la verdad.

Me senté a su lado y remetí mi almohada bajo la suya para que pudiera incorporarse un poco. Aunque no le noté la frente más caliente que antes de salir de casa, tenía la piel perlada de sudor. Cogí el termómetro del vaso de agua que había en la mesilla de noche y le tomé la temperatura, mientras aprovechaba el breve silencio para aclararme las ideas y pensar qué contarle y qué no. No estaba acostumbrado a ver enferma a Meghan, que solía ser la viva imagen de la salud. Cuando trabajaba en su antigua librería, tenía colgada una octavilla junto a la mesa con una cita de otro de sus poetas favoritos, Ezra Pound, quien había sido íntimo de Yeats cuando no era más que un joven aspirante a poeta. Podía ver el cartel en mi cabeza con la misma claridad que si lo tuviera delante, en grandes caracteres: «El libro debe ser como una bola de luz en nuestra mano». En cierta ocasión, en los primeros compases de nuestra relación, a la misma hora de la tarde, recién cerrada la tienda, estábamos charlando y tomándonos un café cuando le dije en broma: «Tú sí que eres una bola de luz, ¿sabes?». En ese momento supe sin discusión que la quería. Me respondió con otra ocurrencia: «Pues, como el libro, seguro que brillo más en tu mano», dijo, lo que no hizo sino fortalecer la convicción de mi afecto por ella.

En esos momentos, sabiendo que me encontraba ante una encrucijada, sentí que renacía en mí, como si fuera nuevo, ese amor pertinaz, por mucho que nunca me hubiera abandonado, ni siquiera en mis horas más tristes, delirantes o trastornadas. Al verla tan apagada, con su habitual incandescencia mermada por lo que resultaría ser una gripe pasajera que no afectó en modo alguno el embarazo y tan solo le ralentizó levemente su ritmo diario, supe que debía hacer todo lo que estuviera en mi mano por protegerla. Si eso suponía tener que volver a falsificar, que así fuera, me dije. Pero era más probable que significase rechazar la propuesta de Slader.

—Tienes casi treinta y ocho, más o menos como esta mañana. ¿Quieres que te traiga más caldo o algo de comer?

—Sí, te lo agradezco —contestó volviendo a acomodarse sobre las almohadas—. Pero cuéntame qué tal la reunión. Me ha llamado mi jefe para ver cómo estaba y me ha dicho que te había visto esta tarde hablando con alguien en el hotel de enfrente de Eccles. ¿Ha ido bien entonces? Lo he estado pensando y creo que sería una oportunidad estupenda para todos los implicados.

Me esforcé por ocultar la consternación absoluta que sentí en ese momento y le respondí con otra falsedad:

—Sí, era uno de los contactos de Eccles. La verdad es que todavía no sabría decirte cómo ha ido, es demasiado pronto. Pero sí que hemos estado de acuerdo en mantenerlo en secreto hasta que decidamos si el proyecto va para delante o no. Así luego no habrá tanta decepción si la cosa no cuaja.

—Y será más emocionante cuando lo anunciéis. Tiene sentido —dijo, ajena a la punzada de remordimiento que sentí por dentro al mentirle.

Le subí algo de cena y me quedé haciéndole compañía hasta que volvió a dormirse. Con todo el sigilo que pude, cerré la puerta del dormitorio y bajé al estudio que había en una esquina de la casa, junto al salón, y una vez dentro cerré también esa puerta con suma discreción. Pese a lo incómoda que preveía la conversación por las cosas que iba a tener que confesarle para conseguir su consejo más sensato, tenía que hablar con Atticus. No sabía bien qué hora era en Providence, con la cabeza a la deriva como la tenía, pero tampoco me sorprendió cuando respondió. Seguramente lo habría cogido a cualquier hora.

—Siempre es una alegría oír a mi corresponsal extranjero —me dijo—. ¿Cómo va eso?

—Va bastante bien. Meghan está resfriada, pero nada del otro mundo.

—¿Y tú?

—Bien, así en general...

—Pues cualquiera lo diría —replicó sin siquiera una pausa.

Atticus me conocía bien, pensé, casi mejor que nadie. No tenía sentido andar enredando, y menos cuando el verdadero propósito de aquella llamada incómoda era buscar consejo.

—Te acuerdas de Henry Slader, ¿verdad?

—Por supuesto.

—No sé cómo explicártelo, pero tengo un problema muy gordo con él.

—¿Qué clase de problema? ¿Te debe dinero?

—No, justo al revés. Le debía dinero y él se ha plantado aquí en Kenmare para exigirme el pago.

—La cosa parece seria. Pero ¿qué te vendió, una primera edición infolio?

—Ojalá pudiera verle la gracia, pero voy a tener que pedirte que le des lo que falte por recaudar de los libros que quedan por vender de los que te dejé en custodia.

Y si no es molestia, preferiría que le pagaras tú directamente porque no me llevo muy bien con él y sé que de ti se fía. ¿Te supone algún problema?

Se hizo una pausa al otro lado de la línea antes de que Atticus dijera:

—Vale. Pero voy a necesitar una carta de autorización firmada por ti, si no te importa.

En todos los años que llevábamos haciendo tratos, nunca me había pedido un documento de ese tipo, a pesar de que habíamos hecho transacciones de millones de dólares.

—¿Quieres que te envíe el balance final cuando venda todo el inventario?

—Sí, supongo, aunque tampoco importa ya. Le debo el dinero a Slader, sea la cantidad que sea, y lo único que quiero es quitarme cuanto antes a ese payaso de encima.

La voz de Atticus mudó a otro registro, uno más grave y adusto.

—No me gusta lo que estoy oyendo. Hace un tiempo me hablaste de que habías tenido tratos con Slader que habían acabado mal. ¿Te importa contarme qué es lo que pasó?

¿Con quién iba a hablar sino con Atticus? Aun así, antes de zambullirme en lo que sería una verdad parcial, vacilé: de ningún modo pensaba contarle que había dos copias del archivo Baskerville, una superior a la otra, pero que ninguna era de Arthur Conan Doyle, hijo de Mary Foley y del borracho redomado Charles Altamont Doyle, que descansasen todos en paz. Por lo demás, estaba el tema de lo que creía saber Slader sobre Diehl y yo y por qué le parecía factible chantajearme, dos cosas que no podía mencionarle a Atticus. Me proponía atravesar un terreno pantanoso y por un momento pensé en echarme atrás. Pero entonces me volvió la imagen de Slader masticando la caballa con esa cara de suficiencia infinita y acabé de decidirme.

—Tal vez no pueda responder a tus preguntas con todo detalle, Atticus, pero, en resumidas cuentas, Slader quiere que vuelva a falsificar.

—No veo dónde está el problema. Dile que no y punto.

—No es solo eso —proseguí, consciente de que estaba obviando su sensato consejo—. Quiere que me comprometa a imprimir libros falsificados, no te hablo solo de caligrafías.

—Pero ¿desde cuándo sabes tú imprimir, si puede saberse?

Con la sensación de que Atticus no estaba captando lo más importante, le dije:

—Como podrás imaginarte, en realidad no tengo ni idea. Bueno, a ver, algo he aprendido aquí en Kenmare en la papelería en la que trabajo. Creo que te hablé de que teníamos una bonita Vandercook de las antiguas y cada vez la utilizo con más frecuencia. Aun así, eso no me convierte en impresor.

—Qué bueno que aprendas una habilidad como esa —comentó Atticus como si no hubiera escuchado nada de lo que había dicho hasta el momento.

¿De verdad estaba hablando con Atticus? No daba crédito.

—Pareces mi mujer. Está deseando que lo haga, cree que debería montar una pequeña editorial para poetas locales y cosas por el estilo, pero he de añadir que ha insistido en que por supuesto ni se me ocurriera utilizarla para falsificar nada.

—Y, por lo que me dices, Slader sí quiere. Qué interesante.

En ese instante, en ese justo momento, empezó a apoderarse de mí una profunda inquietud por lo que estaba oyendo al otro lado de la línea. En primer lugar, recordaba con claridad haberle mencionado la prensa de pruebas de Eccles a Atticus en Acción de Gracias y que incluso me había preguntado si me parecería factible imprimir una resma de papel Crane grueso con membretes nuevos para su librería. «Los utilizo para la correspondencia por correo tradicional con clientes a los que me gusta impresionar», me había dicho, o algo parecido. A lo mejor simplemente se le había olvidado. No, era más que probable que recordara bien, pero su respuesta a mi condenado predicamento con Slader me tenía confundido. ¿Era un delirio por mi parte pensar que se estaba saliendo por la tangente, como el que admira las bonitas flores de las matas que crecen al borde de un volcán e ignora la lava naranja del interior? Decidí seguir adelante.

—Sí, ya te he dicho que Slader quiere —repetí, aunque sin mucha necesidad.

—Bueno, ya sabes lo que pienso al respecto. Creo que no hace falta que te recuerde que no te di la espalda cuando pasaste por aquel infierno después de que te descubrieran...

—Y tú sabes que te estaré eternamente agradecido.

—Estoy seguro de que tú habrías hecho lo mismo bajo cualquier circunstancia.

—Por supuesto que sí —dije, como se esperaba de mí.

—Porque los amigos no pueden abandonar a sus amigos, ni siquiera cuando no entienden por qué uno u otro ha tomado ciertas decisiones o ha dado ciertos pasos.

¿Por qué me estaba diciendo todo eso? Tragué saliva.

—Eso es la amistad. Pero déjame que te recuerde que Slader puede ser amigo tuyo, pero no mío.

Hubo un silencio en la línea antes de que Atticus añadiera:

—No me gusta nada cuando se pelean dos amigos.

Un dolor melancólico —¿cómo, si no, describirlo?— empezó a agarrarme del cuello y los hombros, como si me hubieran golpeado con una porra envuelta en periódicos mojados, el método que utilizaban en otra época los policías corruptos para interrogar a presos obstinados sin dejarles cardenales en la piel. Qué absurdo, pensé. Era evidente que Slader había perturbado con sus ideas tóxicas mi mundo deliberadamente limitado y provinciano hasta el punto de hacerme sospechar de un amigo de toda la vida muy querido, el mismo que, tal y como me había recordado con toda la razón, no me había dado la espalda en mis tiempos más aciagos.

—Atticus, mira, el resumen es que si sigue buscándome las vueltas de esta manera, voy a tener que denunciarlo. Ya sabes que yo ya saldé mis deudas con la

justicia. Y estoy dispuesto a darle lo que le debo. Pero voy a tener un hijo y no puedo seguir ni viviendo ni trabajando en el mundo de Slader.

—Tienes que hacer lo que creas mejor para Meghan y para ti. Sé que suena a perogrullada, pero las perogrulladas suelen decir la verdad.

Aquello me supuso un alivio, era el Atticus de toda la vida, despachando afectuosos lugares comunes cuando la situación exigía justamente ese tipo de verdades sencillas y fundamentales. Pero prosiguió.

—Si te soy sincero, no sé yo en qué puede beneficiarte denunciar a Slader. Hay cosas que es mejor que no salgan de ciertos círculos amigos, e incluso enemigos, ¿no te parece?

De golpe el alivio se convirtió en angustia. ¿Acaso estaba Atticus, el modelo a seguir de los amigos, más recto que una flecha, jugando al juego del dios Jano? No, me dije, no podía ser. Como barro sobre unos zapatos de charol pulidos, todo pensamiento acusatorio contra él no era más que un intento desesperado de mancillarlo a través de sus vínculos conmigo y Slader.

—Además —añadió entonces—, ¿para qué arriesgarte a hurgar de nuevo en el pasado y atraer tanta atención negativa sobre ti y tu familia cuando precisamente has querido quitarte de en medio y te has retirado de todo?

Al oír aquello comprendí que nuestra conversación había terminado. No estaba hablando con el mismo Atticus Moore con quien con tanta confianza había hablado antes cientos de veces. Los atisbos de desconfianza que había sentido a lo largo de la conversación se materializaron entonces en hechos (al menos en la medida en que un hecho es real o cualquier cosa real es un hecho). Le di las gracias a mi amigo de Providence, cuidándome de no dejar entrever mi desconfianza, pese a tener la sensación de que no volvería a hablar con él, y colgué el teléfono con el corazón destrozado.

Me pasé gran parte de la noche repitiendo en la cabeza, *ad nauseam*, mi conversación con Atticus. Puede que me estuviera excediendo en mis sospechas sobre todo lo relacionado con Henry Slader, o eso intentaba decirme mientras me volvía sobre el costado derecho, permanecía así un rato y rodaba luego sobre el izquierdo, me acomodaba de nuevo y al poco me ponía boca arriba; quizá hubiera malinterpretado los comentarios y las preocupaciones de Atticus, intenté sin éxito hacerme creer. Pero ante todo me dediqué a escuchar la respiración de Meghan y las toses ligeras que emitía de vez en cuando, deseando que se encontrase mejor a la mañana siguiente, pero, siendo egoísta, tampoco lo suficiente como para poder acompañarme al pueblo. Cuando quedara con Slader para comunicarle mi decisión y, ya puesto, decirle cuatro cosas, lo último que necesitaba era tener que estar escrutando por la ventana para ver si pasaba por allí en ese momento y me veía con aquel desconocido. Ya bastante presión sentía de por sí en el pecho, como uno de esos berruecos neolíticos de los Shrubberies. No habría podido soportar ni un guijarro más.

El día amaneció inusualmente radiante. No había ni una hectárea de cielo confiscada por las nubes. Cuando abrí la ventana de par en par para ventilar el cuarto, el aire era suave y salobre. Fuera resonaba, creo, el cántico de un ruiseñor entre los árboles, o de uno de esos pájaros que ensayan su reclamo una y otra vez. Parecía que hubiésemos hibernado y nos despertáramos por arte de magia en el primer día de primavera. Durante unos minutos de paz, Diehl, Slader, Atticus y todas las falsificaciones y transgresiones en las que había estado implicado no existieron, nunca habían sucedido. Nunca me acordaba de la palabra para ese estado entre medio dormido y medio despierto —hipnagógico..., ¿o era hipnopómpico?—, pero en lo más hondo de mi ser deseaba poder quedarme atrapado en su dulce limbo más tiempo de lo que permitía la vida.

Meghan se sentía mucho mejor; se le había quitado la fiebre y le había vuelto el apetito. Bajó con la bata puesta y desayunamos juntos unas gachas de avena. Con todo, me sentí muy aliviado cuando acordamos que se quedara en casa un día más.

De camino al pueblo, el tiempo se mantuvo en sus trece. Pero mi inquietud por Slader —por su reacción ante mi negativa a actuar como su socio, su lacayo o el papel que me hubiese asignado en su plan descabellado para producir falsificaciones impresas del siglo XIX a lo T. J. Wise— lo envolvía todo en un grueso sudario. Eccles se mostró indulgente al permitirme otras dos horas libres para encontrarme con mi amigo estadounidense —le dije que era para despedirnos y deseé que fuese realmente así—, de modo que, en cuanto aparqué, me fui directo al hotel y entré en el restaurante. Esa mañana había varias mesas ocupadas, dos parejas y una familia francesa que supuse que estaban de vacaciones en temporada baja. La misma camarera que nos había servido el día anterior me acompañó a la mesa que, al parecer, había reservado Slader. Pedí un café y me senté y, nervioso, no paré de mirar por las ventanas que daban a Henry Street. Dado que el día anterior Slader ya había aparecido media hora tarde —se veía que le gustaba hacer su entrada dramática, el muy divo—, ver que pasaban los minutos y no se me unía en la mesa me supuso más un alivio que una molestia. Después de tomarme la primera taza y rechazar con un gesto de la mano la tercera cuando la chica llegaba ya con la pesada jarra plateada, empecé a preocuparme.

¿Qué cálculo me había fallado en la ecuación de nuestro diálogo del día anterior? ¿Había exigido o afirmado algo Slader que se me había escapado? No parecía probable si teníamos en cuenta que nuestro intercambio verbal había sido tan afilado y constreñido como unos huesos dispuestos uno al lado del otro: esta afirmación, un fémur; tal respuesta, una tibia; la sentencia completa de odio recíproco, el espinazo petrificado de una bestia que nunca debería haber existido.

En esas estaba cuando mi pensamiento se detuvo en seco al aparecer de nuevo la camarera en mi mesa, esa vez con una bandeja de peltre y un sobre. No pude por menos que esbozar una sonrisa burlona ante lo jamesiano de la escena, arrogancia victoriana pura y dura. ¿Realmente pensaba Slader comunicarse conmigo por medio

de una carta manuscrita entregada en una bandeja? Si no hubiese estado tan loco, me habría parecido un personaje de lo más entrañable.

No ha sido una gran idea amenazar con exponerme, nada buena. Creía que a estas alturas tendrías más vista. Te ofrecí lo que creí que eran unas condiciones más que justas y entiendo, sin tener que volver a hablar contigo, que las has rechazado. Mala suerte. Una pena.

Doblé la carta —escrita con la letra de Conan Doyle, por cierto—, me la guardé en el bolsillo de la chaqueta y le pregunté a la chica, que, como correspondía a su labor, seguía merodeando a la espera de instrucciones, qué le debía por el café. Después de dejarle más del doble y del triple de lo que me dijo, me fui directo al mostrador de recepción y pedí hablar con el señor Henry Slader..., o mejor Henry Doyle, que era huésped del hotel, y me dijeron que el señor Doyle se había despedido esa misma mañana a primera hora.

—¿Ha dejado algún mensaje? Se suponía que íbamos a desayunar juntos.

—No, caballero. Al menos, que yo sepa.

A sabiendas de que perdía el tiempo, le pregunté al conserje si por casualidad había dejado alguna información de contacto o alguna dirección a la que hubiese podido ir.

—No, me temo que no.

Le di las gracias y, acto seguido, atravesé la calle para ir a la tienda de Eccles, esforzándome por mantener la calma. El destino quiso —y por experiencia sé que siempre trabaja con un humor negro muy afilado— que esa tarde acabara imprimiendo las esquelas de un funeral.

No me habría costado lo más mínimo cambiar el nombre del difunto por el mío. Y, sintiéndome como me sentía, habría sido de lo más oportuno. Las preocupaciones se desbocaron en mi interior mientras procedía con mi repetitivo trabajo. Yo, que me tenía por una persona observadora, perspicaz en gran medida, había recibido mi merecido, y con creces. Sí, siempre había considerado a Slader, cuando menos, sospechoso, un fuego con el que era fácil quemarse si jugabas. Pero en lo concerniente a Atticus, me había engañado a mí mismo hasta el punto de considerarlo no solo un amigo, sino el más íntimo que tenía en el gremio. Ocupado como estaba perdonándome todos los pecados que había podido cometer contra él, había olvidado que lo de pecar puede funcionar en ambos sentidos: los transgresores no están exentos de ser objeto de transgresión. Pese a ser una especie de ley de la gravedad espiritual, yo me las había ingeniado para ignorarla todo ese tiempo.

Estaba metido en un buen lío y lo sabía. Por un instante fugaz consideré rendirme ante Slader una última vez; en muchos sentidos, era la opción más sencilla, aunque sacar tiempo para trabajar en la imprenta sin que Eccles o Meghan hicieran preguntas sería complicado. Ciertamente, algunas de las cajas de tipos de mi jefe contenían fuentes que se habían fabricado en fundiciones tipográficas irlandesas e inglesas hacía al menos un siglo, tal vez incluso antes, y eran ideales para la época de la que había hablado Slader. Y si él ponía el texto, el papel y la tinta y además se ofrecía a

hacerlos circular por el mercado, mi implicación y, por ende, los perjuicios legales serían limitados, o eso me decía. El auténtico problema era que le había hecho una promesa a mi mujer, y esa vez creía que debía mantenerla, porque ¿en qué clase de padre me convertía arriesgar la posibilidad de que mi hijo o hija llevara una vida normal, que pasaba por que su padre no estuviera pudriéndose en una prisión? Además, y he de reconocer que ese fue el factor decisivo, no me salía del corazón. El amor que había sentido antaño por ese acto visceral —había ocasiones en las que me excitaba físicamente cuando mi mano, la pluma y el papel se coordinaban de manera tan perfecta que se producía ante mí una especie de danza caligráfica y pornográfica — no era el que había sido. Y si todo amor fervoroso acaba enfriándose inevitablemente, porque de lo contrario los amantes no sobrevivirían a sus propios fuegos apasionados, lo mismo ocurrió con mi obsesión.

Mientras cerraba la tienda y recorría la calle hasta donde tenía aparcado el coche, supe que todo había terminado. Había dejado atrás una etapa esencial y definitoria de mi vida, se había ido para siempre, y nada podía reavivarla ni resucitarla. Por extraño que parezca, sentí una libertad que no había experimentado en años. Sí, me preocupaban las consecuencias, desde luego, pero al mismo tiempo me sentía liberado. Al llegar a casa me entraron unas ganas tremendas de subir corriendo las escaleras y decirle a Meghan que lo que siempre había deseado se había hecho por fin realidad. No lo habría entendido, sin embargo, porque ya llevaba tiempo pensando que el gusano venenoso que habitaba en mi corazón había quedado extirpado y eliminado como la alimaña que era. No quería tener que explicarle que, pese a llevar mucho tiempo en estado latente, el monstruo seguía despertando de tanto en tanto de su hibernación y reconcomiéndome por dentro, y que no había perecido del todo hasta esa tarde. Resulta extraño que a veces tengamos que guardarnos secretos que deberían pregonarse a voces desde lo alto de una montaña.

Meghan bajó para cenar conmigo delante de la chimenea, donde crepitaba ligeramente una briqueta de turba. Hice todo lo posible por mantener viva la sensación de libertad, pero, como ocurre con todo lo bueno, no tardó en disiparse. Lo que más deseaba en esos momentos era dormir. El desgaste por todo lo acontecido desde la intempestiva llegada de Slader a Kenmare había acabado pasándome factura. Dormir, una larga cabezada sin sueños, era la única cura para mi fatiga, y lo sabía. Tras dejar los platos sucios en el fregadero —podían esperar hasta la mañana siguiente—, subimos al cuarto, nos cambiamos de ropa y nos metimos bajo las mantas. Al otro lado de la ventana, una capa de nubes debía de haber arrojado el cielo porque no pude ver ni satélites, ni planetas ni estrellas. Tendido boca arriba como un recién nacido, los brazos a ambos lados, mi cuerpo se relajó y, en pocos minutos, me sumí en un sueño profundo.

Después —aunque, por lo repentino, me pareció de seguido— noté una humedad penetrante, una especie de fuego achicharrante, como si me hubieran metido la mano derecha, que colgaba al borde de la cama, en agua hirviendo o en la lava naranja intenso del volcán rodeado de flores que había imaginado antes. Pero ¿cuándo había sido eso? ¿Cómo podía estar pasando aquello? ¿El tiempo se había plegado en dos, había implosionado? En realidad no era capaz de responder a mis preguntas, apenas formuladas, porque aquel fuego de distracción se convirtió entonces en un frío glacial, o más bien era al mismo tiempo abrasador y frígido como el hielo seco. Un sueño, una pesadilla, pensé o supuse, mientras boqueaba, ya despierto, inspirando aire como un ahogado, los ojos parpadeando en la penumbra que parecía interrumpida por un haz reducido de luz azul proyectado sobre mi cuerpo. Pero un crujido apagado y un quejido, o un fuerte gruñido gutural, me despertó del todo y supe, al volver a notar los dedos ardiendo, que no estaba soñando. Un segundo y un tercer golpe penetrantes y más amortiguados en la mano derecha me hicieron estallar en gritos, que casi al instante se vieron secundados por otros, los de mi mujer, que pateaba las mantas como si estuviera corriendo en el sitio. Ninguno de los dos hablaba idiomas conocidos.

Por instinto, como una bestia atrapada, y valiéndome de una fuerza brutal, empujé a mi agresor —el hombre que tenía sobre mí; en su cara, una mueca primitiva apenas visible bajo el suave resplandor zafiro de la linternita que sujetaba entre los dientes—, pero al hacerlo noté que mis manos eran distintas. Tenía que haber sabido lo que había pasado, aunque me conducía como si mi mano derecha siguiera teniendo todos

los dedos y no estuviera mutilada sin remedio, un muñón de carne y hueso empapado en sangre con el que apenas lo rocé. Sin embargo, sirvió para distraerlo, y pude entonces golpearlo con la izquierda con más fuerza. Meghan apareció a mi lado como volando en su camisón, que no tardaría en llenarse de sangre, y vociferando palabras, o quizá no fueran ni eso, aunque sin duda concentraban su rabia, su terror... y sobre todo su valor, pues agarró por el antebrazo a mi agresor y evitó que volviera a blandir la macheta —sí, la nuestra— contra mí.

No recuerdo haberme desmayado, pese a que Meghan así lo asegura. Sí, en cambio, haber pulsado el interruptor cuando me caí al suelo —los alrededores de la casa se vieron bruscamente iluminados por una luz que bañó el intrincado desbarajuste en que se había convertido nuestro dormitorio— y haber visto la mirada de Slader, un ogro ante los faros de un coche; en ese momento comprendí que no solo estaba loco, sino que además había cometido un error garrafal. Después se zafó de Meghan, soltó el arma y, con el sigilo de una polilla atraída por la luz de una vela, huyó corriendo. La ambulancia y la policía local no tardaron en llegar, según me contó Meghan al día siguiente cuando, como Adam Diehl en su momento, desperté postrado en la cama de un hospital, si bien no a las puertas de la muerte ni con dos manos menos. Y tampoco Slader llegó muy lejos antes de que las autoridades del condado de Kerry lo detuvieran. Teniendo en cuenta que lo vieron entrar y lavarse en los aseos de un *pub* a las afueras del pueblo, no parecía que hubiese sido una agresión muy premeditada, aunque es cierto que, como un auténtico ladrón de casas, logró burlar el sistema de seguridad —lo lamentaré siempre— y subió por un lateral valiéndose de una vieja trepadora que me había dejado sin podar, hasta la ventana de la segunda planta. No sé si fue por la sangre en ropa y cara o por la mirada salvaje que tenía y que yo mismo había visto antes de desmayarme, pero el caso es que el dueño del *pub* no se lo pensó dos veces y llamó a la policía, que arrestó a Slader allí mismo.

No tuvieron que amputarme la mano derecha. Al menos, no del todo. Mi agresor había llegado a cortarme los tres dedos centrales casi por los nudillos y el meñique por la primera falange. Por extraño que parezca, el pulgar quedó intacto. No puedo quejarme de los cuidados recibidos, si bien aún me pregunto si, de haber estado en Dublín, en Nueva York o en alguna ciudad con hospital y especialistas de guardia que hubieran podido reimplantarme los dedos seccionados, ahora tendría una mano completa y enteramente funcional. No lo quiso así el destino. Pero, por serias que fueran mis lesiones, podía haber sido peor. Con el tiempo Slader se enteraría de que no me había privado del don de la escritura. El muy presuntuoso se equivocó al dejarse llevar por un impulso y querer dejarme sin posibilidad alguna de volver a escribir mi nombre o el de cualquiera mutilándome la mano derecha. Durante mi convalecencia recordé una bonita regla nemotécnica que nos enseñó una de mis maestras cuando estábamos aprendiendo a distinguir la derecha de la izquierda: «Si escribes con la derecha, solo te queda la izquierda», decía. A Slader debieron de

enseñarle la misma cantinela. Pero como yo escribía con la izquierda, mi derecha no hacía nada a derechas, como creo que dijo mi inteligente madre, o tal vez fuera mi padre. En cualquier caso, desde ese día le debo a Slader tener que ir por la vida como un bicho raro. Sería de esos en los que la gente repara de pronto en el andén del metro o en una oficina de correos al coger torpemente un periódico o un sobre, alguien por quien sentimos un pellizco de lástima, un doloroso estímulo de inspiración por el valor que demuestra y, ante todo, una enorme gratitud por no haber sido lastrados con semejante discapacidad.

Que Pollock quisiera volver a interrogar a Slader en relación con el caso de Adam Diehl no sorprendió a nadie, y menos aún a Meghan y a mí. Me las vi y me las deseé para no implicar a Atticus Moore, en parte porque él nada tenía que ver con la muerte de Diehl. Por supuesto, y por patético que suene, Slader, que sí tenía dedos de sobra para señalarme, quiso involucrarme a mí achacándome el asesinato del hermano de mi mujer. No me cabía duda de que, si bien Pollock había desconfiado de mí —al fin y al cabo me había citado en comisaría para interrogarme en más de una ocasión—, las acusaciones de Slader le parecieron tendenciosas e interesadas, por no calificarlas abiertamente de ridículas e indemostrables en el futuro más próximo. Por lo demás, estaba claro que se enfrentaba a cargos más inmediatos y que seguramente le valdrían la cárcel durante al menos una temporada.

De haber logrado matarme —aunque no estoy seguro de que pretendiera quitarme la vida—, el mío habría sido el clásico asesinato de imitador. Sin embargo, ni Pollock ni muchos otros, incluida Meghan, lo creían así y, con el tiempo, yo tampoco, pues prefería su relato de los hechos al que yo sabía más cercano a la verdad. Slader me había acosado de la misma manera que lo había hecho con el pobre Adam Diehl. No se podían pedir mejores pruebas circunstanciales que esas y Slader, pese a su gran instinto de emprendedor, las proporcionó a cambio de nada.

Después de la agresión, y pasadas mis operaciones y la rehabilitación, Meghan y yo atravesamos una mala racha. Por fin me vi en la obligación de explicarle quién era Henry Slader, un auténtico brete y una tarea que debía abordar con cautela, puesto que en esas semanas la policía operaba, como un alérgeno, en los márgenes de nuestra vida. Le conté a Meghan lo justo para satisfacerla, así como a los agentes que siguieron el caso, y deseé que bastara para zanjar el tema.

—Lo más importante que debes comprender —le dije al final de una discusión especialmente desagradable sobre el asunto— es que Slader me atacó no porque yo estuviera haciendo falsificaciones, sino porque me negué a hacerlas.

Postrado en la cama del hospital, tras comerme una tarrina de sorbete de piña, me reacomodé en el sitio para intentar contemplar por la ventana el desolador paisaje de invierno. Como no tenía ganas de discutir, dejé escapar un suspiro de resignación.

—Siento mucho tener que decirlo —respondió Meghan ignorando el ruego inherente a mi gesto—, sobre todo contigo aquí pasándolo mal en el hospital, pero hay veces en que desearía no haber oído nunca la palabra «falsificación».

—Meg...

—Falsificación —escupió las sílabas como si fueran fibras de cartílago rancio—. Es la palabra más fea de nuestro idioma.

—¿No querrás decir quizá que te gustaría no haberme conocido?

—Ni lo he dicho ni es lo que quiero decir.

Hice una pausa antes de afirmar:

—Si pudiera volver atrás en el tiempo y retractarme de algo en esta vida, arrancarí la página del dietario del Diablo donde se concluía que me interesarían los libros, los autógrafos, los manuscritos y la falsificación.

—Eso es una soberana tontería. Se puede tener gran interés por los libros y aborrecer la falsificación. Como la mayoría de gente que conozco.

—Tú sí y ellos también. Yo no puedo. Pero he aprendido por las malas —sentencié levantando en alto la mano vendada para añadir dramatismo.

Por su cara, como si de un libro abierto se tratara, supe lo que pensaba: «No, el que aprendió de verdad de la buena por las malas fue mi hermano Adam». Por suerte, no dijo nada y en cambio alargó la mano para mecer mi izquierda entre las dos suyas. Nos queríamos mucho y supe entonces que aquello no era más que otra tormenta que lograríamos capear con éxito.

—Vamos a hacer un trato: eliminemos esa palabra de nuestro vocabulario.

—¿Qué palabra? —preguntó con su mejor cara de póquer.

Sonreí y, para mis adentros, deseé ser capaz de mantener mi parte del trato.

Una vez más, tenemos a la vuelta de la esquina la Navidad, esa época de amor y paz que Nueva York sabe celebrar como ninguna otra. La nieve fresca suaviza los ruidos de la ciudad y me trae a la memoria un momento precioso de mi infancia, con mi padre tirando de mí en un trineo por en medio de nuestra calle, que aún no habían despejado de nieve. Nuestra querida Nicole tiene ya cinco años y es la alegría de mi vida y, junto con Meghan, lo que me da fuerzas para seguir respirando. Después del allanamiento y la agresión que me dejó mutilado de por vida, nuestra acogedora casita de campo de Kenmare mutó en unas paredes, unos suelos y unas ventanas que ya no reconocíamos; hasta la habitación de la cría, que con tanto cariño habíamos decorado, se vio mancillada. Visto ahora, el sistema de seguridad que había mandado instalar en un esfuerzo inútil por evitar lo inevitable fue un mal chiste. Y el dulce lustre que pudo tener en su momento para mí la Vandercook de Eccles también quedó empañado. Cuando recibí el alta en el hospital, ambos comprendimos que no podíamos seguir viviendo en Kenmare en una escena del crimen que bien podíamos haber tenido en Montauk. Así fue como regresamos a Estados Unidos, donde proseguí con mi rehabilitación, y donde, en febrero, Meghan dio a luz a una niña sana. Alquilamos un piso en nuestro antiguo barrio, en un bloque sin ascensor cercano a Tompkins Square, a pocas manzanas de la antigua librería de Meghan. Nos dedicamos a mimar a nuestra pequeña y a olvidarnos prácticamente de todo lo demás. Fue una suerte que aún nos quedara bastante ahorrado para sustentar nuestro estilo de vida fuera del sistema, y tampoco vino mal el cheque al portador que me mandó Atticus por una suma bastante considerable; pese a no adjuntar una nota, era evidente que servía para satisfacer las deudas, reales o imaginarias, que tenía conmigo y catapultarnos a un silencio beneficioso para ambos.

Al cabo de unas semanas de mudarnos al piso nuevo, una noche, después de dormir a la cría, que había caído rendida en ese sueño embelesado suyo tan envidiable, Meghan y yo hicimos el amor, en silencio pero con energía, en un acto de los que rayan en la comunión religiosa. Después de un orgasmo que la sobrecogió, Meghan me susurró que me quería y al punto se dejó vencer por el sueño. Yo, en cambio, me quedé despierto en la cama, mientras se me aquietaba el corazón, con mi media mano tendida sobre mi mujer y deseando reunirme con mi familia en el sueño. El insomnio, por el contrario, me agarró por el cuello y una vez más quedé preso de mis divagaciones nocturnas. Durante la cena había surgido el nombre de Adam cuando Meghan se lamentaba de que su hermano hubiera podido tener la sobrina más

bonita el mundo, que era un crimen que no hubiese llegado a ser su tío. Lo mencionó solo de pasada, sin caer en un largo diálogo melancólico, pero, aun así, a mí me supo a arsénico verde esmeralda. Fue sin duda ese comentario el que conjuró al fantasma suplicante de Adam cuando me di la vuelta y, de espaldas a Meghan, me quedé con la mirada perdida hacia nuestro cuarto en penumbra. Me había pasado años reconstruyendo en mi cabeza lo sucedido la noche de autos y había acabado hartándome de pensar en ello. Me dije entonces que si pensaba recorrer de nuevo la escena de aquella película plano por plano, habría de ser la última vez. La última, me exigí.

¿Qué había hecho? La realidad —de nuevo esa palabra sospechosa— del incidente está ya almacenada en un rincón tan inaccesible de un pasado evanescente que no me fio de mi versión de los hechos y no puedo saber a ciencia cierta si mi imaginación ha embellecido o no las cosas, ha borrado esto o lo otro, revisado, enmendado, corregido y todo lo demás.

Sin mucha premeditación, y más bien llevado por una ira que no logro comprender del todo, recuerdo haber ido a por el coche, que guardaba en un aparcamiento exterior bastante barato que había en el West Side y que estaba rodeado por una valla coronada de alambre de espino; al salir le dije al vigilante de turno que volvería en unos días, que tenía que llevarlo al mecánico. No tenía nada de extraño, puesto que conducía un viejo Volvo tipo ranchera, de esos que parece que fueran de juguete y que un entrañable niño hubiera aplastado con entusiasmo contra la grava del parque, un ejemplar con la solera suficiente para estar muy usado, pero sin llegar a ser un elegante modelo de época. Era plateado y lo había heredado de mi padre. Aunque no lo utilizaba mucho, no lograba desprenderme de él, a pesar de que exigía cierto mantenimiento, justo lo que fui a hacerle en un taller de Sunset Park que escogí porque solo aceptaban dinero en metálico, bajo cuerda, o bajo correa, por así decirlo. Les pedí que revisaran también los frenos y la transmisión. Aunque no hubo que reparar nada, aparte de lo que le debía del mantenimiento, le di una propina de quinientos dólares al encargado del taller, hombre corrupto donde los haya, y le pregunté si no le importaba que dejara allí el coche un par de días.

—Estoy buscando un garaje nuevo y no tengo ganas de dejarlo en la calle —le expliqué con un temblor nervioso en la voz que delataba mi mentira descarada.

Miró de reojo el Volvo y luego se volvió lentamente hasta sostenerme la mirada mientras se encogía de hombros, como diciéndome: «¿A quién quieres engañar, socio? Nadie querría robar esa cafetera».

—Le prometo que se lo quitaré de en medio en unos días.

Dejó pasar unos instantes antes de preguntar:

—¿Quiere que no se vea desde la calle? Eso serían otros quinientos.

—No estaría mal. Pero es posible que necesite utilizarlo en esos días, de modo que tendría que poder entrar.

Discutimos brevemente los detalles y con un apretón de manos, tan solemne como absurdo, tan encomiable como corrupto, sellamos un pacto que significaba que no había pasado nada porque, de hecho, nada había pasado. Todavía hoy conservo la imagen de sus rubicundas mejillas picadas de viruela y unos bonitos y expresivos ojos color azabache. Si estaba casado, y podría jurarlo, era el marido más infiel que se haya bajado jamás los pantalones.

Esa noche cené tranquilamente con Meghan. Una vez más, por razones que se me escapan —en el caso de que la razón tuviera parte alguna en el asunto—, fue una comida estupenda, especialmente memorable. Nos dimos el capricho de tomarnos una botella de un Merlot muy rico y compartimos un chuletón de buey con espinacas a la nata y patatas gratinadas. De vuelta en su casa —en esa época, antes de la muerte de Adam, alternábamos más entre los dos pisos—, hicimos el amor y dormimos juntos como dos gatitos, en un calor y una familiaridad casi insensatos. Por la mañana me levanté el primero y puse el café. Meghan, somnolienta, Meghan, con su pelo rojo y sus pálidos labios gruesos, volviendo del sueño a la vida, del letargo a la consciencia, era una visión digna de contemplarse. No tengo palabras para describir la oleada de devoción, cariño y fervor que sentí al verla despertar.

Ese día hablamos de las mismas cosas que cualquier otra mañana.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le pregunté.

—Trabajo y trabajo. Nada especial. ¿Y tú?

—Tres cuartos de lo mismo.

—¿Nos vemos luego?

—Claro. ¿Salimos, hacemos algo aquí o qué prefieres?

—Podemos preparar algo en tu casa. Pero te recuerdo que mañana tengo que ir a valorar una colección al centro y no puedo quedarme a dormir.

Fruncí el ceño, pero luego dije:

—Es verdad. Sin problema.

Teníamos —y yo afirmaré que sigue siendo así— una relación tan sólida como sencilla. El problema era su hermano. Un gorrón de primera y un falsificador de segunda —que ni siquiera merecía tal nombre porque, como yo sabía ya por entonces, no era más que un diletante y trabajaba sobre todo como perista, una mera marioneta que bailaba al son que tocaba Henry Slader— que estaba haciendo todo lo posible por socavar nuestra relación.

¿Cómo lo sabía? Por las cartas que le mandaba a su hermana, ni más ni menos. Adam Diehl, pese a sus innumerables defectos, escribía sus cartas con papel y pluma, cosa que me parecía admirable. Y Meghan, que sin duda confiaba en que su novio no leyera su correspondencia privada, nunca las había ocultado a los ojos de los curiosos, como yo, por ejemplo. La misiva en cuestión debió de llegar unas semanas antes de que mi coche necesitara aquella revisión espuria.

Maggie, gracias por los quinientos dólares para quitarme de encima a los del gas, la electricidad y el resto de acreedores. Eres la mejor hermana del mundo. Ojalá te esté yendo

bien la librería. Tengo prisa, pero ¿puedo hacerte una pregunta? No tengo valor para preguntártelo en persona, sobre todo porque sé lo mucho que te gusta, pero ¿de veras te fías de ese tipo con el que sales? ¿Seguro que es trigo limpio? Te lo digo porque me preocupo por ti, solo eso. Hay mucha gente que lo respeta y lo admira, pero tengo un amigo que no piensa lo mismo. No sé. Es solo una pregunta... Te quiere, Adam.

Por lo que sé, ese amigo era Henry Slader, porque en esa época yo tenía una reputación muy distinta. Ni un solo tratante de libros antiguos sospechó nunca de mí, o si lo hicieron, vendieron lo que yo les había vendido a sabiendas de que mis materiales tenían siempre garantía y aceptaba devoluciones por el total de lo pagado sin hacer preguntas. Como en tantos otros gremios, el del libro era un mercado donde la reputación lo era todo. Los asuntos internacionales siempre se han regido por directrices similares: un apretón de manos diplomático puede evitar una guerra.

No, nunca me gustó el tal Adam. Pero con aquella carta su integridad empezaba a correr peligro, por hablar alto y claro. No solo había amenazado con desposeerme de la única mujer, aparte de mi madre, que me había querido y a la que yo también quería, mi adorada Meghan. Además, esa infeliz rémora de hermano, con sus firmas sospechosas y sus cartas estúpidas que habían llevado a la policía hasta mi puerta, o al menos eso creía yo, constituía una amenaza tanto para mi primer amor como para mi sustento vital, las falsificaciones. «Odio» era una palabra que se quedaba corta para describir mis sentimientos. Desdén, repugnancia, aversión, dadme un diccionario de sinónimos y veréis cómo relleno hojas y hojas de viles calificativos para describir al maldito neófito de Adam Diehl. Y él no podía ni sospechar la animadversión que le tenía.

En aquella noche fatídica, como dirían en la típica novela policiaca de kiosco, cuando Meghan se fue de mi casa para ir a dormir a la suya, me vestí, la llamé para saber que había llegado a salvo, como tenía por costumbre, y salí del piso. Tras asegurarme de que no había ningún vecino rondando por el pasillo —habría abandonado mi proyecto de haberme cruzado con algún conocido—, cogí el metro en dirección a Sunset Park. Fingiendo cansancio, dejé caer la cabeza, con la barbilla pegada al pecho, para ocultar mi cara a quienes viajaban en mi mismo vagón. El gorro de lana calado y las manos metidas en los bolsillos del abrigo me camuflaban aún más, aunque tampoco estaba mirándome nadie. El del taller había cumplido con su palabra y me había dejado la llave en el escondite que me había dicho. El barrio estaba muerto y me deslicé por la noche con la certidumbre de que no me veía nadie.

Las horas desde que cogí el coche se me pasaron como en un sueño. Cada minuto era una inconsciencia tan huera y carente de imágenes, contenido visual e incluso sonido, pese a que tuvo que haber gritos... Pero no, ni un grito, ni un ruido, tan solo un sonoro porrazo cuando lo golpeé por detrás con un objeto contundente, un rodillo de amasar que bastó para aturdirlo allí mismo, en el escritorio donde trabajaba, sin sospechar que había entrado un intruso en su chalé. Quería quitarle una mano, pero, como no sabía con cuál escribía, me valí de su macheta —Meghan y sus padres habían equipado muy bien su cocina, siendo como eran aficionados a los fogones, la

excusa perfecta para que mi novia tuviera recetarios por todas partes— para quitarle las dos. Por supuesto, como estudioso de la conducta criminal que era desde tiempo atrás gracias a los libros de misterio que mi padre poseía por cientos, me había puesto unos guantes y unos cubrezapatos desechables y procedí con toda la diligencia y el sigilo que pude, antes de salir del chalé al abrigo de la noche. La suerte quiso que empezara a caer una ligera nevada nada más subirme al coche con los guantes ensangrentados, y unas manos con más sangre aún en la bolsa de grueso plástico que había llevado a tal efecto. Después de devolver el coche al taller, llegué a casa mucho antes del amanecer, me duché y me senté a esperar a que llamara Meghan. En cuanto a las manos, no me costó mucho descuartizarlas, articulación por articulación, hueso a hueso, envolverlas por separado en papel higiénico e ir echándolas por el váter una a una y tirando de la cisterna.

Que Diehl lograra fabricar con trapos unas vendas improvisadas —entiendo que valiéndose de los dientes y los muñones— y evitara así morir desangrado fue una hazaña tan inquietante como impresionante. Sin embargo, su testimonio no habría sido fiable ni aunque hubiera vivido porque no había llegado a verme. A todos los efectos, yo no estuve allí. Me lo imagino dando tumbos como loco de un lado para otro del chalé, en un estado de pánico semiconsciente alimentado por la adrenalina del hombre que lucha por su vida, entre los libros por el suelo y los muebles volcados, antes de volver a desmayarse. Pero lo único que consiguió fue enmarañar una escena del crimen que, en una oscura ironía del destino, las fuerzas del orden se encargaron más tarde de afeanar, de chafar del todo.

El teléfono no tardó en sonar. Meghan, destrozada, estaba en Tompkins Square, con los gritos risueños de los niños como telón de fondo. Lo primero que le dije cuando me contó lo sucedido fue: «¿Y adónde lo han llevado?». Sabía muy bien que me encontraba al inicio de un viaje en que cuanto menos supiera de Adam Diehl y antes aprendiera a extirparlo de mi consciencia, mejor para todos. El hermano agonizante de Meghan era anatema para mí. Al interponerse entre lo que más quería y yo, se había buscado su propio apocalipsis en miniatura, y yo no había podido hacer nada para impedir su penoso fin.

Eso sucedió justo a la mitad de un invierno, mientras que hoy estamos en pleno solsticio y una suave nevada empieza a despuntar en la luz azulada de última hora de la tarde. Aquí solo, sentado a la mesa de la cocina de nuestro piso del East Village, mientras Meghan y Nicole están viendo el gran árbol de Navidad del Rockefeller Center y a los patinadores sobre hielo, con sus ochos y sus piruetas verticales, me he acordado de pronto de esa noche en la que no me dormía y recapitulé como pude los últimos días y horas de Diehl, con los recuerdos lo más ajustados a la verdad que me permitió mi defectuosa memoria de falsificador. Me consuela haber mantenido la promesa que me hice en su momento, no volver a remover esa oscura época. Si bien sé que negarse a pensar en una acción vil no la exime de culpa, sí que entraña el beneficio de la liberación o redención, y es de agradecer.

Cuando Meghan y Nicole lleguen a casa, y no creo que tarden ya, pienso hacerle a mi pequeña un chocolate caliente para que entre en calor antes de darle una de nuestras lecciones padre-hija de caligrafía, en gran medida como hacía conmigo la abuela cuyo nombre lleva. Es una lástima que no vaya a conocerla, a estudiar con ella el arte de las letras y el fluir de las palabras; ella era una maestra muy superior a lo que yo llegaré a ser nunca. Y la pena es mayor porque la pequeña Nicole rebosa talento, y lo afirmo no como padre, sino como experto objetivo. Tiene unas aptitudes innatas, es un genio aún sin pulir, por así decirlo, con la pluma y el papel. Recuerdo a mi madre maravillarse al verme dibujar los círculos concéntricos con la edad de Nicole ahora o incluso algo mayor, pero dudo que los dibujara con la misma perfección que ella. Y los hace y los repite como si fuera algo tan sencillo como inhalar y exhalar. Para su décimo sexto cumpleaños tengo pensado regalarle la pluma de Arthur Conan Doyle que heredé de mi padre, legándosela así a la tercera generación de nuestra familia, un talismán que habrá de conservar como hice yo, su padre, y mi padre antes que yo.

No sabría decir qué hará en el futuro con sus dotes caligráficas. Tal vez llegue a ser pintora o escenógrafa, o quizá acabe dedicándose a algo sin relación alguna. Aunque los sueños que persiga de adulta no tengan nada que ver con el acto y el arte de escribir, habrá quien —tal vez una buena amiga, un amante o incluso su esposo— se fije en lo grácil de su letra al pagar la cuenta de un restaurante o en una mundana lista de la compra y comente: «Pero, Nicole, tienes la letra más bonita que he visto en mi vida». Y tal vez, si mi furioso lado oscuro no me pasa factura y no devora al que se libró, responda con orgullo manifiesto: «Me enseñó mi padre cuando era pequeña». Y en ese momento pensará con un amor sin reservas en mí, un hombre que habrá de pasarse lo que le resta de vida cuidándose las espaldas disimuladamente.

Agradecimientos

He perdido la cuenta de las amistades que hice durante los años que formé parte de la comunidad del libro raro, primero como librero durante la veintena y más tarde como coleccionista: tratantes de libros, bibliotecarios de colecciones especiales y colegas bibliófilos. Richard Schwarz, de la librería Stage House II de Boulder (Colorado), fue mi principal inspiración en los inicios de mi amor por este mundo. Estoy en deuda con esta gente de los libros por todo lo que me ha enseñado. Me gustaría hacer especial hincapié en que la mayoría de libreros y coleccionistas son conocidos por su especial honradez, vigor intelectual, gran ingenio y sabiduría, y jamás han tomado el camino oscuro que escogen algunos de los personajes de esta novela.

Quiero agradecer en particular a tres respetados amigos del libro, como son Nicholas Basbanes, Tom Congalton y James Jaffe, por haberse tomado la molestia de leer el manuscrito y ofrecerme su opinión experta sobre el complejo mundo de los libros y los manuscritos raros. También me gustaría darles las gracias a Morgan Entrekin de Grove Atlantic, Peter Blackstock, Deb Seager y Allison Malecha, por creer en este libro desde el principio. Mis amigos Douglas Moore, Nicole Nyhan, Eimear Ryan, Hy Abady, Thomas Johnson y Peter Straub me regalaron observaciones muy oportunas sobre la historia durante el proceso de escritura, al igual que Henry Dunow, que no solo es un agente superlativo, sino también el lector más agudo y serio con el que he tenido el privilegio de trabajar. Mi más caluroso agradecimiento para todos ellos. En cuanto a Cara Schlesinger y a mi editor, Otto Penzler, mi gratitud por su apoyo en todas las formas posibles y por su inspiración no puede expresarse con palabras.

Notas de la traductora

[1] En traducción de Ángel-Luis Pujante. <<

[2] Última frase del monólogo de Molly en la versión de Borges. <<

[3] En inglés, *forge* significa tanto «forjar» como «falsificar», de ahí las disquisiciones del personaje. Por su parte, *forge ahead* habla de ese avanzar pese a las dificultades.
<<

[4] En traducción de Juan Manuel Ibeas. <<

[5] En traducción de Jordi Doce. <<

[6] En la versión de Antonio Taravillo. <<